



# Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

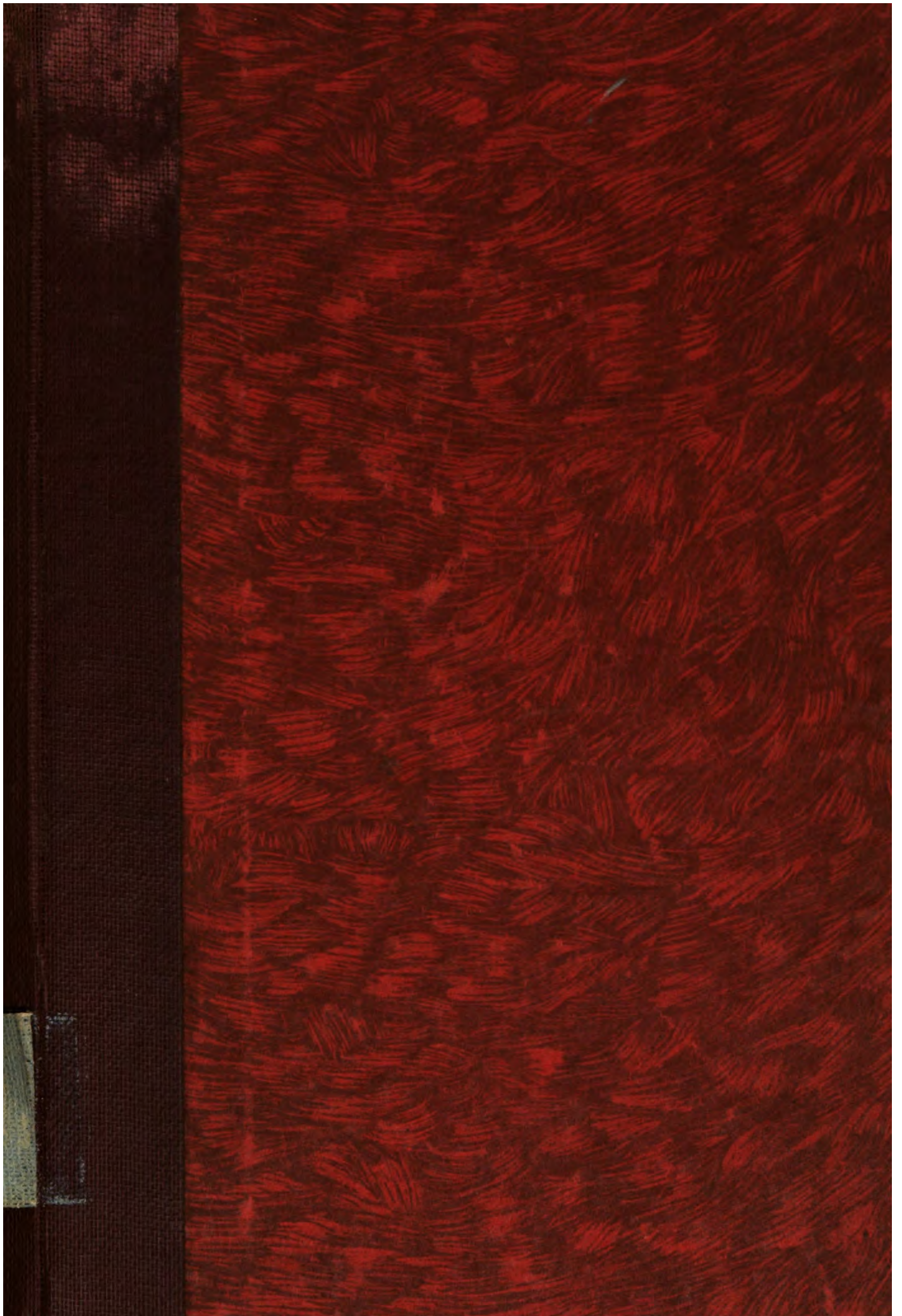
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

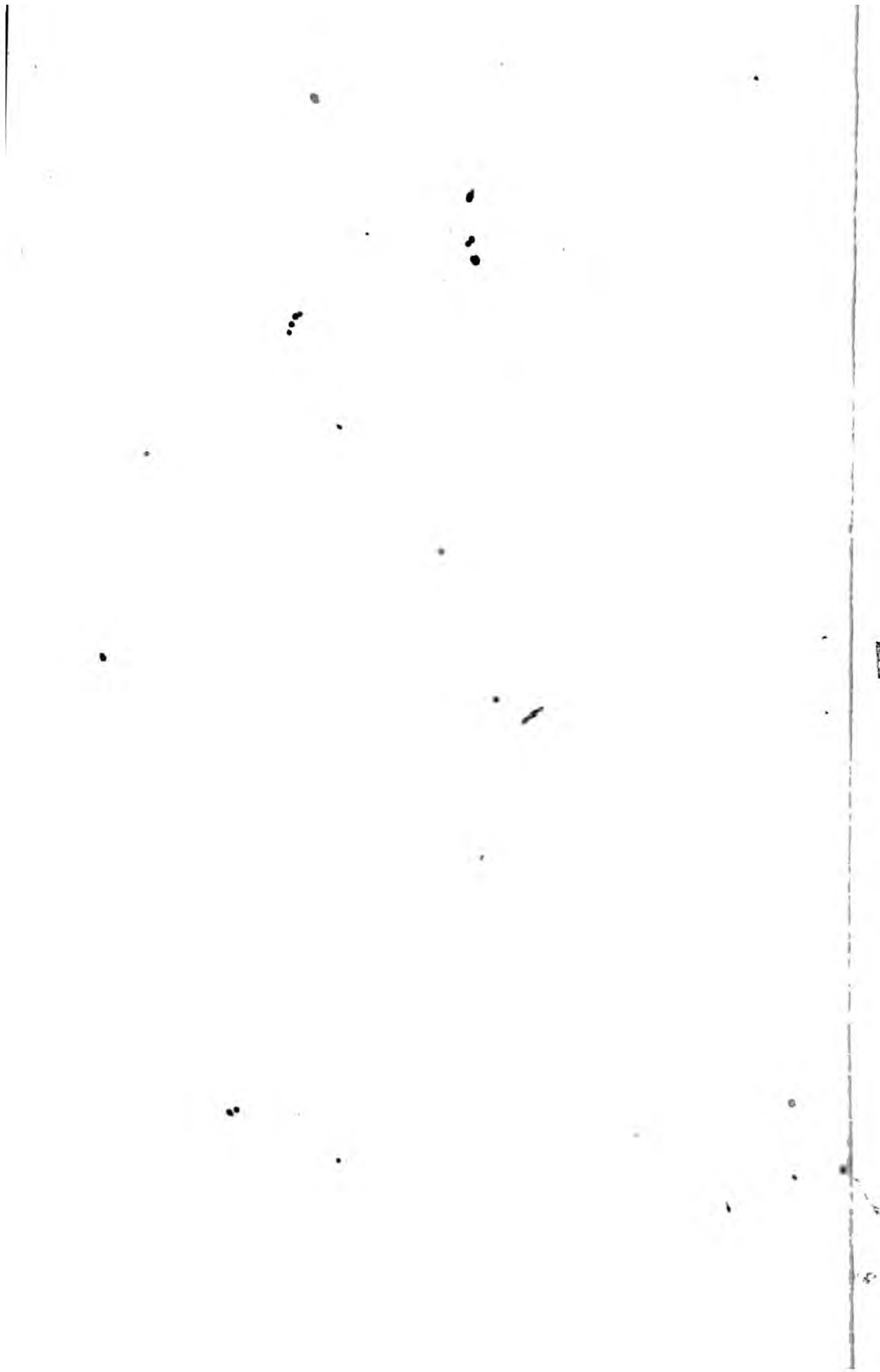




Vet. Span. IV B. 144

~~DSQ 5436 A.1~~



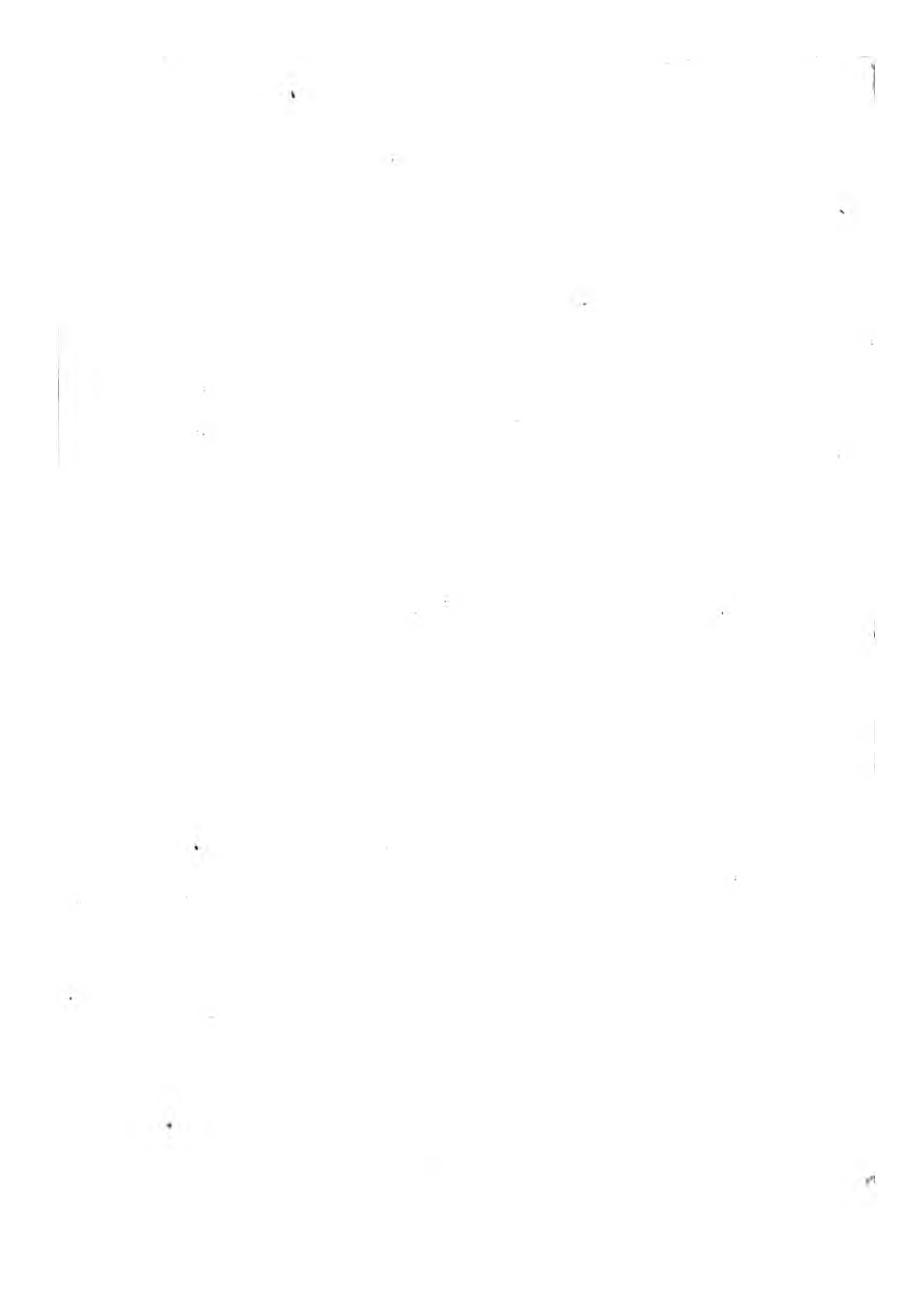


# HISTORIAS PERVERSAS

---



IMPRESA Y LITHOGRAFIA DE RAMON SANTANA



*baso a Carranthe  
1924.*

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

# HISTORIAS PERVERSAS

CON UN PRÓLOGO

DE

**MANUEL MURGUÍA**



**BARCELONA**

**Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.**



---

Esta obra es propiedad de la  
**CASA EDITORIAL MAUCCI.**

---



## PROLOGO







## PRÓLOGO

---

Es el presente, un libro, que puede decirse por entero juvenil. Lo es por la índole de los asuntos, porque su autor lo escribe en lo mejor de la vida, porque ha de tenérsele por un dichoso comienzo, y en fin, porque todo él resulta nuevo y tiene su encanto y su originalidad. Con él gozamos de un placer ya que no raro, al menos no muy común, cual es el de leer unas páginas que se nos presentan como iluminadas por clara luz matinal, y en las cuales la poesía, la gracia y el amor, esas tres diosas propicias á la juventud, dejaron la imborrable huella de su paso.

Primicias de una musa, eco apenas apagado de las sensaciones de un corazón abierto á las primeras emociones y á los desengaños, tienen cuanto necesitan para hacerlas amables á los ojos de los que como ellas son jóvenes y gozan y sienten las mismas pasiones y sus veleidades, con alma pronta á comprenderlas en toda su intensidad. Tal es su mérito, y que nos hable de lo siempre eter-

no y siempre joven, en una nueva forma, bajo un nuevo aspecto y con un encanto original, entre fácil y risueño aunque un tanto malicioso, propio de la manera de ser de su pueblo—Mas aquí ha de hacerse una salvedad; al hablar de cuanto nuevo encierra este libro lo mismo en el fondo que en la forma, claro es que se hace por modo relativo y no dando á entender que su autor, se ha abierto una senda desconocida: dicese tan solamente que es nuevo en el país en que vé la luz. Esta limitación en el juicio, en nada le perjudica, porque así y todo, el autor de FEMENINAS, se nos presenta con personalidad propia, ya por lo genial de sus facultades, ya porque le hallamos siempre fiel á su raza y sentimientos que le son propios.

Bajo tan importante punto de vista ha de considerársele principalmente. Porque hijo de su tiempo, pero así mismo hijo de Galicia, son en él manifiestas las condiciones especiales de los escritores del país. El sentimiento le domina, conoce la armonía de la prosa que aquí se acostumbra y no es fácil fuera: prosa encadenada, blanda, cadenciosa, llena de luz; prosa por esencia descriptiva y á la cual solo falta la rima. Y no es esto solo, sino que conforme con el espíritu ensoñador del celta, despunta los asuntos, no los lleva á sus últimos límites; levanta el velo, no lo descorre del todo, dejando el final—como quien teme abrir heridas demasiado profundas en los corazones doloridos—en una penumbra que permite al lector prolongar su emoción y gozar

algo más de lo que el autor indica y deja en lo vago, y el que lee tiene dentro del alma—Es esta condición especial que en nuestro amigo deriva de su raza, porque de su tiempo tiene lo que llamamos modernismo, y la nota de color viva, ardiente, sentida, puesta en el lienzo de un solo golpe. En cambio es suya, la frase elegante, armoniosa, un tanto lírica, llena de luz, que se desliza con gracia femenil, serpentina casi, y hace del autor de este libro un prosista que no necesita más que castigar su estilo, para ser un gran prosista. Con todo lo cual, con lo que debe á la sangre y lo que le es personal, harto claramente prueba que es de los nuestros. Aunque quisiera ocultarlo no podría. A todos dice que ha nacido bajo el cielo de Galicia. Hijo suyo, criado al pié de unos mares que tienen la eterna placidez de las aguas tranquilas, la refleja toda en sus páginas, donde cree uno percibir, desde el acre perfume de los patrios pinares y de las ondas que los bañan, hasta los blandos rumores de la ribera natal; desde la soledad de las ciudades de provincia, hasta la claridad de los cielos tropicales y las cosas que le son propias.

Esto por lo que se refiere á lo exterior, porque en cuanto á su interior, ó sea el alma del libro, no es menos nuestro por la manera de tratarlo, y por la gran verdad de los cuadros que lo forman. Aparentemente parecen invención, pero pronto se vé que son realidades. No se necesita mucho para comprender que el autor se limitó á dejar que hablasen su corazón y sus recuerdos, permitiéndole

que desbordase—en la plenitud de sus años juveniles y de sus horas de pasión—lo que el acaso de la vida hiciera suyo.

Era imposible otra cosa. El ayer está para él tan cercano, que le domina. No tiene más que abrir los labios y éstos balbucean los nombres queridos: los lazos que le unieron á las mujeres amadas y á las que el azar puso en su camino, aun no están rotos del todo. De aquellas cuyo recuerdo dura la vida entera, ó de las que apenas dejan impresión en el alma, guarda todavía con el reflejo de la última mirada, la suave presión de los brazos amados. Las que fueron como escollo, y las que igual á la hoja de una rosa se dejaron llevar al soplo de los vientos matinales, siguen teniendo para él los mismos desdenes, ó las mismas sonrisas. Diríamos que las sombras invocadas aun no se han desvanecido, y que pueden volver á tomar cuerpo y llenar las horas solitarias que siguen siempre á las horas llenas de pasión de una vida en su comienzo.

Por de pronto y por lo que de sus heroínas nos refiere, las mujeres que recuerda fueron fáciles y crueles. Era necesario que así sucediese, y que resultase entre amables burguesas y *cocottes* exigentes, con quienes no podía menos de tropezar en los primeros pasos de la vida. Hembras y esfinges, tal nos las describe, y así debieron aparecer á los ojos del que apenas si sabía del amor, más que lo que va conociendo sucesivamente, y de las mujeres lo que le iban enseñando aquellas con quienes tropezaba. ¡Y el cielo sabe cuáles,

que no son las peores las que la desgracia arroja á la vía pública!

Partiendo de este hecho, se comprende que el autor de FEMENINAS, habiendo reunido sus «documentos humanos»—los lances que nos cuenta y las heroínas que nos presenta, sean lo que se dice producto de la «experimentación», en la cual va mezclado mucho de lo que él conoce de propio conocimiento y algo también de lo que vió y oyó por el mundo: lo que es suyo y lo que fué de los demás, todo ello animado por los recuerdos de las pasiones sufridas, lo mismo que de los lugares recorridos. En tal manera, que aun fué ayer, como quien dice, cuando la *Condesa de Cela* le despertó pasándole por la cara el suave y tibio manguito, cuando *Tula Varona* le azotó la mejilla con un florete, cuando *Octavia* le hizo ver «por experiencia», cuan difícilmente llena un hombre solo, el corazón de una mujer, así sea la más enamorada.

¿Cómo extrañarse por lo tanto, de la especie de unidad de pensamiento y de interés que domina en todo el volúmen? Páginas arrancadas al libro de sus «Confesiones» juveniles, un lazo más que estrecho las une y hace iguales. Como si tanto no bastase, es una la misma pasión que anima todos los cuadros; pasión viva, juvenil, un tanto libidinosa—hay que confesarlo—pero siempre poética tanto en la fábula como en su trama, en la expresión de los afectos del mismo modo que en la armonía de la frase y en la aureola que los envuelve igual que un inmenso nimbo. Aunque no fuese más que por eso, FEMENINAS sería





un libro moderno, hijo de la hora actual y de las pasiones que asaltan al joven en sus primeros pasos asediando su corazón con ímpetu diario. Sentimental, porque suena á veces como una queja, sabe Dios de qué dolores; romántico aunque por modo novísimo; y femenino puesto que no nos habla de otra cosa que de los lances á que da lugar el amor de las mujeres y de los afectos que inspiran. Y como ni el más breve espacio ha querido el autor que mediase entre el suceder ayer y el contarle hoy, de ahí que el relato conserve el calor de las cosas que acaban de pasar á nuestra vista, ó dentro de nosotros mismos. Así es patente, en la rapidez de la acción y en los detalles, claros, precisos, movidos

Diráse que así es forzoso que suceda en composiciones de la índole de las que forman este libro y en las cuales todo debe ser conciso é ir directamente á su fin; pero no es cierto. Los cuentos tales como hoy se conciben y escriben,—hijos de la moderna inquietud y también de la escasa atención que el hombre actual quiere poner en semejantes cosas—son rápidos, convulsivos casi; más nervios que sangre y músculos, y en los cuales es visible la pretensión de encerrar en breve espacio todo un drama; no valen lo que aparentan sino cuando están escritos por almas agitadas y que apenas tienen tiempo para dar cuerpo á sus sueños, vida á sus creaciones, forma á lo pasajero que acaba de conmoverles. En tal suerte que se equivocaría quien creyese que FEMENINAS, es uno de los infinitos trabajos de su índole, á que solo

la moda actual puede dar importancia. Todo lo contrario. Los que encierra este libro, son como pequeños poemas breves, alados, llenos de sentimiento; cosas de hombres y mujeres que pasan á cada momento, pero que solo tienen vida, fuerza y relieve, cuando filtran como quien dice a través de un alma de poeta. Por eso no resultan obra del que sigue un feliz ejemplo, sinó cosa propia, hijos de un temperamento. Los hubiese escrito así, sin que antes hubiese conocido otros. Son cosa suya, y solamente por sus cortas dimensiones se parecen á los que nos dá, con tan desdichada prodigalidad el actual momento literario. En tal manera que en cuestión de cuentos, á pesar de ser tantos y tan distintos los que se conocen, nuestro autor inventó un «nouveau frisson», como dicen los que más usan y abusan de los cuentos, los franceses, nuestros maestros en éste y demás géneros literarios.

Dicho esto, consignado que el presente libro no es tan sólo un dichoso comienzo y una segura promesa, sinó el fruto de una inspiración dueña ya de las condiciones necesarias para alcanzar de golpe un primer puesto en la literatura del país parece como que nada queda por añadir y que debemos levantar la pluma. Así lo haríamos si nuestro corazón nos lo permitiera. Más ¿cómo callar en líneas escritas al frente del libro del hijo, la grande, la estrecha amistad que nos unió á su padre? ¿Cómo no recordar al escritor y poeta intachable, al alma pura, al íntegro carácter, á aquel que llevó el mismo nombre y apellido que nuestro

autor y fué tan digno de la estimación en que le tuvimos siempre y con la que nos correspondía? Aun fué ayer, cuando con el pie en el sepulcro, nos tendió por última vez su mano y hablamos de las cosas que de tanto tiempo atrás, nos eran queridas,—la patria gallega y la poesía que había encantado sus horas solitarias. Sabía él que la muerte le había ya tocado con su dedo, más no por eso se creía del todo desligado de la tierra, que no pensase en su país y no se doliese de los infortunios ajenos; ¡él que los había conocido tan grandes!

Duerme, duerme en paz mi buen amigo, tu hijo sigue la senda que le trazaste con el ejemplo de una vida honrada como pocas. Tu hijo recoge para ti los laureles que pudiste ceñirte y desdeñaste contento con tu dichosa medianía, ¡Si tú pudieras verlo!

Nobleza obliga. El autor de FEMENINAS lo sabe bien. Descendiente de una gloriosa familia, en la cual lo ilustre de la sangre, no fué estorbo, antes acicate que les llevaba á las grandes empresas, tiene un doble deber que cumplir. De antiguo contó su casa grandes capitanes, y notables hombres de ciencia y literatura, gloria y orgullo de esta pobre Galicia. Se necesita pues, que continúe la no interrumpida tradición, y que como los suyos añada una hoja más de laurel á la corona de la patria. Y yo en nombre de su padre, le digo:—¡Hijo mío, cumple tus destinos y que las horas que te esperan, te sean propicias!

M. MURGUA.

**LA CONDESA DE CELA**

---





## LA CONDESA DE CELA

---

«Espérame esta tarde». No decía más el fragante y blasonado plieguecillo.

Aquiles, de muy buen humor, empezó á pasearse canturreando una jota zarzuelesca, popularizada por todos los organillos de España; luego quedóse repentinamente sério, mientras se atusaba el bigote ante el espejo roto de un gran armario de nogal ¿Por qué le escribiría ella tan lacónicamente? Hacía algunos días que Aquiles tenía el presentimiento de una gran desgracia; creía haber notado cierta frialdad, cierto retraimiento. Quizá todo ello fuesen figuraciones suyas: pero él no podía vivir tranquilo.

Aquiles Calderón, era un muchacho americano, que había salido muy joven de su patria con objeto de estudiar en la Universidad española de Brumosa, donde al cabo de los años mil, continuaba sin haber terminado ninguna carrera. En los primeros tiempos derrochara como un príncipe, mas

parece ser que su familia se arruinara años después en una revolución, y ahora vivía de la gracia de Dios. Pero al verle hacer el tenorio en las esquinas, y pasear las calles desde la mañana hasta la noche requebrando á las niñeras, y pidiéndoles nuevas de sus señoras, nadie adivinaría las torturas á que se hallaba sometido su ingenio de estudiante tronado y calavera que cada mañana y cada noche, tenía que inventar un nuevo arbitrio para poder bandearse. Aquiles Calderón, tenía la alegría desesperada y el gracejo amargo de los artistas bohemios; por lo demás era en todo un simpático muchacho. Su cabeza airosa é inquieta más correspondía al tipo criollo que al español; el pelo era indómito y rizado; los ojos negrísimos; la tez juvenil y melada; todas las facciones sensuales y movibles; las mejillas con grandes planos, como esos idolillos aztecas tallados en obsidiana. Era hermoso, con hermosura magnífica de cachorro de Terranova; una de esas caras expresivas y morenas que se ven en los muelles, y parecen aculotadas en largas navegaciones trasatlánticas, por regiones de sol. Estaba impaciente, y para distraerse, tamborileaba con los dedos el himno mexicano, en los cristales de la ventana que le servía de atalaya. De pronto enderezóse examinando con avidez la calle, arrojó el cigarro y fué á echarse sobre el sofá aparentando dormir.

Tardó poco en oirse el roce de una cola de seda desplegada en el corredor. Pulsaron desde fuera ligeramente y no contestó. Entonces la puerta se abrió apenas, y una cabecita de mujer, de esas

cabezas rubias y delicadas en que hace luz y sombra el velillo moteado de un sombrero, asomó sonriendo, escudriñando el interior con alegres ojos de pajarillo parlero. Juzgó dormido al estudiante, y acercósele andando de puntillas, mor-diéndose los labios de risa.

—¡Así se espera á una señora, borricote!

Y le pasó la piel del manguito por la cara, con tan fino, tan intenso cosquilleo que le obligó á levantarse riendo nerviosamente. Entonces la gentil visitante sentósele con estudiada monería en las rodillas, y empezó á atusarle con sus lindos dedos, las guías del bigote juvenil y fanfarrón.

—Conque no ha recibido mi epístola el señor don Aquiles!

—¡Cómo nó! ¡Pues si te esperaba!

—¡Durmiendo! ¡Ay hijo! lo que vá de tiempos!... Mira tú, yo también me había olvidado de venir, me acordé en la catedral.

—¿Rezando?

—Sí, rezando; me tentó el diablo.

Hizo un mohín; y con arrumacos de gatita mimada se levantó de las rodillas del estudiante.

—¡Carambola! no tienes más que huesos; la atravías á una.

—Es raro: con esa balumba de cosas que traes encima, no debía pasarte un cañón.

—Cállate embustero; bien sabes que todo es mío; antes yo no necesito...

Hablaba colocada delante del espejo, ahuecándose los pliegues de la falda.

—Ven acá galante: quítame el sombrero, y coló-



calo ahí donde no se manche, porque aquí hay polvo de cien años.

Aquiles acercóse con aquella dejadez de perdido que él exageraba un poco, y le desató las bridas de la capotita de terciopelo verde, anudadas graciosamente bajo la barbeta de escultura clásica, pulida, redonda y hasta un poco fría como el mármol. La otra, siempre sonriendo, levantó la faz, y juntando los labios, rojos y apetecibles como las primeras cerezas, alzóse en la punta de los pies.

—Bese usted, caballero.

El estudiante besó, con un beso largo, sensual y alegre, como prenda de amorosa juventud.

Era por demás extraño el contraste que hacían la condesa y el estudiante. Ella llena de gracia, vestida con natural sencillez; trascendiendo de sus cabellos rubios, y de su carne fresca y rosada como manzana sanjuanera, grato y voluptuoso olor de esencias elegantes; deshilachando con esa inconsciencia de las damas ricas los encajes de un pañolito de batista; Aquiles envuelto en un gabancillo blancuzco, que se caía de puro viejo; las manos hundidas en los bolsillos; y la colilla adherida al labio como molusco. Lo tronado de su pergeño; la expresión ensoñadora de sus ojos; y el negro y luengo cabello, que peinaba en trova, dábanle gran semejanza con aquellos artistas apasionados y bohemios de la generación romántica. Pero en Brumosa nadie paraba mientes en contraste tal. Del mismo jaez habían sido todos los amores de la condesa de Ceta. ¡La pobre Julia, tenía la cabeza á componer y un corazón de cofradía! Antes

que con aquel estudiante diera mucho que hablar con el hermano de su doncella; un muchacho tosco y encogido, que acababa de ordenarse de misa, y era la más rara visión de clérigo que pudo salir de seminario alguno. Había que verle, con el manteo á media pierna; la sotana verdosa en redándosele al andar; los zapatos clavateados; el sombrero de canal metido hasta las orejas; sentándose en el borde de las sillas; caminando á grandes trancos con movimiento desmañado y torpe. Y sin embargo la condesa le había amado algún tiempo, con ese amor curioso y ávido que inspiran á ciertas mujeres las jóvenes cabezas tonsuradas. No podían pues causar extrañeza sus relaciones con Aquiles Calderón, las cuales, sin tener larga fecha, habían comenzado en los tiempos prósperos del joven. Más tarde, cuando llegaron los días sin sol, Aquiles, que era muy orgulloso, quiso terminarlas bruscamente, pero la condesa se opuso; lloró abrazada á él, jurando que tal desgracia los unía con nuevo lazo más fuerte que ningún otro. Durante algún tiempo, tomó ella en serio su papel. A pesar de ser casada creía haber recibido de Dios la dulce misión de consolar al estudiante. Entonces hizo muchas locuras y dió que hablar á toda Brumosa, pero se cansó pronto.

Traveseando como chicuela aturdida, rodea la cintura de su amante, y le obliga á dar una vuelta de vals por la sala. Sin soltarse, se dejan caer sobre el sofá: Aquiles haciéndose el sentimental, empieza á reprocharle sus largas ausencias que ni aun

tienen la disculpa de querer guardar el secreto de aquellos amores. ¡Ay! eran veleidades de coqueta únicamente! Ella se había encasquetado un fez argelino que estaba sobre el sofá, y sonríe como mujer de carácter plácido que entiende la vida y sabe tomar las cosas cual se debe. Aquiles, habla y se queja con simulada frialdad; con ese acento extraño de los enamorados que sienten muy honda la pasión y procuran ocultarla como vergonzosa lacería; resabio casi siempre de toda infancia pobre de caricias, amargada por una sensibilidad exquisita, que es la más funesta de las precocidades. La condesa le escucha distraída, ajustándose el gorro, poniéndoselo unas veces de frente, otras de soslayo, sin estarse quieta jamás; por último, cansada de oírle se levanta, y comienza á pasearse por la sala con las manos cruzadas á la espalda y el aire de colegial aburrido. Aquiles se indigna: ¡para eso, sólo para eso se ha pasado toda la tarde esperándola! Ella se vuelve sonriente.

—¡Y acaso yo he venido á oírte sermonear! No comprendes que bastante disgustada estoy...

—¡Tú!

—Sí, yo: que siento las penas de los dos; las tuyas y las mías... Pero como me ves amable y risueña con todo el mundo, te figuras... y lo mismo que tú los demás...

Deja de hablar, contrariada por la sonrisa incrédula de su amante; luego clavando en él los ojos claros, y un poco descaradillos como toda su persona, añade irónicamente:

—Desengáñate, rapaz, las apariencias engañan

mucho. ¿Quien viéndote á tí podrá sospechar ni remotamente las penurias que pasas?

—Pues, hija, el que tenga ojos. Esta vitola no creo que pueda engañar á nadie.

Aunque herido en su orgullo, el bohemio sonrío atusándose el bigote, mostrando los dientes blancos como los de un negro. La condesa ríe también.

—¡Cállate sinvergüenza! La verdad, yo no sé cómo he podido quererte, porque eres feo! feo! feo!...

Y semejante á «Flirt», su lindo galguillo inglés, muerde jugueteando una de las manos del estudiante, mano de hombre, fina, morena y varonilmente velluda. De pronto se levanta exclamando:

—¿Y mi manguito?

Búscanlo por todos los rincones sin resultado, hasta que Aquiles dá con él bajo una silla cargada de libros; quiere limpiarlo, y la condesa se lo arrebató de las manos.

—Trae, trae. Aquí tienes lo que me ha hecho venir.

Y saca un papel doblado de entre el tibio y perfumado aforro de la piel.

—¿Qué es ello?

—Una carta evangélica; carta de mi marido. Dice que perdona con tal de no dar escándalo al mundo, y mal ejemplo á nuestros hijos.

Por el tono de la condesa es difícil saber qué impresión le ha causado la carta. Aquiles sin dejar de atusarse el bigote, hacía rodar sus negras y brillantes pupilas de criollo.

—Pues decididamente Julia, tu marido no morirá atorado.

—¿Por qué?

—Phs... porque se tiene las grandes tragaderas.

Y ríe, con aquella risa silbada que rebosa amarga burlería. La condesa un poco colorada hace dobles al papel. El estudiante, aparentando indiferencia, pregunta:

—¿Y bien, tú qué has resuelto?

—Ya sabes que yo no tengo voluntad. Consulté con mi hermano Jacobo y dice que debo...

—¿Pero bueno, tú?

La actitud de Aquiles es tranquila; el gesto entre irónico y desdeñoso; pero la voz, lo que es la voz tiembla un poco. A todo esto, la condesa baja la cabeza y parece dudosa.

Allá en su hogar todo la insta á romper; las amonestaciones de su madre, el amor de los hijos, y, sin que ella se dé cuenta, ciertos recuerdos de la vida conyugal, que tras dos años de separación, la arrastra otra vez hacia su marido, un buen mozo que la hiciera feliz en los albores del noviazgo. Y sin embargo, duda. Siente su ánimo y su resolución flaquear en presencia del pobre muchacho que tan enamorado se muestra. Pero si á un momento duélese de abandonarle, y como mujer le compadece, á otro momento hácese cargos á sí misma, pensando que es realmente absurdo sentirse conmovida y arrastrada hácia aquel bohemio, precisamente cuando va á reunirse con el conde. Piensa que si es débil, y no se decide á romper de una vez, hallárase más que nunca ligada

á Aquiles, sujeta á sus tiranías, y expuestas á sus atolondramientos. Y entonces el único afán de la condesa es dejar al estudiante en la vaga creencia de que sus amores se interrumpen pero no acaban. Obra así, llevada de cierta señoril repugnancia que siente por todos los sentimentalismos ruidosos, los cuales juzgaba siempre plebeyos; y su instinto de coqueta, no le muestra mejor camino para huir la dolorosa explicación que presiente. Ella no aventura nada: apenas llegue su marido, irase á Madrid, pues el conde aborrece la provincia, y al volver por Brumosa, después de seis ó siete meses, quizá de un año, Aquiles Calderón, si aun no ha olvidado, lo aparentará al menos.

No diera nunca la condesa gran importancia á los negocios del corazón. Desde mucho antes de los quince años, comenzara la dinastía de sus novios que eran destronados á los ocho días, sin lágrimas ni suspiros, verdaderos novios de quita y pon. Aquella cabecita rubia, aborrecía la tristeza, con un epicurismo gracioso y distinguido que apenas se cuidaba de ocultar. No quería que las lágrimas, borrasen la pintada sombra de los ojos. Era el egoísmo pagano de una naturaleza femenina y un poco cristiana que se abroquela contra las negras tristezas de la vida. Momentos antes, mientras subía los ochenta escalones del cuarto de Aquiles, no podía menos de cavilar en lo que ella llamaba «la rotura de la vajilla». Conforme iba haciéndose vieja, aborrecía estas escenas, tanto

como las había amado en otro tiempo. Tenía raro placer en conservar la amistad de sus amantes antiguos, y guardarles un rinconcito en el corazón. No lo hacía por miedo ni por coquetería, sino por gustar el calor singular de esas afecciones de seducción extraña, cuyo origen vedado la encantaba, y en torno de las cuales percibía algo de la galantería íntima y familiar, de aquellos linajudos provincianos, que aun alcanzara á conocer de niña. La condesa aspiraba todas las noches en su tertulia, al lado de algún ex-adorador que había envejecido mucho más aprisa que ella, este perfume lejano y suave, como el que exhalan las flores secas,—reliquias de amoroso devaneo, conservadas largos años entre las páginas de algún libro de versos.—Y sin embargo, en aquel momento supremo, cuando un nuevo amante caía en la fosa, no se vió libre de ese sentimiento femenino, que trueca la caricia en arañazo; esa crueldad, de que aun las mujeres más piadosas suelen dar muestra en los rompimientos amorosos. Fruncido el arco de su lindo ceño, contemplando las uñas rosadas y menudas de su mano, dejó caer lentamente estas palabras:

—No te incomodes Aquiles: considera que á la pobre mamá le doy un verdadero alegrón: yo tampoco he dicho que á ti no te quiera; la prueba está en que he venido á consultarte; pero partiendo de mi marido la insinuación, no hay ya ningún motivo de delicadeza que me impida... ¿A ti qué te parece? Aquiles, que en ocasiones llegaba á grandes ex-

tremos de violencia, se levantó pálido y trémulo, la voz embargada por la cólera.

—¿Qué me parece á mí? ¡á mí! ¡á mí! ¿Y me lo preguntas? Eso es propio de una mujerzuela!

La condesa humilló la frente con sumisión de mártir enamorada.

—¡Ahora insúltame, Aquiles!

—Todavía no te digo lo que te mereces. ¿Qué has pensado que era yo?

El estudiante estaba hermoso. Los ojos vibrantes de despecho; la mejilla pálida; la ojera ahondada; el cabello revuelto sobre la frente, que una vena abultada y negra, dividía á modo de tizne satánico.

Aquiles Calderón, que era un poco loco, sentía por la condesa esa pasión vehemente, con resabios grandes de animalidad, que experimentan los hombres fuertes, las naturalezas primitivas cuando llegan á amar; pasión combinada en el bohemio, con otro sentimiento muy sutil, de sensualismo psíquico satisfecho. La satisfacción de las naturalezas finas condenadas á vivir entre la plebe, y conocer únicamente hembras de germanía, cuando, por acaso, la buena suerte les depara una dama de honradez relativa. El bohemio había tenido esta rara fortuna. La condesa de Cela, aunque liviana, era una señora; tenía viveza de ingenio; y sentía el amor en los nervios, y un poco también en el alma.

Hela allí, la cabeza obstinadamente baja, y el labio inferior entre los dientes. La condesa juega con una de sus pulseras y parece dudosa entre



hablar ó callarse. No pasan inadvertidas para Aquiles vacilaciones tales, pero guárdase bien de hacerle ninguna pregunta. Su vidriosa susceptibilidad de pobre le impide ser el primero en hablar. Nada, nada que sea humillante. ¡Aquel bohemio que debe dinero á toda Brumosa sin pensar nunca en pagarlo; aquel gran arrancado hecho á batirse con todo linaje de usureros, y á implorar plazos y mas plazos á trueque de humillaciones sin cuento, considera harto vergonzoso, implorar de la condesa un poco de amor!

Ella más débil ó más artera, fué quien primero rompió el silencio, preguntando en muy dulce voz:

—¿Has hecho lo que te pedí, Aquiles? ¿Tienes aquí mis cartas?

Aquiles la miró con dureza, sin dignarse responder; pero como su amiga siguiese interrogándole con ~~la~~ actitud y con el gesto, gritó sin poder contenerse:

—¡Donosa ocurrencia! ¿pues dónde había de tenerlas?

La condesa enderézase en su asiento, ofendida por el tono del estudiante: por un momento, pareció que iba á replicar con igual altanería; pero en vez de esto, sonrío echando la cabeza sobre el hombro, en una actitud llena de gracia. Así, medio de soslayo, estúvose buen rato contemplando al bohemio, guiñados los ojos, y derramada por todas las facciones una expresión de finísima picardía.

—Pues mira, Aquiles, no debías incomodarte.

Hizo una pausa muy intencionada; y sin dejar de dar á la voz inflexiones dulces añadió:

—Bien podían estar mis cartas en Peñaranda. ¡Nada tendría de particular! Vamos á ver ¿en dónde están el reloj y las sortijas? Si el día menos pensado vas á ser capaz de citarme en el Monte de Piedad. Pero yo no iré ¡quíá! correría el peligro de quedarme allí.

Aquiles tuvo el buen gusto de no contestar: abrió el cajón de una cómoda, y sacó varios manojos de cartas atados con listones de seda. Estaba tan emocionado que sus manos temblaban al desatarlos; hizo entre los dedos un ovillo con aquellos cintajos, y los tiró lejos á un rincón.

—Aquí tienes.

La condesa se acercó un poco conmovida.

—Debías ser más razonable, Aquiles; en la vida hay exigencias á las cuales es preciso doblegarse. Yo no quisiera que concluyéramos así; esperaba que fuésemos siempre buenos amigos; me hacía la ilusión de que aun cuando esto acabase...

Se enjugó una lágrima, y en voz mucho más baja añadió:

—¡Hay tantas cosas que no es posible olvidar!

Calló, esperando en vano alguna respuesta: Aquiles, no tuvo para ella, ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto.

La condesa se quitó los guantes muy lentamente, y comenzó á repasar las cartas que su amante había conservado en los sobres con religioso cuidado. Después de un momento, sin levantar los ojos, y con visible esfuerzo llegó á decir:

—Yo á quien quiero es á tí, y nunca, nunca, te abandonaré por otro hombre; pero cuando una mujer es madre, preciso es que sepa sacrificarse por sus hijos. El reunirme con mi marido, era una cosa que tenía que ser. Yo no me atrevía á decírtelo; te hacía indicaciones, y me desesperaba al ver que no me comprendías... Hoy mi madre lo sabe todo, ¿voy á dejarla morir de pena?

Cada palabra de la condesa era una nueva herida que inferían al pobre amante aquellos labios adorados, pero ¡ay! tan imprudentes; llenos de dulzuras para el placer; hojas de rosas al besar la carne, y amargos como la hiel, duros y fríos cómo los de una estatua, para aquel triste corazón, tan lleno de neblinas delicadas y poéticas. Habíase ella aproximado á la lumbre, y quemaba las cartas una á una, con gran lentitud, viéndolas retorcerse en el fuego, cual si aquellos renglones de letra desigual y felina, apretados de palabras expresivas, ardorosas, palpitantes, que prometían amor eterno, fuesen capaces de sentir dolor. Con cierta melancolía vaga, inconsciente, parecida á la que produce el atardecer del día, observaba como algunas chispas, brillantes y tenues, cual esas lucécitas que en las leyendas místicas son ánimas en pena, iban á posarse en el pelo del estudiante, donde tardaban un momento en apagarse. Consideraba, con algo de remordimiento, que nunca debiera haber quemado las cartas en presencia del pobre muchacho, que tan apenado se mostraba. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo volver con ellas á su casa, al lado de su madre, que esperaba ansiosa el tér-

mino de aquella entrevista tal? Parecíale que aquellos plieguecillos perfumados como el cuerpo de una mujer galante, mancharían la pureza de la achacosa viejecita, cual si fuese una virgen de quince años.

Aquiles, mudo, insensible á todo, miraba fijamente ante sí con los ojos extraviados. Y allá en el fondo de las pupilas cargadas de tristeza, bailaban alegremente las llamitas de oro, que, poco á poco, iban consumiendo el único tesoro del bohemio. La condesa, se enjugó los ojos; y afanosa por ahogar los latidos de su corazón de mujer compasiva, arrojó de una vez todas las cartas al fuego.

Aquiles se levantó temblando.

—¿Por qué me las arrebatas? ¡Déjame siquiera algo que te recuerde!

Su rostro, tenía en aquel instante una expresión de sufrimiento aterradora. Los ojos se conservaban secos, pero el labio temblaba bajo el retorcido bigotejo como el de un niño que va á estallar en sollozos. Desalentado, loco, sacó del fuego las cartas, que levantaron una llama triste en medio de la vaga obscuridad que empezaba á invadir la sala.

La condesa lanzó un grito:

—¡Ay! ¿Te habrás quemado? ¡Dios mío qué locura!

Y le examinaba las manos sin dejar de repetir:

—¡Qué locura! ¡qué locura!

Aquiles, cada vez más sombrío, inclinóse para recoger las cartas, que, caídas á los pies de la dama se habían salvado del fuego. Ella le miró

hacer, muy pálida y con los ojos húmedos. La inesperada resistencia del estudiante, todavía más adivinada que sentida, conmovíale hondamente; faltábale valor para abrir aquella herida, para producir aquel dolor desconocido. Su egoísmo falto de resolución, sumíala en graves vacilaciones sin dejarla ser cruel ni generosa. Apoyada en la chimenea retorciendo una punta del pañolito de encajes, murmuró en voz afectuosa y conciliadora:

—Yo te dejaría esas cartas... Sí, te las dejaría... Pero ¡ay! reflexiona de cuántos disgustos pueden ser origen si se pierden. ¿Dime, dime tú mismo si no es una locura?

La condesa no ponía en duda la cabellerosidad de Aquiles, ¡muy lejos de eso! Pero tampoco podía menos de reconocer que era una cabeza sin atadero; un verdadero bohemio. ¿Cuántas veces no había ella intentado hacerle entrar en una vida de orden? y todo inútil. Aquel muchacho era una especie de salvaje civilizado; se reía de los consejos, enseñando unos dientes muy blancos, y contestaba bromeando, sosteniendo que tenía sangre araucana en las venas.

El insistía con palabras muy tiernas y un poco poéticas,

—Esas cartas, Julia, son un perfume de tú alma; el único consuelo que tendré cuando te hayas ido. Me estremezco al pensar en la soledad que me espera; soledad del alma que es la más horrible! Hace mucho tiempo que mis ideas son negras como si me hubiesen pasado por el cerebro grandes bro-

chazos de tinta. Todo á mi lado se derumba, todo me falta...

Susurraba estas quejas al oído de la condesa, inclinado sobre el sillón, besándole los cabellos con apasionamiento infinito. Sentía en toda su carne un estremecimiento al posar sus labios y deslizarlos sobre las hebras rubias y sedefias.

—Déjamelas! ¡son tan pocas las que quedan! Haré con ellas un libro, y leeré una carta todos los días como si fuesen oraciones.

La condesa suspira y calla. Había ido allí dispuesta á rescatar sus cartas, cediendo en ello á ajenas sugerencias; creyendo que las cosas se arreglarían muy de otro modo, conforme á la experiencia que de parecidos lances tenía. No sospechara nunca tanto amor por parte de Aquiles; y al ver la herida abierta de pronto en aquel corazón que era todo suyo, permanecía sorprendida y acobardada, sin osar insistir; trémula como si viese sangre en sus propias manos. Ante dolor tan sincero, sentía el respeto supersticioso que inspiran las cosas sagradas, aun á los corazones más faltos de fe.

Por demás es advertir que no estaba la condesa locamente enamorada de Aquiles Calderón; pero quería á su modo, con esa atractiva simpatía del temperamento, que tantas mujeres experimentan por los hombres fuertes,—los buenos mozos que no empalagan, del ajejo decir femenino—No le abandonaba ni hastiada, ni arrepentida. Pero la condesa, deseaba vivir en paz con su madre;

una buena señora de rigidez franciscana que hablaba á todas horas del infierno, y tenía por cosa nefanda los amores de su hija, con aquel estudiante sin creencias, libertino y masón, á quien Dios, para humillar tanta soberbia, tenía sumido en la miseria.

Era la gentil condesa, de condición tornadiza y débil, sin ambiciones de amor romántico, ni vehemencias pasionales; por manera que en los afectos del hogar, impuestos por la educación y la costumbre, había hallado siempre cuanto necesitar podía su sensibilidad reposada y plebeya. El corazón de la dama no había sufrido esa profunda metamorfosis que en las naturalezas apasionadas, se obra con el primer amor. Desconocía las tristes vaguedades de la adolescencia. A pesar de frecuentar la catedral como todas las damas linajudas de Brumosa, jamás había gustado el encanto de los rincones oscuros y misteriosos, donde el alma tan fácilmente se envuelve en ondas de ternura, y languidece de amor místico. Eterna y sacrílega preparación para caer más tarde en los brazos del hombre tentador y hacer del amor humano, y de la forma plástica del amante, culto gentílico y único destino de la vida. Merced á no haber sentido estas crisis de la pasión, que sólo dejan escombros en el alma, pudo la condesa de Cela, conservar siempre por su madre igual veneración que de niña; afección cristiana, tierna, sumisa, y hasta un poco supersticiosa. Para ella, todos los amantes habían merecido puesto inferior al cariño tradicional, y

un tanto ficticio, que se supone nacido de ocultos lazos de la sangre.

Pero era la condesa si no sentimental, mujer de corazón franco y burgués, y no podía menos de hallar hermosa la actitud de su amante, implorando como supremo favor la posesión de aquellas cartas. Olvidaba como las había escrito en las tardes lluviosas de un invierno inacabable, pereciendo de tedio, mordiendo el mango de una pluma, y preguntándose á cada instante qué le diría. Cartas de una fraseología trivial y gárrula; donde todo era oropel, como el heráldico timbre de los plieguecillos embusteros, henchidos de zalamerías livianas; sin nada verdaderamente tierno, vívido, de alma á alma. Pero entonces, contagiada del romancismo de Aquiles, hacíase la ilusión de que todas aquellas patas de mosca las trazara suspirando de amor.

Con dos lágrimas detenidas en el borde de los párpados, y bello y majestuoso el gesto, que la habitual ligereza de la dama hacía un poco teatral, se volvió al estudiante:

—Sea, ¡yo no tengo valor para negártelas! Guarda, Aquiles, esas cartas y con ellas el recuerdo de esta pobre mujer que te ha querido tanto!

Aquiles que hasta entonces las había conservado, movió la cabeza é hizo ademán de devolvérselas. Con los ojos fijos miraba á la nieve que azotaba los cristales, enloquecido, pero resuelto á no escuchar. Y ella, á quien el silencio era penoso, se cubrió el rostro llorando, con el llanto nervioso de las actrices. Lágrimas estéticas que carecen de amargura, y son deliciosas como ese delicado tem-



blorcillo que sobrecoge al espectador en la tragedia.

Aquiles inclinó la cabeza, hasta apoyarla en las rodillas, y así permaneció largo tiempo; la espalda sacudida por los sollozos. Ella, vacilando, con timidez de mujer enamorada, fué sentarse á su lado en el brazo del canapé y le pasó la mano por los cabellos negros y rizados. Enderezóse él muy poco á poco y le rodeó el talle suspirando, atrayéndola á sí, buscando el hombro para reclinar la frente. La condesa siguió acariciando aquellos hermosos cabellos, sin cuidarse de enjugar las lágrimas que lentas y silenciosas como gotas de lluvia que se deslizan por las mejillas de una estatua, rodaban por su pálida faz y caían sobre la cabeza del estudiante, el cual abatido y como olvidado de sí propio apenas entendía las frases que la condesa suspiraba.

—No me has comprendido, Aquiles mío. Si un momento quise poner fin á nuestros amores, no fué porque hubiese dejado de quererte; quizá te quería más que nunca; pero ya me conoces... Yo no tengo carácter: tú mismo dices que se me gobierna por un cabello. Ya sé que debí haberme defendido; pero estaba celosa, ¡me habían dicho tantas cosas!...

Hablaba animada por la pasión. Su acento era insinuante; sus caricias cargadas de fluído, como la piel de un gato negro. Sentía la tentación caprichosa y enervante de cansar el placer en brazos de Aquiles. En aquella desesperación hallaba promesas de nuevos y desconocidos transportes pa-

nionales; de un convulsivo languidecer, epiléptico como el del león, y suave como el de la tórtola. Colocó sobre su seno la cabeza de Aquiles, ciñóla con las manos enlazadas y murmuró en voz imperceptible:

—¿No me crees, verdad? ¡Es muy cruel que lo mismo la que miente, que la que habla con toda el alma, hayan de emplear las mismas palabras, los mismos juramentos!...

Y le besaba prodigándole cuantas caricias apasionadas conocía: refinamientos que, una vez gustados, hacen aborrecible la doncella ignorante.

Sin fuerza para resistir el poder de aquellos halagos, Aquiles, la besó cobardemente en el cuello blanco y terso como plumaje de cisne. Entonces la condesa se levantó y sonriendo á través de sus lágrimas con sonrisa de bacante, arrastróle por una mano hasta la alcoba. El intentó resistir, pero no pudo. Quisiera vengarse despreciándola, ahora, que tan humilde se le ofrecía; pero era demasiado joven para no sentir la tentación, y poco cristiano su espíritu para triunfar en tales combates; y hubo de seguirla, bien que aparentando una frialdad desdeñosa, en que la condesa creía muy poco. Actitud falsa y llena de soberbia, con que aspiraba á encubrir lo que á sí mismo se reprochaba como una cobardía, y no era más que el encanto misterioso de los sentidos.

Al encontrarse en brazos de su amante, la condesa tuvo otra crisis de llanto; pero llanto seco, nervioso, cuyos sollozos tenían notas extrañas de risa histérica. Si Aquiles Calderón tuviese la do-

lorosa manía analista, que puso la pistola en manos de su gran amigo Pedro Pondal, hubiese comprendido con horror que aquellas lágrimas que en su exaltación ansiaba beber en las mejillas de la condesa, no eran de arrepentimiento, sino de amoroso sensualismo, y sabría que en tales momentos no faltan á ninguna mujer.

En la vaga obscuridad de la alcoba, unidas sus cabezas sobre la blanca almohada, se hablaban en voz baja, con ese acento sugestivo y misterioso de las confesiones, que establece entre las almas, corrientes de intimidad y amor. La condesa suspiraba, presentándose como víctima de la tiranía del hogar. Ella había cedido á las sugerencias maternas; faltárale entereza para desoír los consejos de aquellos labios que la besaban con amor; cuyas palabras manaban dulces, suaves, persuasivas, con perfume de virtud, como aguas de una fuente milagrosa. Pero ahora no habría poder humano capaz de separarlos; morirían, así, el uno en brazos del otro.—Y como el recuerdo de su madre no la abandonase, añadió con zalamería, poniendo sobre el pecho desnudo, una mano de Aquiles:

—Guardaremos aquí nuestro secreto, y nadie sabrá nada, ¿verdad?

Aquiles la miró intensamente.

—¡Pero tu madre!

—Mi madre tampoco.

El bigotejo retorcido y galán del estudiante, esbozó una sonrisa cruel.

Aquiles aborrecía con todo su ser á la madre

de la condesa. En aquel momento parecíale verla recostada en el monumental canapé de damasco rojo, con estampados chinescos; uno de esos muebles arcaicos, que todavía se ven en las casas de abolengo, y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas, algo del respeto y de la severidad engolada de los antiguos linajes. Se la imaginaba hablando con espíritu mundano, de rezos, de canónigos y de prelados; luciendo los restos de su hermosura deshecha; una gordura blanca de vieja enamoradiza. Creía notar el movimiento de los labios, todavía frescos y sensuales que ofrecían raro contraste con las pupilas inmóviles, casi ciegas, de un verde neutro y sospechoso de mar revuelto. Encontraba antipática aquella vejez sin arrugas, que aun parecía querer hablar á los sentidos.

El estudiante recordó las murmuraciones de Brumosa y tuvo de pronto una intuición cruel. Para que la condesa no huyese de su lado, bastaría derribar á la anciana del dorado camarín donde el respeto y la credulidad de su hija la miraban; y arrastrado por un doble anhelo de amor y de venganza, no retrocedió ante la idea de descubrir todo el pasado de la madre á la hija que adoraba en ella.

—¡Pareces una niña Julia! No comprendo, ni ese respeto fanático, ni esos temores. Tu madre aparentará que se horroriza ¡es natural! pero seguramente cuando tuvo tus años, haría lo mismo que tú haces. ¡Sólo que las mujeres olvidáis tan fácilmente!..

—¡Aquiles! ¡Aquiles! no seas canallita!... ¡Para que tú puedas hablar de mi madre necesitas volver á nacer! ¡Si hay santas, ella es una!...

—No riñamos hija. Pero también tú puedes ser canonizada. Figúrete que yo muero; que tú te arrepientes... ¿No hay en el Año Cristiano alguna historia parecida? A tú madre que lo lee todos los días debes preguntárselo.

La condesa le interrumpió:

—No tienes para qué nombrar á mi madre.

—¡Bueno! Cuando la canonicen á ella ya habrá la historia que buscamos.

La condesa medio enloquecida, se arrojó del lecho; pero él no sintió compasión ni aun viéndola en medio, de la estancia; los rubios cabellos destrenzados, lívidas las mejillas que humedecía el llanto; recogiendo con expresión de suprema angustia, la camisa sobre los senos desnudos. Aquiles sentía esa cólera brutal, que en algunos hombres se despierta ante las desnudeces femeninas. Con clarividencia satánica, veía cuál era la parte más dolorosa de la infeliz mujer, y allí, hería sin piedad, con sañudo sarcasmo.

—¡Julia! ¡Julita! También tus hijos dirán mañana que tú has sido una santa. Reconozco que tu madre supo elegir mejor que tú sus amantes. ¿Sabes cómo la llamaban hace veinte años? ¡La canónica, hija! ¡la canónica!

La condesa horrorizada huyó de la alcoba. Aun cuando Aquiles tardó mucho en seguirla, la halló todavía desnuda, gimiendo monótonamente, con la

cara entre las manos. Al sentirle, incorporóse vivamente y empezó á vestirse, serena y estóica ya.

Cuando estuvo dispuesta para marcharse, el estudiante trató de detenerla. Ella retrocedió con horror, mirándole de frente.

—¡Déjeme usted!

Y con el brazo siempre extendido, cómo para impedir el contacto del hombre, pronunció lentamente:

—Ahora todo, todo ha concluído entre nosotros! Ha hecho usted de mí una mujer honrada. ¡Lo seré! ¡lo seré! ¡Pobres hijas mías si mañana las avergüenzan diciéndoles de su madre, lo que usted acaba de decirme de la mía!...

El acento de aquella mujer era á la vez tan triste y tan sincero, que Aquiles Calderón, no dudó que la perdía. ¡Y sin embargo, la mirada que ella le dirigió desde la puerta, al alejarse para siempre, no fué de odio, sino de amor!...



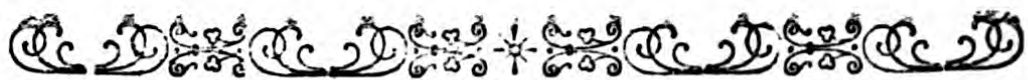


TULA VARONA

---







## TULA VARONA

---

Los perros de caza, iban y venían con carreras locas, avizorando las matas, horadando los huecos zarzales, y metiéndose por los campos de centeno con alegría ruidosa de muchachos. Ramiro Mendoza, cansado de haber andado todo el día por cuetos y vericuetos, apenas ponía cuidado en tales retozos: con la escopeta al hombro, las polainas blancas de polvo, y el ancho sombrero en la mano, para que el aire le refrescase la asoleada cabeza, regresaba á Villa-Julia, de donde había salido muy de mañana. El duquesito, como llamaban á Mendoza en el «Foreigner Club», era cuarto ó quinto hijo de aquel célebre Duque de Ordex que murió hace algunos años en París completamente arruinado. A falta de otro patrimonio, heredara la gentil presencia de su padre, un verdadero noble español, quijotesco é ignorante, á quien las liviandades de una reina, dieron pasagera celebridad. Aun hoy, cierta marquesa de ca-

bellos plateados,—que un tiempo los tuvo de oro, y fué muy bella,—suele referir á los íntimos que acuden á su tertulia los lances de aquella amorosa y palatina jornada.

El duquesito caminaba despacio y con fatiga. A mitad de una cuestecilla pedregosa, como oyese rodar algunos guijarros tras si, hubo de volver la cabeza. Tula Varona bajaba corriendo, encendidas las mejillas, y los rizos de la frente alborotados.

—¡Eh! ¡duque! ¡duque!... ¡Espere usted hombre! Y añadió al acercarse:

—¡He pasado un rato horrible! ¡Figúrese usted, que unos indígenas me dicen que anda por los alrededores un perro rabioso!!!

Ramiro procuró tranquilizarla:

—¡Bah! no será cierto: si lo fuese, crea usted que le viviría reconocido á ese señor perro.

Al tiempo que hablaba, sonreía de ese modo fatuo y cortés, que es frecuente en labios aristocráticos. Quiso luego poner su galantería al alcance de todas las inteligencias, y añadió:

—Digo esto porque de otro modo quizá no tuviese...

Ella interrumpióle saludando con una cortesía burlona:

—Sí, ya sé: de otro modo, quizá no tuviese usted el alto honor de acompañarme.

Se reía con risa hombruna, que sonaba de un modo extraño en su pálida boca de criolla. Llevaba puesto un sombrerete de paja, sin velo ni cintajos, parecido á los que usan los hombres,

guantes de perfumada gamuza, y borceguíes blancos, llenos de polvo. Su cabeza era pequeña y rizada; el rostro gracioso, e<sup>st</sup>o talle encantador. Gastaba corto el cabello lo cual le daba cierto aspecto alegre y juguetón. Rehizo en el molde de su lindo dedo los ricillos rebeldes que se le entraban por los ojos, y añadió:

—Venga acá la escopeta, duque. Si aparece por ahí ese perro, usted no debe tirarle: es cuestión de agradecimiento. ¡Antes morir!

Riendo y loqueando tomó la escopeta de manos del duquesito, y se puso á marcar el paso. Sus movimientos eran muy graciosos, pero su alegría, demasiado nerviosa, resultaba inquietante como las caricias de los gatos. El duquesito, que se había quedado atrás, la desnudaba con los ojos. ¡Vaya una mujer! tenía los contornos redondos, la línea de las caderas ondulante y provocativa... El buen mozo tuvo intenciones de cogerla por la cintura y hacer una atrocidad; afortunadamente, su entusiasmo, halló abierta la válvula de los requiebros:

—¡Encantadora Tula! ¡admirable! ¡parece usted Diana cazadora!

Tula, medio se volvió á mirarle.

—¡Ay! ¡cuantísima erudición! Yo estaba en que usted no conocía intimamente otra Diana que la artista de Parish.

Era tan maligna la sonrisa que guiñaba sus negros ojos, que el duquesito, un poco mortificado, quiso contestar á su vez algo terriblemente irónico; pero en vano escudriñó los arcanos de su

magín. La frase cruel, aquella de tres filos envenenados que debía clavarse en el corazón de la linda criolla, no pareció. ¡Oh! ¡pobres mostachos, qué furiosamente os retorcieron entonces los dedos del duquesito!

Como cien pasos llevarían andados, y Tula, que caminaba siempre delante, se detuvo esperando á Mendoza:

—¡Ay! Tengo este hombro medio deshecho. Tome usted la escopeta; ¡es más pesada que su dueño!

El otro la miró, sin abandonar la sonrisa fatua y cortés. ¡La ironía! ¡la terrible ironía, acababa de ocurrírsele!

—Eso... ¡quién sabe, Tula! Usted aun no me ha tomado en peso.

Y se rió sonoramente, seguro de que tenía ingenio.

Tula Varona le contempló un momento á través de las pestañas entornadas.

—¡Pero hombre! que sólo ha de tener usted contestaciones de almanaque! Le he oído eso mismo cientos de veces. ¡Y la gracia está en que tiene usted la misma respuesta para los dos sexos!

Como iba delante, al hablar volvía la cabeza, ya mirando al duquesito, por encima de un hombro, ya del otro, con esos movimientos vivos y gentiles de los pájaros que beben al sol en los arroyos.

De aquella mujer, de sus trajes y de su tren se murmuraba mucho en Villa-Julia: sabíase que vivía separada de su marido, y se contaba una historia escandalosa. Cuando su doncella, una ru-

bia inglesa, muy al cabo de ciertas intimidades, deslizó en la orejita nacarada y monísima de la señora, algo, como un eco, de tales murmuraciones, Tula se limitó á sonreír, al mismo tiempo que se miraba los dientes en el lindo espejillo de mano que tenía sobre la falda—un espejillo con marco de oro cincelado, que también tenía su historia galante.—Tula Varona, reunía todas las excentricidades y todas las audacias mundanas de las criollas que viven en París: jugaba, bebía y tiraba del cigarrillo turco, con la insinuante fanfarronería de un colegial. Al verla apoyada en el taco del billar, discutiendo en medio de un corro de caballeros el efecto de una carambola, ó las condiciones de un caballo de carreras, no se sabía si era una dama genial, ó una aventurera muy experta.

Del sombrío caminejo de la montaña, salieron á un gran raso de cespéd, en mitad del cual había una fuentequilla: rodeábanla macizos de flores y bancos de hierro, colocados en círculo, á la festoneada sombra de algunos álamos. Grupos de turistas venían ó se alejaban por la carretera. Dos jovencitas, sentadas cerca de la fuente, leían, comentándola, la carta de una amiga; algunas señoras pálidas y de trabajoso andar, llamaban á sus maridos con gritos lánguidos; y una niñera que tenía la frente llena de rizos, contestaba haciendo dengues, las bromas verdes de tres elegantes caballeres. Se veían muchos trajes claros, muchas sombrillas rojas, blancas y tornasoladas. Tula llenó

en la fuente su vaso de bolsillo, una monería de cristal de Bohemia, y lo alzó desbordante:

—¡Duque! brindo por usted!

Bebió entre los cuchicheos de las dos jovencitas que leían la carta. Al acabar estrelló el vaso contra las rocas, y se echó á reir de modo provocativo.

—Vámonos, duque: no escandalicemos.

Estaba muy linda: el sol la hería de soslayo, el viento le plegaba la falda.

Desde la explanada, dominábase el vasto panorama de la ría guarnecida de rizados: los tilos del paseo de París y las torres de la ciudad, destacábanse sobre la faja roja que marcaba el ocaso.

Después de un centenar de pasos empezaban los palacetes modernos. Tula se detuvo ante la verja de un jardinillo. Tiró con fuerza de la cadena, que colgaba al lado de la puerta; y después, dijo, introduciendo el enguantado brazo por entre los barrotes:

—¡He aquí mi nido!

Los rayos del sol, que se ponía en un horizonte marino, cabrilleaban en los cristales. Era un hermoso nido, rodeado de follaje, con escalinata de mármol, y balcones verdes, tapizados de enredaderas. Tula tendió con gallardía la mano al duquesito, y mirándole á los ojos, pronunció con su acariciador acento de criolla:

—¿No quiere usted hacerme compañía un momento?... Tomaríamos mate á estilo de América.

El otro, tuvo algún titubeo, y, á la postre, concluyó por animarse. Su amiga le hizo pasar á

un saloncito sumido en amorosa penumbra. El ambiente estaba impregnado del aroma meridional y morisco de los jazmines que se enroscaban á los hierros del balcón. Tula indicóle asiento con una graciosa reverencia, y se ausentó velozmente, no sin tornar alguna vez la cabeza para mirar y sonreír al buen mozo.

—¡Vuelvo duque, ¡vuelvo! No se asuste usted!

El duquesito la siguió con la vista. Tula Varona tenía ese andar cándencioso y elástico que deja adivinar unas piernas largas y esbeltas de venus griega. No tardó en aparecer envuelta en una bata de seda azul celeste, guarnecida de encajes. Posado en el hombro, traía un lorito, que salmodiaba el estribillo de un «fado» brasileño, y balanceaba á compás su verde caperuza. De aquella traza, recordaba esos miniados de los códices antiguos, que representan emperatrices y princesas, aficionadas á la cetrería, con un rico brial de brocado, y un hermoso gavián en el puño. Dejó el loro sobre la cabeza de una estatuilla de bronce, capricho artístico de Pradier, y se puso á preparar el mate sobre una mesa de bambú, en un rincón del saloncito. De tiempo en tiempo, volvíase con gentil escorzo de todo el busto, para lanzar al duque una mirada luminosa y rápida. Conocíase que quería hacer la conquista del buen mozo; y adoptaba con él, aires de coquetería afectuosa; pero en el fondo de sus negras pupilas, temblaba de continuo una risita burlona, que simulaba contenida por el marco de aquellas pestañas, rizas y luengas que al mirar, se entornaban con voluptuosidad americana.



Dejaba pasar pocos momentos sin dirigir la palabra á su amigo, y cuando lo hacía era siempre de un modo picado y rápido. Colocaba la yerba en el fondo del mate, y se volvía sonriente.

—A esto llaman allá cebar...

Echaba agua, tomaba un sorbo y añadía:

—Es operación que hacen las negritas.

Y después de otro momento, al poner azúcar:

—No crea usted; tiene sus dificultades.

Cuando hubo terminado, llamó á Ramiro Mendoza, que en el otro extremo del saloncito, pasaba revista á una legión de «bibelots», sobre un mueble japonés. El buen mozo la felicitó campanudamente, por aquella encantadora genialidad. Tula entornó sus aterciopelados ojos:

—¡Oh! ¡muchas gracias!

Los elogios de un hombre tan elegante, no podían menos de serle muy agradables, pero ¡ay! resistíase á creer que fuesen sinceros. Ramiro protestó con mucho calor, y aquella protesta, le valió una de esas miradas femeninas de parpadeo apasionado y rápido.

Para explicarle cómo se tomaba el mate, Tula llevóse á los labios la boquilla de plata y sorbió lentamente. Amenudo alzaba los párpados y sonreía. Los rizos, caíanle sobre los ojos, el cuello mórbido y desnudo, graciosamente encorbado, parecía salir de una cascada de encajes; la azul y ondulante entreabertura de la manga dejaba ver en incitante claro-oscuro, un brazo de tonos algo velados y dibujo intachable, que sostenía la matera

de plata cincelada. Tula levantó la cabeza, y murmuró en voz baja é íntima:

—Pruebe usted Ramiro: pero tiene usted que poner los labios donde yo los he puesto... Tal es la costumbre. La boquilla no se cambia!...

Ramiro la interrumpió: aquello era precisamente lo que él encontraba más agradable. Callóse á lo mejor, viendo entrar un lacayo mulato, que traía una bandeja con pastas y licores. ¡Hay que imaginarse á Trinito! Una figurilla renegrada, manchada de hollín; una librea extravagante; una testa llena de rizos negros y apretados, como virutas de ébano; unos ojos vivos, asomando por debajo de las cejas, crespas y caídas, de enanillo encantador y burlón.

Tula llenó dos copas muy pequeñas.

—Va usted á tomar «Licor de Constantinopla» regalo del embajador turco en París,

Con un gesto le pidió la matera para ponerle más agua. Antes de volvérsela, dió algunos sorbos, al mismo tiempo que de soslayo, lanzaba miraditas picarescas á Mendoza.

—Ahora supongo que le gustará á usted más...

—¡Naturalmente, Tula!

—No sea usted malicioso. Dígolo porque estará menos amargo.

Después del mate la plática toma carácter mas íntimo. El duquesito, cuenta su género de vida en Madrid: su afición á los toros, su santo horror á la política; recuerda las agradables veladas musicales en las habitaciones de la Infanta, los saraos

de la condesa de Cela. Sentía él necesidad de hablar con Tula, de contarle cuanto pensaba y hacía. ¡Lo escucha ella con tanto interés! A veces le interrumpe dirigiéndole alguna frase de magistral coquetería y le da golpecitos en las rodillas con un largo abanico de palma, que ha tomado de encima del piano. El duquesito se acaricia la barba maquinalmente, sin ser dueño de apartar los ojos un momento de aquel rostro picaresco y riente, que aun parece adquirir gentileza, bajo el tricornio, hecho con un número antiguo de *Le Figaro*, que entre burla y coqueteo, la criolla acaba por encasquetarse sobre los rizos, con tan buen donaire, que nunca estudiantillo de la tuna lo tuvo igual.

—¿Qué tal duque?

—¡Sublime! ¡encantadora! ¡deliciosísima!

En el vestíbulo, tras la puerta de cristales del saloncito, se dibujó el perfil de una señora anciana, la cual, después de haber observado un instante, asomó la cabeza sonriendo cándidamente.

—¿No ha venido el señor Popolasca?

—No, tiita. ¿Pero qué hace que no pasa? Andele, tomará mate.

La tiita dió las gracias. Era una señora que tenía siempre grandes quehaceres; y se alejó á saltitos, haciendo cortesías á Ramiro Mendoza, que retorció entre sus dedos furibundos las guías del bigote á lo matón. Cuando hubo desaparecido la anciana, el duquesito tomó la copa, vacióla de un sorbo, y á tiempo de ponerla sobre la mesa, preguntó:

—Diga usted, Tula, se puede saber quién es ese Popolasca que al parecer viene todos los días.

La criolla no se inmutó.

—Un italiano que me dá lecciones de esgrima. ¡Oh! ¡Aquí donde usted me ve, soy gran espadachina!

A todo esto, habíase puesto en pie, y se alisaba los cabellos.

—Vamos ¿quiere usted que le dé unos cuantos botonazos? ¿De verdad quiere usted?

Y señalándole el juego de floretes que había en un rincón, dispersado sobre varias sillas, añadió:

—Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces lo mato!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano como si fuesen á representar un paso muy divertido. Tula con la mano izquierda, recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El Duquesito dejóse tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juegos socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules, que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadarse, y se dejó caer sobre el confidente, jadeante, casi sin poder hablar:

—¡Ay!... Conste que es usted un gran tirador, Ramiro, pero conste también, que es usted muy poco galante.

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí.

—Me ha dado usted un terrible botonazo.

Y señalaba el seno de armonioso dibujo opriéndoselo suavemente con las dos manos. El Duquesito preguntó sonriendo:

—¿Me permite usted ver?...

—¡ Hombre no! Puede usted desmayarse.

Tula recostada en el confidente, suspiraba de ese modo hondo, que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos, que conservaba cruzadas, parecían dos palomas blancas, ocultas entre los encajes del regazo azul, en cuya penumbra de nido, el rubí de una sortija lanzaba reflejos sangrientos sobre los dedos pálidos y finos. Algunos pájaros de América modulaban apenas un gorjeo en sus jaulas doradas, que pendían inmóviles entre los cortinajes de los abiertos balcones. En los ángulos, trípodes de bambú, sostenían tibores con encames helechos de los trópicos.

Ramiro Mendoza miraba á Tula de hito en hito; y atusábase el bigote, sonriendo, con aquella sonrisa fatua y cortés, que jamás se le caía de los labios. A su pesar, el buen mozo sentíase fascinado, y temía perder el dominio que hasta entonces conservara sobre sí. Instintivamente se llevó una mano al corazón, cuya celeridad le hacía daño. La criolla mordióse los labios disimulando una sonrisa, al mismo tiempo que con la yema de los dedos se registraba la ola de encajes, que parecía encrespase sobre su pecho; pero no hallando lo que buscaba alzó los ojos hasta el duquesito.

—Eche usted acá un cigarrillo, maestro Cuchillada.

Ramiro sacó la petaca, en la que no faltaba el

hípico trofeo de la montura inglesa y se la presentó abierta á la criolla.

—No hay más que un cigarro, Tula ¿le parece á usted que lo fumemos juntos?...

Su sonrisa tenía una expresión extraña; su voz sonaba seca y velada. Extrajo el cigarro con exquisita elegancia y continuó:

—¿Acepta usted, Tula? Lo fumaremos como hemos tomado el mate... Figúrese usted que ahora se pagan en esa moneda los derechos al Estado, y que el Estado en este caso soy yo, como aquel rey de Francia.

La criolla replicó con viveza y malicia:

—Pero esta personita no acostumbra á pagar derechos... Ya que para figuraciones estamos ¡figúrese usted que soy contrabandista!

Sus ojos brillaban con cierto fuego interior y maligno: toda su persona parecía animada de lascivo encanto, como si se hallase medio desnuda, en un nido de seda y encajes, tenuemente iluminado por una lámpara de porcelana color rosa. Miró al Duquesito de un modo acariciador y tierno, y se echó á reír con tal abandono, que se tiró hacia atrás en el confidente. Como la risa le duró mucho tiempo, los ojos del buen mozo pudieron pasar, desde la garganta blanca y tornátil, sacudida por el coro de carcajadas cristalinas, hasta las pantuflas turcas, y las medias de seda negra, salpicadas de mariposillas azul y plata y extendidas sin una arruga sobre la pierna... Tula se incorporó haciendo al Duquesito lugar á su lado en el confidente, en-

volviéndole al mismo tiempo en una mirada sostenida con los ojos medio cerrados.

—¡Dios mío! ¡Va usted á creer que soy una loca!

El se inclinó con gallardía.

—Lo que creo es que el loco acabaría por serlo yo, si tuviese la dicha de permanecer mucho tiempo al lado de mujer tan adorable.

—Pues si usted tiene ese miedo, otra vez le cerraré la puerta.

Sabía ella decir todas estas trivialidades con coquetería insinuante y graciosa. Su charla alegre y burbujeante, parecía librada en una copa llena de vino de Falerno y hojas de rosa; pero el hechizo incomparable de aquella mujer, hallábase en el movimiento provocativo y picaresco de los labios, que, en cada frasecilla, engastaban un grano de sal que cristalizaba en forma de diamante.

La criolla habla, ríe, se mueve, gesticula todo á un tiempo, con coquetería vivaz é inquietante. Como al descuido, su pie delicado y nervioso, entretenido en hacer saltar la babucha turca, roza el pie y la polaina del Duquesito, que expoleado por aquellos rápidos contactos se aventura á rodear con su brazo el talle de la criolla, bien que sin osar estrechárselo. Aprovechando un momento en que ella torna la cabeza, se inclina y la besa en los cabellos furtivamente, con ternura tímida. La criolla lanza un grito trágico.

—¡Me ha besado usted, caballero!...

—¡Tula! ¡Tula!... Perdóne usted! No vé usted que estoy loco?... Déjeme usted que la adore!...

Habíale cogido las manos, y le besaba la punta de los dedos suspirando. Tula le veía temblar, sentía el roce de sus labios, oía sus palabras llenas de ardimiento y experimentaba un placer cruel al rechazarle tras de haberle tentado. Arrastrada por esa coquetería peligrosa y sutil de las mujeres galantes, placíale despertar deseos que no compartía. Pérfida y desenamorada, hería con el áspid del desco, como hiere el indio sanguinario, para probar la punta de sus flechas.

Ramiro Mendoza no pudo contenerse más, y la estrechó con ardor. Ella se desasíó rechazándole:

—¡Déjeme usted, canalla!

Cogió uno de los floretes y le cruzó la cara. El Duquesito dió un paso, apretando los dientes: ella en vez de huirle, acerada, erguida, con la cabeza alta y los ojos brillantes, como viborilla á quien pisan la cola, le azotó el rostro, una y otra vez, sintiendo á cada golpe, esa alegría depravada de las malas mujeres cuando cierran la puerta al querido que muere de amor y de celos.

—¡Salga usted! ¡salga usted!

Al ruido acudió Trinito; su faz de diablillo ahumado, dibujaba una sonrisa grotesca. Para él, todo aquello era un juego de los señores.

—Mi amita, manda alguna cosa?

Tula se volvió blandiendo el florete:

—Sí; enseña la puerta á ese caballero.

El Duquesito lívido de coraje, salió atropellando al criado. La criolla, apenas le vió desaparecer hizo



una mueca de burla, y se encasquetó el tricornio de papel; luego saltando sobre un pie, pues en la defensa escurriérasele una pantufla, se aproximó al espejo. Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, hasta sus diente-cillos blancos y menudos parecían burlarse alineados en el rojo y perfumado nido de la boca; sentía en su sangre el cosquilleo nervioso de una risa alegre y sin fin que, sin asomar á los labios deshacía-se en la garganta y se extendía por el terciopelo de su carne como un largo beso. Todo en aquella mujer cantaba el diabólico poder de la hermosura triunfante. Insensiblemente empezó á desnudarse ante el espejo, recreándose largamente en la contemplación de los encantos que descubría: experimentaba una languidez sensual al pasar la mano sobre la piel fina y nacarada del cuerpo. Habíansele encendido las mejillas, y suspiraba voluptuosamente entornando los ojos, enamorada de su propia blancura, blancura de diosa tentadora y esquiva...

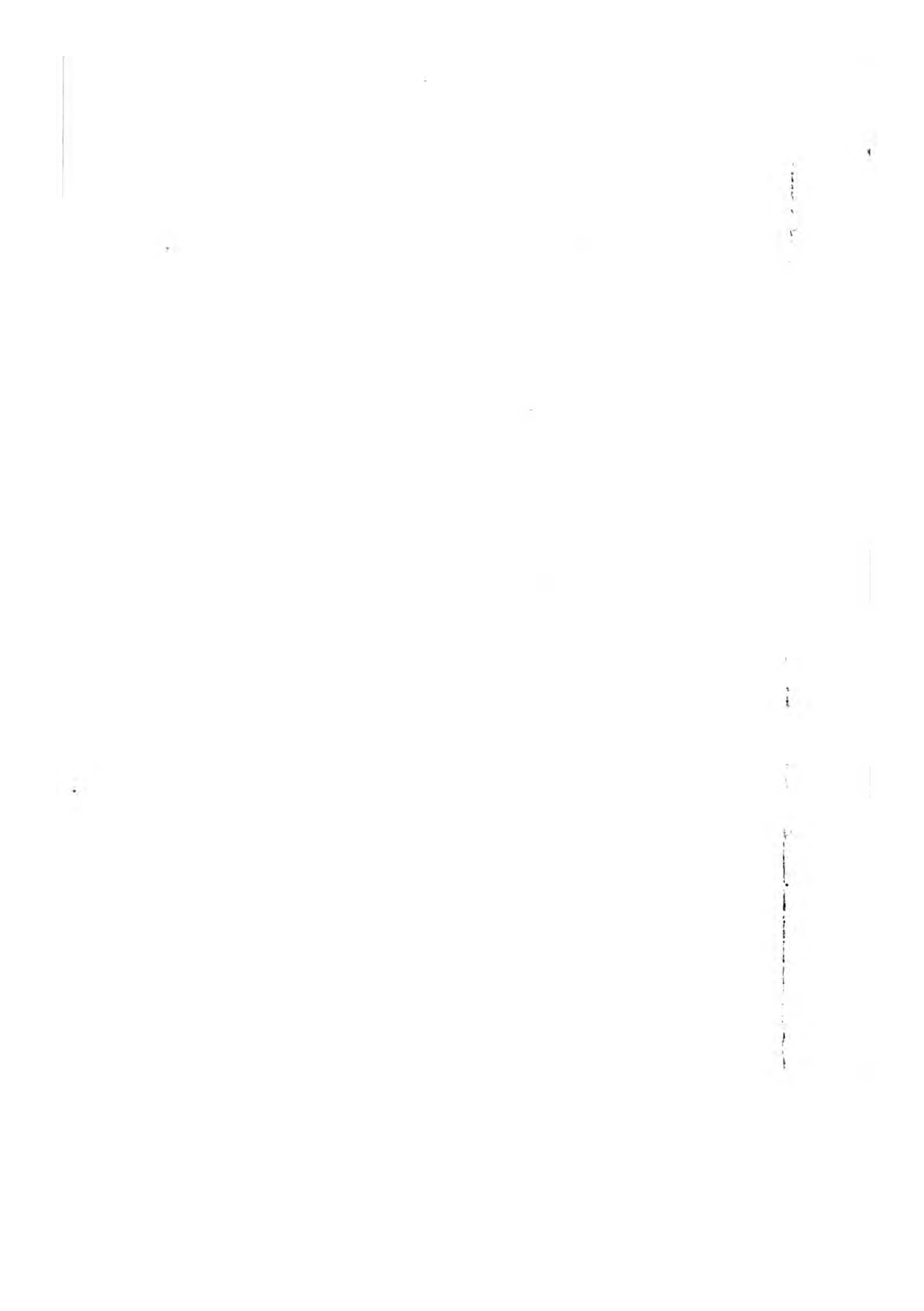
¡Diana cazadora la llamara el Duquesito, bien ajeno al símbolo de aquel nombre!



**BEATRIZ**

---

INSTRUMENTS  
OXF





## BEATRIZ

---

Un jardín señorial, lleno de noble recogimiento, cercaba el Palacio. Entre mirtos seculares, blanqueaban estatuas de dioses ¡pobres estatuas mutiladas! Los cedros y los laureles, cimbreaban con augusta melancolía sobre las fuentes abandonadas; algún tritón, cubierto de hojas, borboteaba á intervalos su risa quimérica, y el agua temblaba en la sombra, con un latido de vida misteriosa y encantada. La Condesa, casi nunca salía del palacio: contemplaba el jardín desde el balcón plateresco de su alcoba, y con la sonrisa amable de las devotas linajudas, le pedía á Fray Angel, su capellán, que cortase las rosas para el altar de la capilla. Era muy piadosa la Condesa. Vivía como una priora noble retirada en las estancias tristes y silenciosas de su palacio, con los ojos vueltos hacia el pasado ¡ese pasado que los reyes de armas poblaron de leyendas heráldicas! Carlota Elena Aguiar y Bolaño, Condesa de Porta-Dei, las aprendiera cuando niña dele-

treando los rancios nobiliarios. Descendía de la Casa de Bradomín, una de las más antiguas y esclarecidas, según afirman ejecutorias de nobleza y cartas de hidalguía signadas por el señor rey Don Carlos I. La Condesa guardaba como reliquias aquellas páginas infanzonas aforradas en velludo carmesí, que de los siglos pasados hacían gallarda remembranza con sus grandes letras floridas, sus orlas historiadas, sus grifos heráldicos, sus emblemas caballerescos, sus cimeras empenachadas y sus escudos de dieciséis cuarteles miniados, con paciencia monástica, de gules y de azur, de oro y de plata, de sable y de sinople. La Condesa era unigénita del célebre Marqués de Bradomín, que tanto figuró en la primera guerra carlista. Hecha la paz después de la traición de Vergara—nunca los leales llamaron de otra suerte al convenio—el Marqués de Bradomín emigró á Roma. Aquellos tiempos eran los hermosos tiempos del Papa-Rey, y el caballero español fué uno de los gentiles-hombres extranjeros con cargo palatino en el Vaticano. Durante muchos años llevó sobre sus hombros el manto azul de los guardias nobles, y lució la bizarra ropilla acuchillada de terciopelo y raso. ¡El mismo arreo galán con que el divino Sanzio retrató al divino César Borgia! Los títulos de marqués de Bradomín, conde de Barbazon y conde de Lantafion, extinguiéronse con el buen caballero D. Pedro Aguiar y Mendoza, que maldijo en su testamento, con arrogancia de castellano leal, á toda su descendencia, si entre ella había uno solo que, traidor ó vanidoso, pagase lanzas y annatas á cualquier

Señor Rey que no lo fuese por la gracia de Dios. Su hija admiró la soberana gallardía de aquella maldición que se levantaba del fondo de un sepulcro, y acatando la voluntad paterna, dejó perderse los títulos que honraran veinte de sus abuelos; pero suspiró siempre por el marquesado de Bradomín. Para consolarse solía leer, cuando sus ojos estaban menos cansados, el nobiliario del monje de Armentáriz, donde se cuentan los orígenes de aquel esclarecido linaje.

Si más tarde tituló de condesa, fué por gracia pontificia

## II

La mano atezada y flaca del capellán levantaba el blosonado cortinón.

—¿Da su permiso la señora Condesa?

—Adelante, Fray Angel.

El capellán entró. Era un viejo alto y seco, con el andar dominador y marcial. Llegaba de Bradomín, donde estuviera cobrando los forales del mayorazgo. Acababa de apearse en la puerta del palacio, y aun no se descalzara las espuelas... Allá, en el fondo del estrado, la noble Condesa suspiraba tendida sobre el canapé de damasco carmesí. Ape-

nas se veía dentro del salón. Caía la tarde adusta é invernal. La Condesa rezaba en voz baja, y sus dedos, lirios blancos aprisionados en los mitones de encaje, pasaban lentamente las cuentas de un rosario traído de Jerusalén. Largos y penetrantes alaridos llegaban al salón desde el fondo misterioso del palacio: agitaban la obscuridad, palpitaban en el silencio, como las alas del murciélago Lucifer...

Fray Angel se santiguó.

—¡Válgame Dios! ¿Sin duda el demonio continúa martirizando á la señorita Beatriz?

La Condesa puso fin á su rezo, santiguándose con el crucifijo del rosario, y suspiró:

—¡Pobre hija mía! El demonio la tiene poseída. A mí me da espanto oírla gritar, verla retorcerse como una salamandra en el fuego... Me han hablado de una saludadora que hay en Celtigos. Será necesario llamarla. Cuentan que hace verdaderos milagros.

Fray Angel, indeciso, movía la tonsurada cabeza.

—Sí que los hace; pero lleva veinte años encamada.

—Se manda el coche, Fray Angel.

—Imposible por esos caminos, señora.

—Se la trae en silla de manos.

—Únicamente ¡Pero es difícil, muy difícil! La saludadora pasa del siglo... Es una reliquia...

Viendo pensativa á la Condesa, el capellán guardó silencio. Era un viejo de ojos enfoscados y perfil aguileño, inmóvil, como tallado en granito. Recordaba á esos obispos guerreros que en las catedrales duermen ó rezan á la sombra de un arco sepulcral. Fray Angel había sido uno de aquellos cabecillas

consurados, que robaban la plata de sus iglesias para acudir en socorro de la facción. Años después, ya terminada la guerra, aun seguía aplicando su misa por el alma de Zumalacárregui. La dama, con las manos en cruz, suspiraba. Los gritos de Beatriz llegaban al salón en ráfagas de loco y rabioso ulular. El rosario temblaba entre los dedos piadosos de la Condesa que, sollozante, musitaba casi sin voz:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

Fray Angel preguntó:

—¿No estará sola?

La Condesa cerró los ojos lentamente al mismo tiempo que, con un ademán lleno de cansancio, reclinaba la cabeza en los cojines del canapé.

—Está con mi tía la generala y con el señor Penitenciario, que iba á decirle los exorcismos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí el señor Penitenciario?

La Condesa respondió tristemente:

—Mi tía le ha traído.

Fray Angel habíase puesto en pie con extraño sobresalto.

—¿Qué ha dicho el señor Penitenciario?

—Yo no le he visto aún.

—¿Hace mucho que está ahí?

—Tampoco lo sé, Fray Angel.

—¿No lo sabe la señora Condesa?

—No... He pasado toda la tarde en la capilla. Hoy comencé una novena á la Virgen de Bradomín. Si sana á mi hija, le regalaré el collar de perlas y los pendientes que fueron de mi abuela la Condesa de Barbazon.



Fray Angel escuchaba con torva inquietud. Sus ojos, enfoscados bajo las cejas, parecían dos alimafias monteses azoradas. Calló la dama suspirante. El capellán permaneció en pie.

—Señora Condesa, voy á mandar ensillar la mula y esta noche me pongo en Celtigos. Si se consigue traer á la saludadora, debe hacerse con gran sigilo. Sobre la madrugada ya podemos estar aquí.

La Condesa volvió al cielo los oios que tenían un cerco amoratado.

—¡Dios lo haga!

Y la noble señora, arrollando el rosario entre sus dedos pálidos, levantóse para volver al lado de su hija. Un gato que dormitaba sobre el canapé, saltó al suelo, enarcó el espinazo y la siguió maullando... Fray Angel se adelantó: la mano atezada y flaca del capellán sostuvo el blasonado cortinón; pero la Condesa pasó con los ojos bajos y no pudo ver que temblaba...

### III

Beatriz parecía una muerta: con los párpados entornados, las mejillas muy pálidas y los brazos tendidos á lo largo del cuerpo, yacía sobre el antiguo lecho de madera legado á la Condesa por Fray Diego Aguiar, un obispo de la noble casa de Bradomín, tenido en opinión de santo. La alcoba de

Beatriz era una gran sala entarimada de castaño, obscura y triste. Tenía angostas ventanas de montante, donde arrullaban las palomas, y puertas monásticas, de paciente y arcaica ensambladura con clavos danzarines en los floreados herrajes. El señor Penitenciario y misia Carlota, la anciana generala, retirados en un extremo de la alcoba, hablaban muy bajo. El canónigo hacía pliegues al manteo. Sus sienes calvas, su frente marfileña, brillaban en la obscuridad. Rebuscaba las palabras, como si estuviese en el confesonario, poniendo sumo cuidado en cuanto decía y empleando largos rodeos para ello. Misia Carlota le escuchaba atenta, y entre sus dedos, secos como los de una momia, temblaban las agujas de madera y el ligero estambre de su calceta. Estaba pálida, y sin interrumpir al señor Penitenciario, de tiempo en tiempo repetía anonadada:

—Pobre niña! ¡Pobre niña!

Como Beatriz lloraba suspirando, se levantó para consolarla. Después volvió al lado del canónigo, que con las manos cruzadas y casi ocultas entre los pliegues del manteo, parecía sumido en grave meditación. Misia Carlota, que había sido siempre dama de gran entereza, se enjugaba los ojos y no era dueña de ocultar su pena. El señor Penitenciario le preguntó en voz baja:

—¿Cuándo llegará ese fraile?

—Tal vez haya llegado.

—¡Pobre condesa! ¿Qué hará?

—¡Quién sabe!

—¿Ella no sospecha nada?

—¡No podía sospechar!...

—Es tan doloroso tener que decírselo...

Callaron los dos. Beatriz seguía llorando. Poco después entró la Condesa: procuraba parecer serena: llegó hasta la cabecera de Beatriz, inclinóse en silencio y besó la frente yerta de la niña. Con las manos en cruz, semejante á una dolorosa, y los ojos fijos, estuvo largo tiempo contemplando aquel rostro querido. Era la Condesa todavía hermosa; prócer de estatura y muy blanca de rostro, con los ojos azules y las pestañas rubias, de un rubio dorado que tendía leve ala de sombra en aquellas mejillas tristes y altaneras. El señor Penitenciario se acercó.

—Condesa, necesito hablar con ese Fray Angel.

La voz del canónigo, de ordinario acariciadora y susurrante, estaba llena de severidad. La Condesa se volvió sorprendida.

—Fray Angel no está en el palacio, señor Penitenciario.

Y sus ojos azules, aun empañados de lágrimas, interrogaban con afán, al mismo tiempo que sobre los labios marchitos temblaba una sonrisa amable y prudente de dama devota. La anciana generala, que estaba á la cabecera de Beatriz, se aproximó muy quedo:

—No hablen ustedes aquí.. Carlota, es preciso que tengas valor.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—¡Calla!

Al mismo tiempo llevaba á la Condesa fuera de la estancia. El señor Penitenciario bendijo en silencio

á Beatriz, y sin recoger sus hábitos talares salió detrás. Misia Carlota no traspuso el umbral de la puerta, y santiguándose volvió sola al lado de Beatriz; posó su mano, llena de arrugas, sobre la frente tersa de la niña y murmuró:

—¡Hija mía, no tiembles!... ¡No temas!...

Cabalgó en la nariz los quevedos con guarnición de concha, abrió un libro de oraciones, por donde marcaba el registro de seda ya desvanecida, y comenzó á leer en alta voz.

### Oracio

«¡Oh Tristísima y Dolorosísima Virgen María,  
»mi Señora, que siguiendo las huellas de vuestro  
»amantísimo Hijo, y mi Señor Jesucristo, llegasteis  
»al Monte Calvario, donde el Espíritu Santo quiso  
»regalaros como en monte de mirra, y os eligió Ma-  
»dre del linaje humano! Concededme, Virgen María,  
»con la Divina Gracia, el perdón de los pecados, y  
»apartad de mi alma los malos espíritus que la  
»cercan, pues sois poderosa para arrojar á los de-  
»monios de los cuerpos y de las almas. Yo espero,  
»Virgen María, que me concedáis lo que os pido,  
»si ha de ser para vuestra mayor gloria, y mi sal-  
»vación eterna. Amén.»

Beatriz repitió:

—¡Amén!

## IV

Los ojos del gato, que hacía centinela al pie del brasero, lucían en la obscuridad. La gran copa de cobre, adornada con medallones llenos de abolladuras, aun guardaba entre la ceniza algunas ascuas mortecinas. En el fondo apenas esclarecido del salón, sobre las cortinas de terciopelo, brillaba el metal de los blasones bordados: la puente de plata y los nueve roeles de oro que D. Enrique III diera por armas al Señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el «Chivo» y también el «Viejo». Las rosas marchitas perfumaban la obscuridad, deshojándose misteriosas en los antiguos floreros de porcelana, que imitaban manos abiertas. Un criado encendió los candelabros de plata que había sobre las consolas, y se retiró en silencio. Poco después la Condesa y el Penitenciario entraban en el salón. La dama, con ademán resignado y noble, ofreció al eclesiástico asiento en el canapé, y trémula y abatida por oscuros presentimientos, se dejó caer en un sillón. El canónigo, con la voz ungida de solemnidad, empezó á decir:

—Es un terrible golpe, Condesa...

La dama suspiró:

—¡Terrible, señor Penitenciario!

Quedaron silenciosos. La Condesa se enjugaba las lágrimas que humedecían el fondo azul de sus pupilas. Al cabo de un momento murmuró, cubierta la voz por un anhelo que apenas podía ocultar:

—¡Temo tanto lo que usted va á decirme!

El canónigo inclinó con lentitud su frente pálida y desnuda, que parecía macerada por las graves meditaciones teológicas:

—¡Es preciso acatar la voluntad de Dios!

—¡Es preciso!... ¡Pero qué hice yo para merecer una prueba tan dura!

—¡Quién sabe hasta dónde llegan sus culpas! Y los designios de Dios, nosotros no los conocemos.

La Condesa cruzó las manos dolorida:

—Ver á mi Beatriz privada de la Gracia, poseída de Satanás...

El canónigo la interrumpió:

—¡No, esa niña no está poseída... Hace veinte años que soy Penitenciario en nuestra catedral, y un caso de conciencia tan doloroso, tan extraño no lo había visto. ¡La confesión de esa niña enferma todavía me estremece!...

La Condesa levantó los ojos al cielo.

—¡Se ha confesado! Sin duda Dios Nuestro Señor quiere volverle su Gracia. ¡He sufrido tanto viendo á mi pobre hija aborrecer de todas las cosas santas! Porque antes estuvo poseída, señor Penitenciario.

—No, Condesa; no lo estuvo jamás.

La Condesa sonrió tristemente, inclinándose para buscar su pañuelo que acababa de perderse. El señor Penitenciario lo recogió de la alfombra: era

blanco, mundano y tibio, perfumado de incienso y estoraque, como los corporales de un cáliz

—Aquí está, Condesa.

—Gracias, señor Penitenciario.

El canónigo sonrió levemente: era alto y encorvado, con manos de obispo y rostro de jesuita: tenía la frente desguarnida, las mejillas tristes, el mirar amable, la boca sumida, llena de sagacidad. Recordaba el retrato del cardenal Cosme de Ferrara que pintó el Perugino. Tras leve pausa continuó:

—En este palacio, señora, se hospeda un sacerdote impuro, hijo de Satanás...

La Condesa le miró horrorizada.

—¿Fray Angel?

El Penitenciario afirmó inclinando tristemente la cabeza, cubierta por el solideo rojo, privilegio de aquel cabildo. La llama de las bujías brilló en sus anteojos de oro; con la voz un poco trémula murmuró:

—Esa ha sido la confesión de Beatriz. ¡Por el terror y por la fuerza han abusado de ella!...

La Condesa se cubrió el rostro con las manos, que parecían de cera: sus labios no exhalaban un grito. El Penitenciario la contemplaba en silencio. Después continuó.

—Beatriz ha querido que fuese yo quien advirtiese á su madre. Mi deber era cumplir su ruego. ¡Triste deber, Condesa! La pobre criatura, de pena y de vergüenza, jamás se hubiera atrevido. Su desesperación al confesarme su falta era tan grande, que llegó á infundirme miedo. ¡Ella creía su alma condenada, perdida para siempre!

La Condesa, sin descubrir el rostro, con la voz ronca por el llanto, exclamó:

—¡Yo haré matar al capellán! ¡Le haré matar! ¡Y á mi hija no la veré más!

El canónigo interrumpió, levantándose lleno de severidad:

—Condesa, el castigo debe dejarse á Dios. Y en cuanto á esa niña, ni una palabra que pueda herirla, ni una mirada que pueda avergonzarla.

Agobiada, yerta, la Condesa solloza, solloza como las madres ante la sepultura abierta de sus hijos. Allá fuera, las campanas de un convento volteaban alegremente, anunciando la novena que todos los años hacían las monjas á la seráfica fundadora. En el salón las bujías lloraban sobre las arandelas doradas, y en el borde del brasero apagado dormía el gato

## V

Los gritos de Beatriz resonaron en todo el palacio... La Condesa estremeciéndose oyendo aquel plañir que hacía miedo en el silencio de la noche, y acudió presurosa.

La niña, con ojos extraviados y el cabello destrenzándose sobre los hombros, se retorció á los pies del antiguo lecho salomónico; su rubia y magdalénica cabeza golpeaba contra el entarimado; de



la frente yerta y angustiada, manaba un hilo de sangre. Retorcíase bajo la mirada muerta é intensa del Cristo: un Cristo de ébano y marfil, con cabellera humana, los divinos pies iluminados por agonizante lamparilla de plata, el rostro envuelto en la sombra del dosel que bordaran las manos de una abadesa noble. Beatriz hacía recordar aquellas blondas princesas, santas de trece años, que martirizaban su carne ya tentada por Satanás. Al entrar la Condesa se incorporó con extravío: la faz lívida, los labios trémulos, como rosas que van á deshojarse. Su cabellera apenas cubría la candidez de los senos:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Perdóname!

Y le tendía las manos, que parecían blancas palomas azoradas. La Condesa quiso alzarla en sus brazos.

—¡Sí, hija, sí! Acuéstate ahora, pobrecita mía.

Beatriz retrocedió, los ojos horrorizados, fijos en el revuelto lecho.

—¡Ahí está Satanás! ¡Ahí duerme Satanás! viene todas las noches. Ahora vino y se llevó mi escapulario. Me ha mordido en el pecho. ¡Yo grité, grité! Pero nadie me oía. Me muerde siempre en este pecho...

Y Beatriz mostrábale á su madre el seno de blancura eucarística, donde se veía la huella negra que dejan los labios de Lucifer cuando besan. La Condesa, pálida como la muerte, descolgó el crucifijo y lo puso sobre las almohadas:

—¡No temas, hija mía! ¡Nuestro Señor Jesucristo vela ahora por ti!

—¡No! ¡No!

Y Beatriz se estrechaba al cuello de su madre. Temerosas las dos, fueron á refugiarse en el fondo de la alcoba, sobre el antiguo sofá de seda azul con pájaros quiméricos, unos de esos muebles arcaicos que todavía se hallan en las casas de abolengo y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas el respeto y la severidad engalonada de los antiguos linajes. La Condesa arrodillóse en el suelo: entre sus manos guardó los pies descalzos de la niña como si fuesen dos pájaros enfermos y ateridos. Beatriz, ocultando la frente en el hombro de su madre, musitó:

—Mamá querida; fué una tarde que bajé á la capilla para confesarme... Yo te llamé gritando; tú no me oíste... Después quería venir todas las noches y yo estaba condenada...

—¡Calla, hija mía! ¡No recuerdes!...

Y las dos lloraron juntas en silencio, mientras sobre la puerta de arcaica ensambladura y floreados herrajes se arrullaban dos tórtolas, que Fray Ángel había criado para Beatriz... La niña apoyó la cabeza en el hombro de su madre, y trémula y suspirante adormecióse poco á poco. La luna de invierno brillaba en el montante de las ventanas y su luz blanca se difundía por la estancia. Fuera se oía el viento, que sacudía los árboles del jardín, y el rumor de una fuente. La Condesa acostó á Beatriz en el canapé, y silenciosa, llena de amoroso cuidado, la cubrió con una colcha de damasco carmesí, ese damasco antiguo, que parece tener algo de litúrgico: Beatriz suspiró sin abrir los ojos. Sus ma-

nos pálidas quedaron sobre la colcha: eran pálidas, blancas, ideales, transparentes á la luz: las venas azules dibujaban una flor de ensueño. Con los ojos llenos de lágrimas, la Condesa ocupó un sillón que había cercano. Estaba tan abrumada que casi no podía pensar, y rezaba confusamente, adormeciéndose con el resplandor de la luz que ardía á los pies del Cristo en un vaso de plata. Ya muy tarde entró misia Carlota apoyada en su muleta, con los quevedos temblantes sobre la corva nariz. La Condesa se llevó un dedo á los labios indicándole que Beatriz dormía, y la anciana se acercó sin ruido, andando con trabajosa lentitud. Murmuró en voz baja:

—¡Al fin descansa!

—Sí.

—¡Pobre alma blanca!

Sentóse y arrimó la muleta á uno de los brazos del sillón. Las dos damas guardaron silencio. Sobre el montante de la puerta la pareja de tórtolas seguía arrullando.

## VI

A media noche llegó la Saludadora de Celtigos. Hiciera el camino en un carro de bueyes tendida sobre paja. La Condesa dispuso que dos criados la subiesen. Entró salmodiando saludos y oraciones. Era vieja, muy vieja; con el rostro desgastado, como

las medallas antiguas, y los ojos verdes, del verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas, donde se reúnen las brujas. La noble señora salió á recibirla hasta la puerta, y temblándole la voz preguntó á los criados:

—¿Visteis si ha venido también Fray Angel?

En vez de los criados respondió la Saludadora con el rendimiento de las viejas que acuerdan el tiempo de los mayorazgos:

—Señora mi Condesa, yo sola he venido, sin más compañía que la de Dios.

—¿Pero no fué á Celtigos un fraile con el aviso?...

—Estos tristes ojos á nadie vieron, mi señora.

Los criados dejaron á la Saludadora en un sillón. Beatriz la contemplaba: los ojos, temerosos y sombríos, abiertos como sobre un abismo. La Saludadora sonrió con la risa yerta de su boca desdentada:

—¡Miren con cuánta atención está la blanca rosa! No me aparta la vista.

La Condesa, que permanecía de pie en medio de la estancia, interrogó:

—¿Pero no vió á un fraile?

—A nadie, mi señora.

—¿Quién llevó el aviso?

—No fué persona de este mundo. Ayer de tarde quedéme dormida, y en el sueño tuve una revelación. Me llamaba la buena Condesa moviendo su pañuelo blanco, que era después una paloma volando, volando para el cielo.

La dama preguntó temblado:

—¿Es buen agüero eso?

—No hay otro mejor, mi Condesa! Díjeme en-

tonces entre mí: vamos al palacio de tan gran señora.

La Condesa callaba pensativa. Después de algún tiempo, la Saludadora, que tenía los ojos clavados en Beatriz, pronunció lentamente:

—A esta rosa galana le han hecho mal de ojo. En un espejo puede verse si á mano lo tiene mi señora.

La Condesa le entregó un espejo guarnecido de plata antigua. Levantólo en alto la Saludadora, igual que hace el sacerdote con la hostia consagrada, lo empañó echándole aliento, y con un dedo tembloroso trazó el círculo del rey Salomón. Hasta que se borró por completo tuvo los ojos fijos en el cristal:

—La Condesita está embrujada. Para ser bien roto el embrujo han de decirse las doce palabras que tiene la oración del Beato Electus al dar las doce campanadas del medio día, que es cuando el Padre Santo se sienta á la mesa y bendice á toda la cristiandad.

—¿Sabe hacer condenaciones?

—¡Ay, señora mi Condesa, es muy grande pecado!

—¿Sabe hacerlas? Yo mandaré decir misas y Dios se lo perdonará.

La Saludadora meditó un momento.

—Sé hacerlas, mi Condesa.

—Pues hágalas...

—¿A quién, mi señora?

—A un capellán de mi casa.

La Saludadora inclinó la cabeza.

—Para eso hace menester del breviario.

La Condesa salió y trajo el breviario de Fray Angel. La Saludadora arrancó siete hojas y las puso sobre el espejo. Después con las manos juntas, como para un rezo salmodió:

—¡Satanás! ¡Satanás! Te conjuro por mis malos pensamientos, por mis malas obras, por todos mis pecados. Te conjuro por el aliento de la culebra, por la ponzoña de los alacranes, por el ojo de la salamantiga. Te conjuro para que vengas sin tardanza y en la gravedad de aqueste círculo del rey Salomón te encierres y en él te estés sin un momento de partir, hasta poder llevarte á las cárceles tristes y obscuras del infierno el alma que en este espejo ahora vieres. Te conjuro por este rosario que yo sé profanado por ti y mordido en cada cuenta. ¡Satanás! ¡Satanás! Una y otra vez te conjuro.

Entonces el espejo se rompe con triste gemido de alma encarcelada. Las tres mujeres, mirándose silenciosas, con miedo de hablar, con miedo de moverse, esperan el día. Puestas las manos en cruz esperan y esperan... Ya amanecía cuando sonaron grandes golpes en la puerta de palacio. Unos aldeanos de Celtigos traían á hombros el cuerpo de Fray Angel que al claro de la luna descubrieron flotando en el río...

¡La cabeza yerta, tonsurada, pendía fuera de las andas!





**LA NIÑA CHOLE**

---







## LA NIÑA CHOLE

---

(DEL LIBRO "IMPRESIONES DE TIERRA CALIENTE" POR ANDRÉS HIDALGO)

Hace bastantes años, como final á unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en un puerto de las Antillas españolas. Era yo entonces mozo y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza; pero creía de buena fe en muchas cosas de que dudo ahora; y libre de escepticismos, dábame buena prisa á gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz, con esa felicidad indefinible que da el poder amar á todas las mujeres. Sin ser un donjuanista, he vivido una juventud amorosa y apasionada; pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea. Los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás; todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes, como dijo el poeta francés.

El vapor que me llevaba á Méjico era el «Dalila», hermoso barco que después naufragó en las costas de Galicia. Aun cuando toda la navegación tuvimos

tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, los primeros días apenas salí del camarote ni hablé con nadie. Cierto que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía á ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser yankée el pasaje, y no parecerme tan poco muy divertidas las conversaciones por señas.

¡Cuán diferente mi primer viaje á bordo del «Masniello» que conducía viajeros de todas las partes del mundo! Recuerdo que al segundo día, ya tuteaba á un príncipe napolitano. No hubo entonces damisela mareada, á cuya pálida y despeinada frente no sirviese mi mano de reclinatorio. Erame divertido entrar en los corrillos que se formaban sobre cubierta, á la sombra de grandes toldos de lona, y aquí, chapurrear el italiano con los mercaderes griegos, de rojo fez y fino bigote negro; y allá, encender el cigarro en la pipa de los misioneros mormones. Había gente de toda laya: tahures que parecían diplomáticos; cantantes con los dedos cubiertos de sortijas; comisionistas barbilindos, que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos, y toreros españoles, y judíos rusos, y grandes señores ingleses. Una farándula exótica y pintoresca, cuya algarabía causaba vértigo y mareo!...

El amanecer de las selvas tropicales cuando sus macacos ahulladores, y sus verdes bandadas de loritos saludan al sol, me ha recordado muchas veces la cubierta de aquel trasatlántico, con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas; pero

más, mucho más, me lo recordaron, las horas untadas de opio que constituían la vida abordo del «Dalila».

Por todas partes asomaban rostros pecosos y bermejos, cabellos azafranados, y ojos perjuros. ¡Yankées en el comedor; yankées en el puente; yankées en la cámara! ¡Cuaquiera tendría para desesperarse! Pues bien, yo lo llevaba muy en paciencia. Mi corazón estaba muerto ¡tan muerto, que, no digo la trompeta del juicio; ni siquiera unas castañuelas le resucitarían! Desde que el pobrecillo diera las boqueadas, yo parecía otro hombre: hábame vestido de luto; y en presencia de las mujeres, á poco lindos que tuviesen los ojos, adoptaba una actitud lúgubre, de poeta sepulturero y doliente, actitud que no estaba reñida con ciertos soliloquios y discursos que me hacía harto frecuentemente, considerando cuán pocos hombres tienen la suerte de llorar una infidelidad á los veinte años!...

Por no ver aquella taifa de usureros yankées, apenas salía de mi camarote; solamente cuando el sol declinaba iba sentarme á popa, y allí libre de importunos, pasábame las horas viendo borrar-se la estela del «Dalila». El mar de las antillas, cuyo trémulo seno de esmeralda penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan en el fondo de los lagos. Pensaba siempre en mi primer viaje. Allá, muy lejos, en la lontananza azul donde se disipan las horas felices, percibía como en esbozo fantástico, las viejas placenterías.

El lamento informe y sinfónico de las olas, despertaba en mí un mundo de recuerdos: perfiles desvanecidos; ecos de risas; murmullo de lenguas extranjeras, y los aplausos, y el aleteo de los abanicos mezclándose á las notas de la tirollesa que en la cámara de los espejos cantaba Lili. Era una resurrección de sensaciones; una esfumación luminosa del pasado; algo etéreo, brillante, cubierto de polvo de oro, como esas reminiscencias que los sueños nos dan á veces de la vida...

A los tres días de viaje, el «Dalila hizo escala en un puerto de Yucatán. Recuerdo que fué á media mañana, bajo un sol abrasador que reseca las maderas y derretía la brea, cuando dimos fondo en aquellas aguas de bruñida plata. Los barqueros indios, verdosos como antiguos bronce, asaltan el vapor por ambos costados, y del fondo de sus canoas sacan exóticas mercancías: cocos esculpidos, abanicos de palma y bastones de carey que muestran, sonriendo como mendigos, á los pasajeros que se acodan sobre la borda. Cuando levanto los ojos hasta los peñascos de la ribera, que asoman la tostada cabeza entre las olas, distingo grupos de muchachos desnudos que se arrojan desde ellos, nadan grandes distancias, hablándose á medida que se separan y lanzando gritos; otros descansan sentados en las rocas con los pies en el agua, ó se encaraman, para secarse al sol que ya decae, y los ilumina de soslayo, gráciles y desnudos como figuras de un friso del Parthenon.—Visto con ayuda de los gemelos del capitán, Progreso recuerda

paisajes de caserío inverosímil que dibujan los niños precoces; es blanco, azul, encarnado; de todos los colores del iris. Una ciudad que sonríe, como niña vestida con trapos de primavera, que sumerge la punta de los piecillos lindos en la orilla del puerto. Algo extraña resulta con sus azoteas enchapadas de brillantes azulejos y sus lejanías límpidas, donde la palmera recorta su gallarda silueta que parece hablar del desierto remoto, y de caravanas fatigadas que seestean á la sombra propicia.

Por huir el enojo que me causaba la compañía de los yankéés, decidíme á desembarcar. No olvidaré nunca las tres horas mortales que duró el pasaje desde el «Dalila» á la playa. Aletargado por el calor, voy todo este tiempo echado en el fondo de la canoa de un negro africano, que mueve los remos con una lentitud desesperante. A través de los párpados entornados veía erguirse y doblarse sobre mí, guardando el mareante compás de la bogada, aquella figura de carbón, que unas veces me sonríe con sus abultados labios de gigante, y otras silba esos aires cargados de hipnótico y religioso sopor, una tonata compuesta solamente de tres notas tristes, conque los magnetizadores de algunas tribus salvajes adormecen á las grandes culebras. Así debía ser el viaje infernal de los antiguos en la barca de Carón: sol abrasador; horizontes blanquecinos y calcinados; mar en calma, sin brisas y murmullos; y en el aire todo el calor de las fraguas de Vulcano.

Aun á riesgo de perder el vapor me aventuré

hasta Mérida. De este viaje á la ciudad maya conservo una impresión somnolente y confusa, parecida á la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hamaca, durante el bochorno de la siesta; hasta me parece que cerrando los ojos el recuerdo se aviva y cobra relieve; vuelvo á sentir la angustia de la sed y el polvo; atiendo el despacioso ir y venir de aquellos indios ensabonados como fantasmas; oigo la voz melosa de aquellas criollas, ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, el cabello suelto, los hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda.

Almorcé en el «Hotel Cuahutemoc» que tiene por comedor fresco claustro de mármol, sombreado por toldos de lona, á los cuales la fuerte luz cenital comunica tenue tinte dorado, de marinas velas. Los cínifes zumbaban en torno de un surtidor que gallardeaba al sol su airón de plata, y llovía, en menudas irisadas gotas, sobre el tazón de alabastro. En medio de aquel ambiente encendido, bajo aquel cielo azul, donde la palmera abre su rumoroso parasol, la fresca música del agua, recordábase de un modo sensacional y remoto, las fatigas del desierto, y el deleitoso sestear en los oasis.

Allí, en el comedor del Hotel, he visto por vez primera, una singular mujer, especie de Salambó, á quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente la niña Chole. Almorzaba en una mesa próxima á la mía, con un inglés joven y buen mozo, al cual tuve por su marido. El contraste que ofrecía aquella pareja, era

por demás extraño: él atlético, de ojos azules y rubio ceño, de mejillas bermejas y frente blanquísima; ella una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas; una figura á la vez hierática y serpentina, cuya contemplación evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol, que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso. Vestía, como todas las criollas yucatecas, albo hipil, recamado con sedas de colores—vestidura indígena semejante á una tunicela antigua—y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras, ayer españolas, llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. Por desgracia, desde donde yo estaba, solamente podía verla el rostro aquellas raras veces que lo tornaba á mí: y la niña Chole, tenía esas bellas actitudes de ídolo; esa quietud estática y sagrada de la raza maya; raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la india. Pero á cambio del rostro, desquitábame en lo que no alcanzaba á velar el rebocillo, admirando, como se merecía, la tornátil morbidez de los hombros y el contorno del cuello. ¡Valgame Dios! Parecíame que de aquel cuerpo, bruñido por el ardiente sol de Yucatán, se exhalaban lánguidos efluvios, y que yo los aspiraba, los bebía, que me embriagaba con ellos...

Un criado se acerca á levantar los manteles; la niña Chole se aleja sonriendo. Entonces, al verla de frente, el corazón me dió un vuelco. ¡Tenía



la misma sonrisa de Lili! ¡Aquella Lili, no sé si amada si aborrecida!...

Mientras el tren corría hacia Progreso, por dilatados llanos que empezaba á invadir la sombra, yo pensaba en la desconocida del «Hotel Cuahutemoc»; aquella Salambó de los palacios de Mixtla.

Verdaderamente la hora era propicia para tal linaje de memorias. El campo se undía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente; por las ventanillas abiertas, penetraba la brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales; la campiña toda se estremecía, cual si acercarse sintiera la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes, un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa. Aquí y allá, en la falda de las colinas, y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactus, asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían á los umbrales, é indiferentes y silenciosas, contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra. La actitud de aquellas figuras bronceas revelaba esa tristeza transmitida, vetusta, de las razas vencidas. Su rostro era humilde y simpático, con dientes muy blancos, y grandes ojos negros, selváticos, poderosos y velados. Parecían nacidas para vivir eternamente en los aduares, y descansar al pie de las palmeras y de los ahuehuetles.

El calor era insoportable. El tren, que traza curvas rapidísimas, recorría extensas llanuras de tierra caliente; plantíos que no acaban nunca, de henequen y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica, montecillos chatos, revestidos de maleza espesa y verdinegra. En la llanura los chaparros tendían sus ramas formando una á modo de sombrilla gigantesca, á cuya sombra, algunos indios vestidos con zaragüelles de lienzo, devoraban la miserable ración de tamales. En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras. Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio, los últimos viajeros, y todo fué silencio en el vagón. Adormecido por el ajeteo, el calor y el polvo, soñé como un árabe que imaginase haber traspasado los umbrales del paraíso. ¿Necesitaré decir, que las siete huríes con que me regaló el profeta, eran siete yucatecas vestidas de fustán é hipil y que todas siete tenían la sonrisa de Lili, y el mirar de la niña Chole? ¡Verdaderamente, aquella desconocida empezaba á preocuparme demasiado! Estoy seguro, que acabaría por enamorarme locamente de sus lindos ojos si tuviese la desgracia de volver á verlos; pero afortunadamente, las mujeres que así tan súbito nos cautivan suelen no aparecerse más que una vez en la vida. Pasan como sombras, envueltas en el misterio de un crepúsculo ideal. Si volviesen á pasar, quizá desvaneceríase el encanto. ¿Y á qué

volver? si una mirada suya basta á comunicarnos todas las secretas melancolías del amor...

Bien puede presumirse que no me detuve entonces á analizar mis sensaciones. Recuerdo vagamente haberme sorprendido murmurando dos estrofas de cierta canción americana, que Nieves Agar, la amiga querida de mi madre, me enseñaba hace muchos años, allá en tiempos que yo era rubio como un tesoro, y solía dormirme en el regazo de las señoras que iban á mi casa de tertulia. Esta afición á dormir en un regazo femenino, la conservo todavía. ¡Pobre Nieves Agar, cuántas veces me has mecido en tus rodillas al compás de aquel danzón criollo!

Al par que en la falda, reposa una mano,  
con la otra abanicas el rostro gentil,  
arrulla la hamaca, y el cuerpo liviano  
dibuja entre mallas, tu airoso perfil,



Son griegas tus formas, tu tez africana  
tus ojos hebreos, tu acento español,  
la arena tu alfombra, la palma tu hermana,  
te hicieron morena, los besos del sol.

¡Oh! románticos enamoramientos ¡pobres hijos del ideal! nacidos durante algunas horas de ferrocarril, ó en torno de la mesa de una fonda; ¿quién ha llegado á viejo, y no ha sentido estremecerse el corazón, á la caricia de vuestra ala blanca?—  
¡Yo guardo en el alma tantos de estos amores! Aug

hoy, con la cabeza llena de canas, viejo prematuro, no puedo recordar sin melancolía un rostro de mujer, entrevisto cierta madrugada entre Cádiz y Sevilla, á cuya Universidad me enviaba mi padre; una figura de ensueño, pálida y suspirante, que flota en lo pasado, y esparce sobre todos mis recuerdos de adolescente el perfume ideal de esas flores secas, que, entre cartas y rizos, guardan los enamorados, y, en el fondo de algún cofrecillo, parecen exhalar el cándido secreto de los primeros amores.—Los ojos de la niña Chole habían removido en mi alma tan lejanas memorias! tenues como fantasmas; blancas como bañadas por luz de luna. Aquella sonrisa, evocadora de la sonrisa de Lili, había encendido en mi sangre tumultuosos deseos, y en mi espíritu ansia vaga de amar. Rejuvenecido y feliz, con cierta felicidad melancólica, suspiraba por los amores ya vividos, al mismo tiempo que me embriagaba con el perfume de aquellas rosas abrileñas, que tornaban á engalanar el viejo tronco. El corazón, tanto tiempo muerto, sentía con la ola de savia juvenil que lo inundaba nuevamente, la nostalgia de viejas sensaciones: sumergíase en la niebla del pasado, y saboreaba el placer de los recuerdos,—placer de moribundo que amó mucho, y en formas muy diversas.—¡Ay! era delicioso, aquel delicado temblorcillo que la imaginación excitada comunicaba á los nervios!...

Y en tanto la noche detendía por la gran llanura, su sombra llena de promesas apasionadas; un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábase por veces al mareante de la campiña; y allá muy lejos,

en el fondo obscuro del horizonte, se divisaba el resplandor rojizo de la selva que ardía... La naturaleza lujuriosa y salvaje, aun palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecunda. En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos nupciales, y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas, raudas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina: la esencia que la primavera vierte, al nacer, en el cáliz de las flores, y en los corazones.

La locomotora silba, rugé, jadea, retrocede. Por las válvulas abiertas escápase la vida del monstruo, con estertor entrecortado y asmático. Hemos ya en Progreso. Un indio ensabanado abre la portezuela del coche, y asoma la obscura cabeza.

—¿No tiene mi amito alguna cosita que llevá?... De un salto estoy en el andén.

—Nada, nada.

El indio hace ademán de alejarse.

—¿Ni precisa que le guíe, niño?

—No preciso nada.

Mal contento y musitando, embózase mejor con la sábana que le sirve de clámide, y se vá...

Eramos tan pocos los viajeros que en el tren veníamos, que la puerta de la estación hallábase desierta. Vime, pues, fuera sin apreturas ni trabajos, y al darme en rostro la brisa del mar avizoréme, pensando si el vapor habría zarpado. En estas dudas iba camino de la playa, cuando la

vóz mansa y humilde del maya, llega nuevamente á mi oído:

—Cuatro por medio  
y ocho por un real,  
mirando que el tiempo  
está tan fatal.

Vuelvo la cabeza, y le descubro á pocos pasos. Venía á la carrera, y cantaba pregonando las golosinas alineadas en una banasta que llevaba bajo el brazo.

—¡Mi alma los aljafores!  
para pobre y para rico,  
de leche de mantequilla:  
las traigo de á medio,  
y también de á cuartilla.

En este tiempo me dió alcance, y murmuró emparejándose:

—¿De verdad, niño, no me lleva un realito de gelatinas, de aljafores de charamuscas? ¡Andele mi jefe, un realito!

El hombre empieza á cansarme y me resuelvo á no contestarle. Esto sin duda le anima, porque sigue renuente acosándome buen rato de camino. Calla un momento, y luego en tono misterioso añade:

—¿No quiere que le lleve junto á una chinita mi jefe?... Una tapatía de quince año ¡mu chula!

Que vive aquí merito. Andele niño verá bailar el jarabe. Todavía no hace un mes que la perdió el amo del ranchito de Huaxila, niño Nacho ¿no sabe?

De pronto se interrumpe, y con un salto de salvaje, plántaseme delante, en ánimo y actitud de cerrarme el paso: encorvado, la banasta en una mano, á guisa de broquel, la otra echada fieramente atrás, armada de una faca ancha y reluciente, ¡siniestramente reluciente! Confieso que me sobrecogí. El paraje era á propósito para tal linaje de asechanzas: médanos pantanosos cercados de negros charcos donde se reflejaba la luna; y allá lejos, una barraca de siniestro aspecto, cuyos resquicios iluminaba la luz de dentro. Quizá me dejo robar entonces, si llega á ser menos cortés el ladrón, y me habla torvo y amenazante, jurando arrancarme las entrañas, y prometiendo beberse toda mi sangre. Pero en vez de la intimación breve é imperiosa que esperaba, le escucho murar con su eterna voz de esclavo:

—No se llegue mi amito, que puede clavarse!...

Oirle y recobrarne, fué obra de un instante. El indio ya se recogía, como un gato montés, dispuesto á saltar sobre mí. Parecióme sentir en la médula el frío del acero; tuve horror á morir apuñalado; y de pronto me sentí fuerte y valeroso. Con ligero estremecimiento en la voz, grité al truhan adelantando un paso apercibido á resistirle:

—¡Andando ó te dejo seco!

El indio no se movió. Su voz de siervo parecióme llena de ironía.

—No se arrugue valedor!... Si quiere pasar, ahí merito, sobre esa piedra, arríe la plata: ándele, luego luego.

Otra vez volví á tener miedo; así y todo murmuré entre dientes:

—¡Ahora vamos á verlo, bandido!

No tenía armas; pero en Mérida, á una india joven que vendía pieles de jaguar, cocos delicadamente esculpidos, idolillos de Mixtla, caracoles marinos, y qué se yo cuántas cosas raras y exóticas, había tenido el capricho de comprarle un bastón de ébano que me encantó por la rareza de sus labores. Téngolo sobre la mesa que escribo: parece el cetro de un rey negro—¡tan oriental y al mismo tiempo tan ingenua y primitiva; es la fantasía con con que está labrado!—Me afirmé los quevedos, requerí el palo, y con gentil compás de pies, como diría un bravo de há dos siglos, adelanté hacia el ladrón que dió un salto, procurando herirme de soslayo. Por ventura mía la luna dábele de lleno, advertí el ataque en sazón de evitarlo. Recuerdo confusamente, que intenté un desarme con amago á la cabeza y golpe al brazo, y que el indio lo evitó jugándome la luz con destreza de salvaje. Después no sé. Sólo conservo una impresión angustiosa como de pesadilla. El médano iluminado por la luna; la arena negra y movediza, donde se entierran los pies; el brazo que se cansa; la vista que se turba; el indio que desaparece, vuelve, me acosa, se encorva y salta con furia fantástica de gato embrujado y macabro; y cuando el palo va á desprenderse de mi mano, un bulto que huye, y el



brillo de la faca que pasa sobre mi cabeza, y quedá temblando, como víbora de plata, clavada en el árbol negro y retorcido de una cruz hecha de dos troncos chamuscados...

Quedéme un momento azorado, y sin darme cuenta cabal del suceso. Como á través de niebla muy espesa, vi abrirse sigilosamente la puerta de la barraca, y salir dos hombres á catear la playa. Recelé algún encuentro como el pasado, y tomé á buen paso camino del muelle: llegué á punto que largaba un bote del «Dalila» donde iban el Segundo de abordó y el Doctor: gritéles, me conocieron, y mandaron virar para recogerme. Ya con el pie sobre la borda exclamé:

—¡Buen susto!...

A contar iba la aventura con el indio, cuando sin saber por qué, cambié de propósito, y me limité á decir:

—¡Buen susto á fe! Creí que el vapor habría zarpado!...

Y el Segundo, que era brusco como buen escocés, tornando á colocar la caña del timón, repuso en mal español y sin volverse:

—Hasta mañana á la noche...

Arrastró una alfombrilla, y doblando el cuerpo, como el ginete que quiere dar ayudas al caballo, gritó:

—¡Avante!

Seis remos cayeron en el mar, y el bote arrancó como una flecha.

Llegado que fuí al vapor, recogíme á mi camarote, y, como estuviese muy fatigado, me acosté en seguida. Cátate que no bien apago la luz, empiezan á removerse las víboras mal dormidas del deseo que desde todo el día, llevaba enroscadas al corazón, apercibidas á morderle. Al mismo tiempo, sentíame invadido por una gran melancolía, llena de confusión y de misterio, la melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana. El recuerdo de la niña Chole, perseguíame con mariposeo ingrávigo y terco. Su belleza índica, y aquel encanto sacerdotal, aquella gracia serpentina; y el mirar sibilino, y las caderas onduladas, la sonrisa inquietante, los pies de niña, los hombros desnudos, todo cuanto la mente adivinaba, cuanto los ojos vieran, todo, todo era hoguera voraz en que mi carne ardía. Me figuraba que las formas juveniles y gloriosas de aquella Venus de bronce florecían entre céfiros, y que veladas primero se entreabrían turgentes, frescas, lujuriosas, fragantes, como rosas de Alejandría en los jardines de tierra caliente. Y era tal el poder sugestivo del recuerdo, que, en algunos momentos, creía respirar el perfume voluptuoso, que, al andar, esparcía su falda, con ondulaciones suaves.

Poco á poco, cerróme los ojos la fatiga, y el arrullo monótono y regular del agua, acabó de sumirme en un sueño amoroso, febril é inquieto, representación y símbolo de mi vida. Despertéme al

amanecer con los nervios vibrantes, cual si hubiese pasado la noche en un invernadero entre plantas exóticas, de aromas raros, afroditas y penetrantes. Sobre mi cabeza sonaban voces confusas y blando pataleo de pies descalzos, todo ello acompañado de mucho chapoteo y tragin. Empezaba la faena del baldeo. Me levanté y subí al puente. Héme ya respirando la ventolina que huele á brea y algas. En aquella hora el calor es deleitante. Percíbense en el aire estremecimientos voluptuosos; el horizonte ríe bajo un hermoso sol; ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como alientos de mujeres ardientes, juegan en las jarcias, y penetra, y enlanguidece el alma, el perfume que se eleva del oleaje casi muerto. Dijérase que el dilatado golfo mejicano, sentía en sus verdosas profundidades, la pereza de aquel amanecer cargado de pólenes misteriosos y fecundos, como si fuese el serrallo del Universo.

Envuelto en el rosado vapor que la claridad del alba extendía sobre el mar azul adelantaba un esquife. ¡Y era tan esbelto, ligero y blanco, que la clásica comparación con la gaviota y con el cisne veníale de perlas! En las bancas traía hasta seis remeros: bajo un palio de lona levantado á popa se guarecían del sol dos bultos vestidos de blanco. Cuando el esquife tocó la escalera del «Darlila», ya estaba yo allí, en confusa espera de no sé qué gran ventura. Una mujer venía sentada al timón. El toldo solamente me deja ver el borde de la falda, y los pies de reina calzados con chapines de raso blanco, pero mi alma la adivina. ¡Es ella!

¡la niña Chole! ¡la Salambó de los palacios de Mixtla!... Sí, era ella, más gentil que nunca, con su blusa de marinero, y la gorrilla de soslayo. Héla en pie sobre una de las bancas, apoyada en los hercúleos hombros de su marido, aquel inglés que la acompañaba en Mérida; el labio abultado y rojo de la yucateca sonríe con la gracia inquietante de una egipcia, de una turania; sus ojos, envueltos en la sombra de las pestañas, tiene algo de quimérico y lejano, algo que hace recordar las antiguas y nobles razas que en remotas edades fundaron grandes imperios en los países del sol.. El esquife cabacea al costado del vapor. La criolla, entre asustada y divertida se agarra á los blondos cabellos del gigante, que impensadamente la toma al vuelo, y se lanza con ella á la escala. Los dos ríen envueltos en un salsero que les moja la cara. Ya sobre cubierta, el inglés la deja sola un momento, y se aparta secreteando con el contra maestre.

Yo gano la cámara por donde necesariamente han de pasar. Nunca el corazón me latiera con más violencia. Recuerdo perfectamente que el gran salón estaba desierto y un poco obscuro; las luces del amanecer cabrilleaban en los cristales. Tomé una revista inglesa que estaba sobre el piano, y me situé en la puerta aparentando leer.

Pasa un momento. Oigo voces y gorjeos; un rayo de sol más juguetón, más vivo, más alegre, ilumina la cámara, y en el fondo de los espejos se refleja la niña Chole. Majestuosa y altiva se acercaba con lentitud, dando órdenes á una india joven que escuchaba con los ojos bajos, y respondía

en lengua yucateca, esa vieja lengua que tiene la dulzura del italiano y la ingenuidad pintoresca de los idiomas primitivos. Yo me hice vivamente á un lado plegando el periódico. Ella pasó. Creo que me miró un momento como queriendo hacer memoria, y que su boca fresca y sana, insinuó una sonrisa. ¡Aquella sonrisa conque me enloquecía Lili!

La esperanza de ver en alguna parte á la yucateca, trájome toda la mañana avizorado y errabundo: fué vana esperanza. En cambio su marido no cesó de pasearse á lo largo del puente. Visto con espacio, parecióme un hombre necio y altivo: peinábase como el príncipe de Gales, y no usaba barba ni bigote: tenía los ojos de un azul descolorido y neutro; y al mirar entornaba los párpados. Sin duda alguna, presumía de aristócrata. Recorría el puente á grandes trancos, con los brazos caídos, y una pipa corta entre los dientes: á veces se detenía para echar tabaco ó escupir en el mar. En toda la mañana, no le vi sonreirse ni hablar con nadie.

A las diez, una campanada anunció el almuerzo. Bajé á mi camarote, y me peiné con más cuidado y detenimiento que suelo: en seguida pasé al comedor. Aunque no bajarían de cien las personas que se sentaban en redor de aquellas dos largas mesas cubiertas por blanquísimos manteles, y adornadas de flores como para un festin, ni el murmullo de una conversación se escuchaba. Reinaba allí un silencio de iglesia, sólo turbado por el ruido de los tenedores, y las táticas pisadas de los cama-

rereros que con el pecho echado fuera de sus fraques, daban vueltas por detrás de los comensales. Todos aquellos criados eran buenos mozos, rubios y patilludos, como príncipes alemanes. Tomé asiento; y mis ojos buscaron á la niña Chole. Allí estaba, al otro extremo de la mesa, sonriendo á un señorón yankée con cuello de toro, y grandes barbazas rojas, barbas de banquero, que caían llenas de gravedad sobre los brillantes de la pechera. Al mismo tiempo reparé que el blondo gigante miraba á su mujer y sonreía también. ¡Cuánto me preocupó aquella sonrisa, tan extraña, tan enigmática en labios de un marido! Ella volvió la cabeza, hizo un gesto imperceptible, y sus ojos, sus hermosos ojos de mirar hipnótico y sagrado, continuaron acariciando al banquero. Tuve tan vivo impulso de celos y de ira, que me sentí palidecer. Despechado arrojé la servilleta sobre el plato y dejé la mesa. No comprendía que un marido tolerase tal. ¿De qué estofa era aquel coloso que dejaba á su mujer el libre ejercicio de los ojos? ¡y de unos ojos tan lindos!...

Desde la puerta volvíme para lanzarles una mirada de desprecio. ¡Oh! si á tener llego entonces el poder del basilisco, allí se quedan hechos polvo. No lo tenía, y el señorón yankée pudo seguir acariciándose las barbas color de buey; y resoplar dentro de su chaleco blanco, poniendo en conmoción los dijes de una gran cadena, que, tendida de bolsillo á bolsillo, le ceñía la panza; y ella, la Salambó de los palacios de Mixtla, pudo diri-

girle aquella sonrisa de reina indulgente que yo había visto y amado en otros labios!...

Borráronse en la lontananza las costas de Yucatán, y tres días después, ¡días tediosos é interminables, durante los cuales no salió de su camarote la yucateca! dió fondo el «Dalila» en las aguas de la Villa Rica de Veracruz.

Presa el alma de religiosa emoción, contemplé la abrasada playa, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles, hijos de Alarico el bárbaro y de Tarik el moro. Vi la ciudad que fundaron, y á la que dieron abolengo de valentía, espejarse en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos: á un lado, sobre desierto islote de granito, bañía sus pies en las olas, el castillo de San Juan de Ulúa, sombra romántica que evocaba un pasado feudal que allí no hubo, y á lo lejos, la cordillera del Orizaba, blanca como la cabeza de un abuelo, dibújase con indecisión fantástica sobre un cielo clásico, un cielo de azul tan límpido y tan profundo como el cielo de Grecia. Y recordé lecturas casi olvidadas que, niño aún, me habían hecho soñar con aquella tierra hija del sol, narraciones medio históricas, medio novelescas, en que siempre se dibujaban hombres de tez cobriza, tristes y silenciosos, como cumple á los héroes vencidos, y selvas vírgenes, pobladas de pájaros de brillante plumaje, y mujeres como la niña Chole, ardientes y morenas, símbolo de

la pasión, que dijo el poeta. La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño poniendo fuego á sus naves, y á sus hombres esparcidos por la arena, atisbándole de través, los mostachos enhiestos al antiguo uso marcial, y sombríos los rostros varoniles, curtidos y con patina, como las figuras de los cuadros muy viejos. Y como no es posible renunciar á la patria, yo, español, sentía el corazón henchido de entusiasmo, y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria llena de recuerdos históricos. ¡Era verdad que iba á desembarcar en aquella playa sagrada! Oscuro aventurero, sin paz y sin hogar, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba á perderme, quizá para siempre, en la vastedad del viejo imperio azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, pero cuyos restos ciclópeos, que hablan de civilizaciones, de cultos y de razas que fueron, sólo tienen par en ese misterioso cuanto remoto oriente.

¡Oh! ¡Cuán bellos son esos países tropicales! El que una vez los ha visto, no los olvidará jamás. Aquella calma azul del mar y del cielo; aquel sol, que ciega y quema; aquella brisa cargada de todos los aromas de la «tierra caliente» como ciertas queridas muy amadas, dejan en la carne, en los sentidos, en el alma, reminiscencias tan voluptuosas, que el deseo de hacerlas revivir, sólo se extinguen con la muerte. Mi pensamiento rejuvenece hoy, recordando la inmensa extensión plateada de ese Golfo mejicano, que no he vuelto á surcar. Por mi memoria desfilan las torres de Veracruz;



los bosques de Campeche; las arenas de Yucután; los palacios de Palenque; las palmeras de Tuxpan y Laguna... ¡Y siempre, siempre unido al recuerdo de la niña Chole, tal como la vi por vez primera, suelto el cabello, y vestido el blanco hipil de las antiguas sacerdotisas mayas!...

Apenas anclamos, sale en tropel de la playa una gentil flotilla compuesta de esquifes y canoas. Desde muy lejos, se oye el son monótono del remo. Centenares de cabezas asoman sobre la borda del «Dalila», y abigarrada muchedumbre hormiguea, se agita y se desata en el entrepuente. Háblase á gritos el español, el inglés, el chino. Los pasajeros hacen señas á los barqueros indios para que se aproximen: ajustan, disputan, regatean, y al cabo, como rosario que se desgrana, van cayendo en el fondo de las canoas que rodean la escalera y esperan ya con los remos armados. La flotilla se dispersa. Todavía á la larga distancia vese una diminuta figura, moverse y gesticular, como polichinela, y se oyen sus voces que destaca y agranda la quietud solemne de aquellas regiones abrasadas. Ni una sola cabeza se ha vuelto hacia el vapor, para mandarle un adiós de despedida. Allá van, sin otro deseo que tocar cuanto antes la orilla. Son los conquistadores del oro.

La noche se avecina. En esta hora del crepúsculo, el deseo ardiente que la niña Chole me produce, se aquilata y purifica, hasta convertirse en ansia vaga de amor ideal y poético. Todo obscurece lentamente: gime la brisa; rielá la luna; el cielo azul turquí

se torna negro, de un negro solemne, donde las estrellas adquieren una limpidez profunda.

Es la noche americana de los poetas.

Acababa de bajar á mi camarote, y hallábame tendido en la litera fumando una pipa, y quizá soñando con la niña Chole, cuando se abre la puerta y veo aparecer á Julio César,—un rapazuelo mulato con que el año anterior habíame regalado en Jamaica cierto aventurero portugués que, andando el tiempo, llegó á general y ministro en la República Dominicana.—Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

—¡Mi amito! A bordo viene un moreno que mata lo tiburone en el agua, con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!...

Y desaparece velozmente, como esos etíopes, carceleros de princesas, en los castillos encantados. Yo espoleado por la curiosidad salgo tras él. Héme en el puente, que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila, en medio del corro que á su alrededor han formado los pasajeros, y sonrío, mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor, halan un tiburón medio degollado, que se balancea fuera del agua, al costado del «Dalila». Mas he ahí, que de pronto rompe el cable, y el enorme cetáceo desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elenfanciados:

—¡Pendejos!

Y se va, dejando como un rastro, en la cubierta del navío, las huellas húmedas de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos:

—¡Che moreno!...

—¡Voy horita, niña!... No me dilato.

La forma de una mujer blanquea en el negro fondo de la puerta de la cámara. ¡No hay duda, es ella! ¿Pero cómo no la he adivinado? ¿Qué hacías tú corazón burgués, corazón prosaico, que no me anunciabas su presencia? ¡Oh! ¡con cuanto gusto hubiérate entonces puesto bajo sus lindos pies para castigo!

El marinero se acerca.

—¿Mandaba alguna cosa la niña Chole?

—Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonríe, con esa sonrisa blanca, de los salvajes, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas, que argenta la luna:

—No puede ser, mi amita: se ha juntado una punta de tiburones ¿sabe?

—¿Y tienes miedo?

—¡Qué vá!... Aunque fácilmente, como la sazón está peligrosa... Vea su merced no más...

La niña Chole no le dejó concluir.

—¿Cuanto te han dado esos señores?

—Veinte tostone: dos centine, sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre, que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marinos curtidos, sin apartar el pito de los labios ni volver la cabeza, apuntóle.

—Cuatro monedas y no seas guajel...

El negro pareció dudar. Asomóse al barandal

de estribor y observó un instante el fondo del mar, donde temblaban amortiguadas las estrellas. Veíanse cruzar argentados y fantásticos peces que dejaban tras sí estela de fosforescentes chispas, y desaparecían confundidos en los rieles de la luna; mientras en la zona de sombra que sobre el azul de las olas proyectaba el costado del «Dalila» esbozábbase la informe mancha de una cuadrilla de tiburones. El marinero se apartó reflexionando. Todavía volvióse una ó dos veces á mirar las dormidas olas, como penetrado de la queja que lanzaban en el silencio de la noche. Picó un cigarro con las uñas, y se acercó á la criolla.

—Cuatro centenes ¿le apetece á mi amita?

La niña Chole, con ese desdén patricio que las americanas opulentas sienten por los negros, volvió á él su hermosa cabeza de reina india; y en tono tal, que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios murmuró:

—¿Acabarás?... ¡Sean los cuatro centenes!...

Los labios hidrónicos del negro, esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual: seguidamente despojóse de la camiseta, desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, y como un perro de Terranova tomóle entre dientes, y se encaramó, sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo, que parecía de barnizado ébano. Inclínose el negrazo sondando con los ojos el abismo, y cuando los tiburones salieron á la superficie, le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna; y con los brazos extendidos, echarse de cabeza, y desaparecer.

bajo el haz de una ola que, mansa y quejumbrosá, vino á quebrarse en el costado del «Dalila». Tripulación y pasajeros, cuántos se hallaban sobre cubierta agolpáronse á las bordas. Sumiéronse los tiburones en busca del negro; y todas las miradas quedaron fijas en un remolino de espumas que no tuvo tiempo á borrarse, porque casi incontinenti, una mancha de burbujas rojas tiñó el mar; y en medio de los hurras de la marinería, y el vigoroso aplaudir de las manos coloradotas y burguesas de los yankés, salió á flote la testa chata y lanuda del marinero, quien nadaba ayudándose de un sólo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta donde aun traía clavado el cuchillo. Tratóse en tropel de izar al negro; arrojáronse cuerdas, ya para el caso prevenidas, y cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir los brazos y desaparecer, sorbido por los tiburones...

No tuviera yo tiempo á recobrar-me, cuando sonó á mi espalda una voz que decía en inglés:

—Sir, présteme usted cuatro libras.

Al mismo tiempo, alguien tocó suavemente en mi hombro. Volví la cabeza y halléme con la niña Chole. Vagaba cual siempre por su labio inquietante sonrisa; y abría y cerraba velozmente una de sus manos, en cuya palma vi lucir varias monedas de oro. Rogóme con cierto misterio que la dejase sitio; y, doblándose sobre la borda, arrojólas al océano lo más lejos que pudo. En seguida volvióse á mi con gentil escorzo de todo el busto,

—¡Ya tiene para el flete de Carón!...

Yo debía estar pálido como la muerte; pero como ella fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía; vencióme el encanto de los sentidos, y mis labios aun trémulos pagaron aquella sonrisa cínica, con la risa humilde del esclavo que aprueba cuanto hace su señor. La irónica crueldad de la criolla me horrorizaba y me atraía: nunca como entonces me pareciera tentadora y bella. Del mar oscuro y misterioso subían murmullos y aromas, á que el blanco lunar prestaba no sé qué rara voluptuosidad. La trágica muerte del coloso negro; el mudo espanto que se pintaba aún en todos los rostros; un violin que lloraba en el gran salón, todo en aquella luna, era para mí objeto de voluptuosidad depravada y sutil...

Alejóse la yucateca, con ese andar rítmico y ondulante que recuerda al tigre; y al desaparecer, una duda cruel mordióme el corazón. Hasta entonces no había reparado que á mi lado, casi hombro con hombro, estaba el judío yankée, de la barba roja y perjura. ¿Sería á él á quien mirasen los ojos de la Salambó de Mixtla? ¡aquellos ojos, en cuyo fondo parecía dormir el enigma de algún antiguo culto licencioso, cruel y diabólico!...

De cualquier suerte que fuese yo no debía verlos más.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, desembarqué en Veracruz. Tuve miedo de aquella sonrisa, la sonrisa de Lili, que ahora se me aparecía en boca de otra mujer. Tuve miedo de aquellos

labios, los labios de Lili, frescos, rojos y fragantes como las cerezas de nuestro huerto, que ella gustaba de ofrecerme en ellos. ¡Ay! Aun cuando el corazón tenga veinte años, si el pobrecillo es liberal, y dió hospedaje al amor más de una y dos veces, y gustó sus contadas alegrías, y sus innumerables tristezas, no pueden menos de causarle temblores, miradas y sonrisas, cuando los ojos y los labios que las prodigan son como los de la niña Chole.

¡Yo he temblado entonces, y temblaría hoy que la nieve de tantos inviernos, cayó sin deshelarse sobre mi cabeza!...



OCTAVIA SANTINO







## OCTAVIA SANTINO

---

El pobre mozo permanecía en la actitud de un hombre sin consuelo, sentado delante de la mesa donde había escrito las «Cartas á una querida», aquellos versos eróticos, inspirados en la historia de sus amores con Octavia Santino. Conservaba la abatida cabeza entre las manos, y sus dedos flacos y descoloridos, desaparecían bajo la alborotada y obscura cabellera, á la cual se asían, de tiempo en tiempo, coléricos y nerviosos. Cuando se levantó para entrar en la alcoba, donde la enferma se quejaba débilmente, pudo verse que tenía los ojos escaldados por las lágrimas. Hacía un año que vivía con aquella mujer. No era ella una niña, pero sí todavía hermosa; de regular estatura y formas esbeltas; con esa morbidez fresca y sana que comunica á la carne femenina el aterciopelado del albérchigo, y le da grato sabor de madurez. Supiera hacerse amar, con ese talento de la querida que se siente envejecer, y conserva el corazón joven, como á los veinte años; ponía ella algo de

maternal en aquel amor de su decadencia; era el último, se lo decían bien claro los hilillos de plata que asomaban entre sus cabellos castaños, los cuales aun conservaban la gracia juvenil.

Un momento se detuvo Perico Pondal en la puerta de la alcoba. Era triste de veras aquella habitación silenciosa, solemne, medio á obscuras; envuelta en un vaho tibio, con olor de medicina y de fiebre.

La llama viva de la chimenea, arrojaba claridades trémulas y tornadizas sobre el contorno suave y lleno de gracia, que el cuerpo de la enferma dibujaba á través de las ropas del lecho. Lo primero que se veía al entrar era una cabeza lívida, de mujer hermosa, reposando sobre la blanca almohada. Pondal sintió que sus ojos volvían á llenarse de lágrimas, ante aquel rostro, que parecía no tener gota de sangre, y en el cual las tintas trágicas de la muerte empezaban á extenderse; pero vió que Octavia le miraba, llamándole á su lado con una triste sonrisa, y trató de sonreír también, para tranquilizarla. Llegóse al lecho; y tomando dulcemente la mano que la enferma dejaba colgar fuera, la retuvo entre las suyas, besándola en silencio, porque la emoción apenas la dejaba hablar. Ella le acarició la mejilla como á un niño, murmurando:

—¡Pobre pequeño!... cuánto siento dejarte!...

—¡No, no; tú no me dejas, porque yo me iré contigo!...

En el rostro del joven se reflejaban las sacudidas nerviosas que le costaba no estallar en sollozos.

Octavia le miró un momento, y atrayéndole á sí, prodigóle las palabras más tiernas. Después, devorándole con sus ojos febriles, y oprimiéndole la mano murmuró:

—¿Sabes qué día es mañana, Pedro?

El contestó con la voz llena de lágrimas:

—No ¿qué día es?

—Mañana hace dos años que nos hemos conocido! ¿Te acuerdas? ¡Quién te había de decir entonces, que tendrías que cuidarme, mi pobre pequeño!... ¡Pero por Dios no te aflijas! ¡Háblame! ¡háblame!... ¡Dime que te acuerdas de todo!...

En el silencio y la obscuridad de la alcoba, el murmullo de la voz tenía algo de la solemnidad de un rezo. Perico muy conmovido gritó:

—¡Sí, me acuerdo! ¡me acordaré toda la vida!

Fué aquél, un grito salido de lo más hondo del alma. Desde entonces ya no pudo contenerse por más tiempo, y se puso á sollozar como un niño.

—¡Octavia! ¡Octavia!... ¡Alma mía!... queridita mía!... ¡No me dejes solo en el mundo!

Y sellaba con pasión sus labios, sobre la mano de la enferma, una mano hermosa y blanca, húmeda ya por los sudores de la agonía.

Ella cerraba los ojos, suplicándole que callase.

—Mira, encanto; si no debes sentirme de ese modo. ¿Qué era yo para tí más que una carga? ¿no lo comprendes? Tú tienes por delante un gran porvenir. Ahora, luego que yo muera, debes vivir solito; no creas que digo esto porque esté celosa; ya sé que á muertos y á idos... Te hablo así, porque

conozco lo que ata una mujer. Tú, si no te abandonas, tienes que subir muy alto! Créeme á mí. Pero Dios que da las alas, las da para volar uno solo. ¿Sí mi hijito? Después de que hayas triunfado, te doy permiso para enamorarte...

Intentó sonreír para quitar á sus palabras la amargura que rebosaban. Pوندال le puso una mano en la boca.

—No hables así, Octavia, porque me desgarras el corazón. Tú vivirás, y volveremos á ser felices.

—¡Aunque viviese, no lo seríamos ya!

Su voz era tan débil que no parecía sino que ya hablaba desde el sepulcro. En aquella conversación agónica, que podía ser la última, todo el pasado de sus relaciones volvía á su memoria, y á pesar de la sonrisa resignada, que contraía sus labios descoloridos, conocíase cuanto la hacía sufrir este linaje de recuerdos. Perico, sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, suspiraba en silencio. El, también recordaba otros días, días de primavera, azules y luminosos; mañanas perfumadas; tardes melancólicas; horas queridas: paseos de enamorados que se extravián en las avenidas de los bosquecillos, cuando los insectos zumban la ardiente canción del verano, florecen las rosas, y las tórtolas se arrullan sobre las reverdecidas ramas de los robles. Recordaba los albores de su amor, y todas las venturas que debía á la moribunda. Sobre aquel seno de matrona, perfumado y opulento, ¡había reclinado tantas veces en delicioso éxtasis, su testa orlada de rizos, como la de un dios adolescente! ¡aquellas pobres manos, que

ahora se enclavijaban sobre la sábana, tenían jugado tanto con ellos!... Y al pensar en que iba á verse sola en el mundo; que ya no tendría regazo donde descansar la cabeza, ni labios que le besasen, ni brazos que le ciñesen, ni manos que le halagasen, tropel de gemidos y sollozos subíale á la garganta, y se retorció en ella, como rabiosa *jauria*.

—¡Señor! ¡Señor!... ¡No me la lleves! ¡Só bueno!...

Y Perico conteniendo trabajosamente las lágrimas, se puso á rezar, como un niño que era. ¿Por qué no había de hacer Dios un milagro? Y esta esperanza postrera, tan incierta, tan lejana, apoderándose de su pobre corazón, le trajo, como un perfume de incienso, el recuerdo de la infancia en el hogar paterno, donde todas las noches se rezaba el rosario... ¡Ay! fué al deshacerse aquel hogar, cuando conociera á Octavia Santino!...

Aunque mozo de veinte años, Perico Pondal, no pasaba de ser un niño triste y romántico, en quien el sentimiento adquiría sensibilidad verdaderamente enfermiza. De estatura no más que mediana, ademán frío, y continente tímido y retraído, difícilmente agradaba la primera vez que se le conocía;—él mismo, solía dolerse de ello, exagerándolo como hacía con todo.—Apuntábale negra barba, que encerraba, á modo de marco de ébano, un rostro pálido y quevedesco. La frente era más altiva que despejada; los ojos más ensoñadores que brillantes. Aquella cabeza prematuramente pensativa, parecía inclinarse impregnada de una tristeza

misteriosa y lejana. Su mirar melancólico, era el mirar de esos adolescentes, que, en medio de una gran ignorancia de la vida, parecen tener como la visión de sus dolores, y de sus miserias.

Octavia parecía dormir; inmóvil, pálida como la muerte, con los cabellos sueltos sobre la almohada. En los labios de Perico, vagaba el mosqueo igual y continuado de un rezo. Poco á poco su amiga abrió los ojos, y los fijó en él con vago espanto.

—¿Qué haces?... ¿rezas?

Perico dijo que no; y la enferma procurando sonreír, le hizo seña de que se acercase:

—Esta mañana, poco después de haber salido tú, he tenido una visita... Las hijas del general Rojas; dos niñas de quienes fuí institutriz.

Aquí tuvo que hacer una pausa y luego añadió:

—Una de ellas, Isabelita, viendo tu retrato, me preguntó si era mi novio... Las inocentes no saben que vivo contigo... Venía con ellas un sacerdote: el capellán de la casa según creo... Se sentó ahí, donde tú estás, y me estuvo hablando largo rato. ¡Si vieras qué trabajos pasé para engañarle!... Luego temía que tú llegases y te vieses!...

Hubo de interrumpirse nuevamente. Suspirando, clavó los ojos en un crucifijo que había á los pies del lecho, y sin desviarlos ya, acabó en voz mucho más apagada:

—¡Ah! es un santo sacerdote! Con tanto cariño me indicaba que debía confesarme!... Decía que no se debe esperar al último momento; que con-

viene nacerlo aun cuando el mal no sea grave...  
¡Te digo que es un santo!...

Perico, encorvándose sobre ella, preguntóle con afán:

—¿Entonces, quieres que venga un confesor? Yo también había pensado en ello... Gravedad no la hay, eso no...

La enferma vaciló un momento; luego volviendo á él los hermosos ojos, nublados por la calentura, exclamó con dolorosa resolución:

—¡No, no!... Prefiero condenarme así.. ¡Anda, dame un beso!

Y exhalando un gemido, avanzaba el rostro, y le presentaba la boca. Perico la miró asombrado.

—¿Pero por qué no quieres?

Octavía sollozó:

—¡Ay! Cuando entrase el sacerdote, tú tendrías que irte; que salir de esta casa; que no volver ya... Diría que es pecado... No ves que soy tu querida!... Y yo quiero verte, tenerte siempre á mi lado... ¡Perderte perdón! Lo demás no me importa nada!

Quiso arrojarle del lecho y Perico la sujetó suplicándole que se calmase. Sollozaba prometiendo casarse con ella.

—¿Ves? este es el resultado... ¡Ya me lo temía! ¿Pero qué tienes? ¿No comprendes que así te pones peor? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo tengo la culpa.

Octavia exánime y jadeante, había caído sobre la almohada. Sintió un ahogo que la privó de respiración un instante, y ocultando la faz, rompió á llorar amargamente. En vano su amante trató de consolarla. Ella sentíase conmovida ante el afecto



de aquel niño; y la conciencia le remordía, como si no le hubiese amado bastante. Cediendo á sus ruegos descubrió el rostro, y las lágrimas siguieron cayendo de aquellos ojos de tan puro azul, pero silenciosas, sin gemidos ni sollozos. Se miraron inmóviles los dos, con las manos enlazadas, como si fuesen á hacerse un juramento. La mirada que cambiaron, era la despedida muda, solemne, angustiosa que se dan dos almas al separarse; era la evocación de sus recuerdos; todo el pasado de aquel amor, al cual iba á poner término la muerte. Las lágrimas corrieron más abundantes de los ojos de Octavia, y algo intolerable y mortificante sintió en el corazón:

—¡Qué no haría yo para que no me llorase mi pobre pequeño!...

Había vuelto á esconder la cabeza en las almohadas, sollozando tan bajito, que apenas se la oía.

Pondal se inclinó y puso sus labios en los cabellos de Octavia, besándolos suavemente, recorriendo toda la trenza. Estuvo así larguísimo rato, susurrando palabras cariñosas que producían en la enferma estremecimientos convulsivos y dolorosos. Se inclinó un poco más, y levantando con cuidado como una reliquia, aquella adorada cabeza, la obligó á que le mirase. Ella clavó en él con extraordinaria tristeza las pupilas, que parecían más grandes y más bellas por efecto de la demacración del rostro y los dos permanecieron mudos, tratando de leerse los más escondidos pensamientos: Perico fué el primero en hablar.

—¿Qué tienes? ¿no me dices?

Los labios de la enferma se agitaron apenas.

—Pedro...

—¿Qué, mi pobrecita?

—¡Quiero que me prometas una cosa!

—Cuantas quieras.

—Que en ningún caso me dejarás morir sola.

—¿Qué dices Octavia?

—¿Lo juras?

—Lo juro... ¡pero eso es una locura que á nada viene!

—¡Cállate, por Dios! Me haces un daño horrible... ¡Calla!

Se cubrió los ojos, como si la llama de la chimenea le molestase, y añadió:

—Después te diré eso... No quiero que mi muerte te haga sufrir.

Creyó Pondal que la enferma deliraba, y nada dijo. Ella siguió musitando:

—¡Sin embargo, te he amado mucho, Pedro!... ¡mucho! ¡mucho!... Bien lo sabe Dios!...

—¡Y yo también lo sé!...

—¡No! ¡no!... ¡Tú no lo sabes!...

Experimentó una rápida conmoción, y se quedó lívida y distendida, como si fuese á morir. Cuando hubo cobrado ánimo, añadió:

—¡Hubiese sido yo tan feliz sin este torcedor! No; no quiero que me llores; no quiero...

—Pero Octavia, ¿qué tienes? ¡tú deliras! Te suplico que calles, ¿no me oyes, Octavia querida? Te lo suplico...

Se dejó caer en el sillón que había arrimado

al lecho, y tomó la mano que Octavia tenía sobre el arrugado dobléz de la sábana.

—Ahora te prohibo hablar, y si no me obedeces, ya lo sabes, me voy.

Octavia oprimió suavemente la mano de su amigo procurando sonreír, pero la mueca que hizo en la tentativa, resultó espantable. Después quedóse como dormida, pero sólo fué un momento; en seguida abrió los ojos sobresáltada, como si saliese de una pesadilla, y extendió las manos palpando con avidez la cabeza de su amante.

—¿Estás ahí, Perico? ¡no te veo!

—Sí, aquí estoy, mi vida.

Perico separó los cabellos empapados de sudor que obscurecían la frente de la enferma, y depositó en ellos un largo beso, lleno de amor y de tristeza. Después, volviendo á sentarse, empezó á decir:

—Esta mañana encontré á Corsino Infante que me preguntó por tí: le dije que no estabas bien, y prometió venir á verte.

Octavia gimió sordamente.

—¡No, no! ¡qué no venga!

—¿Pero por qué, hija? ¡Vamos, no seas así! Si no quieres hacer lo que él recete no lo haces... Verdaderamente no viene más que como amigo... Yo sin embargo, entre Corsino y tu doctor Cuevas, no vacilaría... Ya has visto lo que pasó en mi enfermedad; Corsino fué el único que estuvo un poco acertado... El doctor Cuevas es un practicón, nada más; Infante ha estudiado mucho!...

Y Perico, endulzaba la voz para no disgustar á la enferma.

—Pero tú no le quieres bien, y eres ingrata; de verdad que sí.

Octavia, que parecía sufrir mucho, balbuceó con creciente anhelo:

—¡Calla!... ¡calla! Por la Virgen María no me acongojes!...

Un enorme gato de pelambre chamuscada y amarillenta que dormía delante de la chimenea, despertóse, enarcó el lomo erizado, sacó las uñas, giró en torno con diabólico maleficio, los ojos fosforescentes y fantásticos, y huyó con menudo trotecillo. Octavia estremeciéndose, poseída de uno de esos terrores supersticiosos que experimentan las imaginaciones enfermas, y se incorporó, apoyada en el borde del lecho, mirando anhelante; fué menester que Pondal, á la fuerza, le obligase á acostarse, colocándole suavemente la cabeza en el centro de la almohada; ella parecía no verle; tenía la mirada vaga, y respiraba fatigosa con el semblante contraído. Su amante la miraba, sin ser dueño de contener las lágrimas; por un formidable esfuerzo de la voluntad se serenó, para preguntarle qué tenía; no contestó Octavia, y él insistió:

—¿Sufres mucho?

La enferma abrió los ojos, que se fijaron con extravío en los objetos; agitáronse sus labios, pero fueron tan apagadas y confusas las palabras que salieron de ellos, que casi no rozó su aliento el rostro de Perico, que se inclinaba sobre ella, para oír mejor; sin embargo, á él le pareció que Octavia decía:

—¡No puedo! ¡no puedo!... me remuerde...

Y la vió temblar en el lecho; el rostro demudado y convulso. Luego quedó estirada, rígida, indiferente; la cabeza torcida; entreabierto la boca por la respiración, el pecho agitado. Pondal permanecía en pie; irresoluto, sin atreverse ni á llamarla, ni á moverse, por no turbar aquel reposo que le causaba horror. Entenebrecido y suspirante volvió á sentarse junto al lecho, la frente apoyada en la mano, el oído atento al más leve rumor. Allá abajo, se oía el perpetuo sollozo de la fuentequilla del patio, unas niñas jugaban á la rueda; y los vendedorillos de periódicos pasaban pregonando las últimas noticias de un crimen misterioso. La habitación empezaba á quedarse completamente á oscuras, y Pondal se levantó para entornar los póstigos del balcón que estaban cerrados. Era la tarde de esas adustas é invernales, de barro y de llovizna, que tan triste aspecto prestan á la vieja ciudad. Sinistras ráfagas plomizas y lechosas pasaban lentamente ante los cristales que la ventisca azotaba con furia. Dos aguadores sentados sobre sus cubas, aguardaban la vez, entonando una canción de su país. Perico no entendía la letra, que tenía una cadencia lánguida y nostálgica, pero, con aquella música, sentía poco á poco penetrar en su alma supersticioso terror. Creyó oír la voz de Octavia, y volvió vivamente la cabeza. La enferma se había incorporado en las almohadas, y le llamaba con la angustia pintada en el semblante. El corrió al lado de ella.

—¿Qué tienes?...

—Creo que voy á morir. Escucha, no debes llorarme, porque...

Calló temblando; la huella de sus ojeras se difundió por toda la mejilla; agitáronse sus labios como si fuese á llorar, sus facciones acentuáronse cada vez más cadavéricas y los dientes se entrechocaron; pero luego, levantándose loca, gritó:

—¡No; no debes quererme! ¡Te he engañado! ¡He sido mala!

Pondal la miró estúpidamente, mientras en sus labios trémulos y sin color, se dibujaba esa sonrisa tirante y angustiosa que algunos reos tienen sobre el cadalso; pero aquello no duró más que un momento, porque en seguida, como si volviese en sí gritó:

—¿Qué dices Octavia? ¡eso no puede ser! ¡es imposible!

—No, no; ¡pero espera! ¡te quiero!... me lo has prometido!...

Pondal encorbado sobre la moribunda, la sacudía brutalmente por los hombros, repitiendo:

—¡Habla! ¡habla! ¡dime que no es verdad! ¡Dime quién es él! ¡Habla!

Octavia le miró con expresión sobrehumana, dolorida, suplicante, agónica; quiso hablar, y su boca sumida y reseca por la fiebre se contrajo horriblemente; giraron en las cuencas, que parecían hundirse por momentos, las pupilas dilatadas y vidriosas; volviósele azulencia la faz; espumajaron los labios, el cuerpo enflaquecido estremeciése, como si un soplo helado lo recorriese, y quedó tran-

quilo, insensible á todo, indiferente, lleno del reposo de la muerte.

Pedro Pondal, clavándose las uñas en la carne, sacudiendo furioso la melena de león, sin apartar los ojos del cuerpo de su querida, repetía enloquecido:

—¿Por qué? ¿Por qué quisiste ahora ser buena?

Nublose la luna, cuya luz blanquecina entraba por el balcón; agonizó el fuego de la chimenea, y el lecho, que era de madera, crujió...



**LA GENERALA**

---







## LA GENERALA

---

Cuando el general D. Miguel Rojas hizo el disparate de casarse, ya debía pasar mucho de los sesenta. Era un veterano muy simpático, con grandes mostachos blancos, un poco tostados por el cigarro; alto, enjuto y bien parecido, aun cuando se encorbaba un tanto al peso de los años. Crecidas y espesas tenía las cejas; garzos y hundidos los ojos; cetrina y arrugada la tez, y cana casi del todo la escasa guedeja que peinaba con sin igual arte para encubrir la calva. La expresión amable de aquella hermosa figura de veterano atraía amorosamente. La gravedad de su mirar, no exento de placidez; el reposo de sus movimientos; la nieve de sus canas, en suma, toda su persona, estaba dotada de un carácter marcial y aristocrático que se imponía en forma de amistad franca y noble. Su cabeza de santo guerrero, parecía desprendida de algún antiguo retablo. Tal era en fin en rostro y talle el santo varón que dió su nombre á Cu-

rrita Jimeno, la hija menor de los condes de Casa-Jimeno.

Currita era una muchacha delgada, morena, muy elegante, muy alegre, muy nerviosa; rompía los abanicos, desgarraba los pañuelos, con sus dientes blancos y menudos, de gatita de leche, insultaba á las gentes... ¡Oh! aquello no era mujer, era un manojo de nervios, como decía su mamá; los amigos decían algo más duro y la habían puesto «mona inquieta». Nadie al verla, creería que aquel elegante diablillo, se hubiese educado entre rejas, sin sol y sin aire, obligada á rezar siete rosarios cada día, oyendo misas desde el amanecer, y durmiéndose en los maitines con las rodillas doloridas, y la tocada cabecita apoyada en las rejas del coro. No parecía, en verdad, haber pasado diez años de educanda al lado de una tía suya, encopetada abadesa de un convento de nobles, allá en el riñón de Castilla la Nueva.

Cuando los condes fueron por Currita, para sacarla definitivamente de aquel encierro y presentarla al mundo, la muchacha creyó volverse loca. Llenó de flores el altar de santa Rita—tutelar del convento y fundadora de la orden—casualmente acababa de hacerle una novena pidiéndole aquello mismo, y la santa ¡tan buena! que se lo concedía sin hacerla esperar más tiempo. No bien llegó la parentela, Currita se lanzó fuera del locutorio, gritando alegremente, sin cuidarse de las «madres» que se quedaban llorando la partida de su «periquito».

—¡Viva Santa Rita!

Y se arrancó la toca, descubriendo la cabeza pelona, que le daba cierto aspecto de muchacho; acrecentado por la esbeltez, un tanto macabra, de sus catorce años.

Este amor á la libertad, tan desenfadadamente expresado con el viva dado á la Santa de Cásia, lo conservó Currita hasta la muerte. Mientras los hombres de la República pasaban á la Monarquía, ella, lanzando carcajadas y diciendo donaires pícaros caminaba resuelta hacia la demagogia, ¡pero qué demagogia la suya! llena de paradojas y de atrevimientos inconcebibles; elaborada en una cabecita inquieta y parlanchina, donde apenas se asentaba un cerebro de colibrí pintoresco y brillante borracho de sol y de alegría. Era desarreglada y genial como un bohemio; tenía supersticiones de gitana ¡y unas ideas sobre la emancipación femenina! ¡válganos Dios! Si no fuese porque salían de aquellos labios que derramaban la sal y la gracia como gotas de agua los botijos moriscos, sería cosa de echarse á temblar, y vivir en triste soltería, esperando el fin del mundo.

Pero ya se sabe que los militares españoles son los más valientes del orbe. Currita y el general Rojas se casaron, y desde aquel día la muchacha cambió completamente, y cobró unos ademanes tan señoriles y severos que parecía toda una señora generala. Bastaba verla, para comprender que no había salido de la clase de tropa; llevaba los tres entorchados como la gente de colegio. Los que al leer en «La Epoca» el notición de aquella boda, habían exclamando: ¡Pobre Don Miguel! casi es-

tuvieron por achacar á milagro la mudanza de la niña de Casa-Jimeno. La verdad es que fácil explicación no tenía, y como la condesa se comía los santos, y la tía abadesa estaba en olor de santidad ¡velay!

Tenía por ayudante el general á cierto ahijado suyo, recién salido de un colegio militar. Era un caballerete de miembros delicados, y no muy cumplido de estatura: pareciera un niño, á no desmentir la presunción el bozo que se picaba de bigote, y el pliegue á veces enérgico y á veces severo de su rubio entrecejo de damisela. Este tal llegó á ser comensal casi diario en la mesa de Don Miguel Rojas. La cosa pasó de un modo algo raro. Currita no dejaba fumar á su marido; decía, haciendo aspavientos, que el cigarro irritaba el catarro crónico que padecía el buen señor; únicamente cuando había convidados, se humanizaba la generala. Habíase vuelto tan cortés desde que entrara en la milicia, que, naturalmente, deponía parte de su enojo, y la furibunda oposición de cuando comía á solas con su marido, reducíase á un gracioso gesticillo de enfado. Sonreíase socarronamente Don Miguel, y como no podía pasarse sin humear un habano, después del café, concluyó por invitar todos los días á su ayudante.

Currita, que en un principio había tenido al oficialito por un quidam—era su frase predilecta—acabó por descubrir en él tan soberbias prendas, y le cayó tan en gracia el muchacho, que, ultimamente, no se sabía si era ayudante de órdenes

de Don Miguel ó de la dama; á todas partes la acompañaba, de día y de noche, y hasta una vez, llegó la generala á imponerle un arresto, según ella misma contaba riendo á sus amigas.

Una tarde, ya levantados los manteles, dijo la generala al ayudante:

—¡Si supiese usted cuánto me aburro, Sandoval! ¿No tendría usted una novela que me prestase?

Sandoval, hecho almíbar, le prometió no una, sino ciento; y al día siguiente llevó á Currita un libro del cual hizo grandes elogios. Era «Lo que no muere» del célebre Barbey d'Aureville.

Currita abrió el libro al azar, y fijó los ojos distraída en las páginas satinadas, pulcras elegantes, como para ser vueltas por manos blancas y perfumadas de duquesas y mundanas.

—¿Pero de qué trata esa novela? ¿qué es lo que no muere?

—La compasión en la mujer... Una idea originalísima: figúrese usted...

—No; no me lo cuente. Y no tiene usted ninguna novela de Daudet? es mi autor predilecto; dicen que es realista, de la escuela de Zola, á mí no me lo parece. ¿Usted leyó «Jak»? ¡qué libro tan sentido! no puede una por menos de llorar, leyéndolo. ¡Qué diferente de «Germinal» y de todas las novelas de López Bago.

Sandoval, que tenía una migaja de gusto literario, y, además había leído los «Paliques» de Clarin, repuso escandalizado

—¡Oh! ¡oh! generala, es que no pueden compararse Zola, y López Bago.

Currita, sonriendo con el gracioso desenfado de las señoras, que hablan de literatura como de modas, contestó:

—Pues se parecen mucho; no me lo negará usted.

Aquellas heregías, producían un verdadero dolor al ayudante; él, quisiera que la generala no pronunciase más que sentencias; que tuviese el gusto tan delicado y elegante como el talle. Aquella carencia de esteticismo recordábale las modistillas pizperetas, apasionadas de los folletines, con quienes había tenido algo que ver; criaturas risueñas y cantarinas, cabecitas llenas de claveles, pero ¡ay! horriblemente vacías, sin más meollo que los canarios y los jilgueros que alegraban sus guardillas.

Currita, que estaba hojeando la novela exclamó de pronto:

—¡Qué lástima!...

Sandoval le miró con extrañeza.

—¿Lástima de qué generala?

—Ya le he dicho á usted que no quiero que me llame así. ¡Habrá majadero! Llámeme usted Currita.

Y le dió un capirotazo con el libro; luego poniéndose seria:

—¡Sabe usted Sandoval me parece éste un francés muy difícil, y yo he sido siempre de lo más torpe que Dios pudo haber criado, para esto de idiomas!

Y le alargaba el libro, mirándole al mismo tiempo

con aquellos ojos chiquitos como cuentas, vivos y negros, los cuales pudieran recibirse de doctores en toda suerte de guiños y coqueteos.

—¿Si usted quisiese?...

El la miraba, sin acertar con lo que había de querer. La generala siguió:

—Es un favor que le pido.

—Usted no pide, manda, y se concluyó.

—Pues entonces vendrá usted á leerme un rato todos los días ¿verdad? El general se alegrará mucho cuando lo sepa.

Colgósele del brazo, como una chiquilla, y le arrastró hasta el sofá, donde le hizo sentar á su lado.

—Empiece usted. Aprovechemos el tiempo.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, fué Sandoval á leer «Lo que no muere» á la generala. El pobre muchacho no sabía que pensar de Currita y del modo como le trataba. Había momentos en que la dama adoptaba para hablarle una corrección y formalidad excesivas, que contrastaban con la llaneza y confianza antiguas; en tales ocasiones, jamás, ni aun por descuido, le miraba á la cara. Aun cuando la idea de pasar plaza de tímido mortificaba atrozmente al ayudante, los cambios de humor que observaba en la generala, manteníanle en los linderos de la prudencia.

De las fragilidades de ciertas hembras, algo se le alcanzaba, pero de las señoras, de las verdaderas señoras, estaba á obscuras completamente. Creía que para enamorar á una dama encopetada,



lo primero, que se necesitaba eran pelos en la cara en forma de bigote ó barba corrida, y tocante á esto, el ayudante estaba muy necesitado. Tantas fueron sus cavilaciones sobre punto tal, que cayó en la flaqueza de obscurecerse, con tintes y menurjes de un cómico su amigo, el bello casi incoloro del incipiente bozo.

Las cosas así, leía una tarde á la generala las última páginas de la novela. Currita estaba cerca de él, sentada en una silla baja; á veces sus rodillas rozaban las del lector, que se estremecía; pero cual si ninguno de los dos advirtiese aquel contacto permanecían largo rato con ellas unidas. La generala escuchaba muy conmovida; de tiempo en tiempo su seno se alzaba para suspirar; con ojos inmóviles, y como anegados en llanto, contemplaba al joven, que sentía el peso de aquella mirada fija y poderosa como la de un sonámbulo, y seguía leyendo, sin atreverse á levantar la cabeza.

Las últimas páginas del libro eran terriblemente dolorosas; exhalábase de ellas el perfume de unos sentimientos extraños, á la par pecaminosos y místicos. Era hondamente sugestivo aquel sacrificio de la condesa Iseult; aquella su compasión impúdica, pagana como diosa desnuda; aquella renunciación de sí misma, que la arrastraba hasta dar su hermosura de limosna, y sacrificarse en aras de pasión y del pecado de otro.

La generala con las rodillas unidas á las del ayudante, y la garganta seca escuchaba conmovida la novela del anciano dandy. Sandoval con voz

á cada instante más velada, leía aquella página que dice:

...«La condesa Iseult, halló todavía fuerzas para  
»murmurar:

—«Pues bien; si reviviese, esta piedad, dos veces  
»maldita, inútil para aquellos en quien fué emplea-  
»da, y vacía del más simple deber para los que la  
»han sentido, esta piedad no me abandonaría, y  
»volvería á seguir sus impulsos á riesgo de volver  
»á incurrir en mi desprecio. Si Dios, me dijese:  
»*He ahí el fin que ignoras*: y en su misericordia  
»infinita, pusiese al alcance de mi mano el conse-  
»guirlo, yo, no le escucharía y precipitaríame  
»como una loca en esa piedad, que no es siquiera  
»una virtud, y que sin embargo es la única que  
»yo he tenido...»

La generala, sin ser dueña de sí por más tiempo, empezó á sollozar, con esa extortividad que los sentimientos contenidos, adquieren al desatarse, en las mujeres nerviosas.

—¡Qué criatura tan rara, esa condesa Iseult!  
¿Habrá mujeres así?

El ayudante, conmovido por la lectura, y animado, casi irritado, por el contacto de las rodillas de la generala, contestó:

—¡Qué! ¿Usted no sería capaz de hacer lo que ella hizo por Allán, al dárselo por compasión.

Y sus ojos bayos, transparentes como topacios quemados, tuvieron al fijarse en Currita el mirar insistente, osado y magnético del cielo.

La generala púsose muy seria, y contestó con la dignidad reposada de una de aquellas ricas hem-

bras castellanas que criaron á sus pechos los más gloriosos jayanes de la historia:

—Yo, señor ayudante, no puedo ponerme en ese caso. La principal compasión en una mujer casada, debe ser para su marido.

Sandoval calló, arrepentido de su atrevimiento. La generala era una virtud. Al rededor del cuello de Currita, en vez de los encajes que adornaban el peinador azul celeste, veía al alferez— con los ojos de la imaginación por supuesto—los tres entorchados, sugestivos, inflexibles, imponiendo el respeto á la ordenanza.

Después de un momento, todavía con sombra de enojo, la generala se volvió al ayudante:

—¿Quiére usted seguir leyendo, señor Sandoval? Y él, sin osar mirarla:

—Se impresiona usted mucho. ¿No sería mejor dejarlo?

La generala suspirando, se pasó el pañuelo por los ojos.

—Casi tiene usted razón.

Ellos se miraban en silencio. De pronto Currita, con la impresionabilidad infantil de tantas mujeres, lanzó una alegre carcajada.

—¡Como le ha crecido á usted el bigote! ¡Pero si se lo ha teñido! ¡ja, ja, ja! ¡Se lo ha teñido!

Sandoval un poco avergonzado refa también.

—Me dará usted la receta para cuando tenga canas ¡ja, ja, ja!

La generala mordía el pañuelo. Luego adoptando un aire de señora formal, que le caía muy graciosamente, exclamó;

—Eso, hijo mío, es una... vamos no quiero decirle lo que es; pero ya verá como en el pecado se lleva la penitencia.

Salió velozmente, para volver á poco con una aljofaina que dejó sobre el primer mueble que halló á mano.

—Venga usted aquí, caballerito.

Era muy divertida aquella comedia en la cual él hacía de chiquitin travieso, y ella de abuela regañona. Currita se levantó un poco las mangas para no mojarse, y empezó á lavar los labios al presumido ayudante, quien no pudo menos de besar aquellas manos blancas que tan lindamente le refregaban la geta.

Y le dió en la mejilla un golpecito que quedó dudoso entre bofetada y caricia. Se enjugó Sandoval atropelladamente, y asiendo otra vez las manos de la generala, cubriólas de besos voraces, frenéticos, delirantes. Ella gritaba:

—¡Déjeme usted! ¡déjeme usted! ¡Nunca lo creería!

Sus ojos se encontraron, sus labios se buscaron golosos y se unieron con un beso.

—¡Mi vida!

—¡Payaso!

Los tres entorchados, ya no se inspiraban más respeto que unos galones de cabo.

Desde fuera dieron dos golpecitos discretos en la puerta.

Sandoval, mordiendo la orejita menuda y sonrosada de la generala, murmuró:

—No contestes alma mía...

Los golpes se repitieron más fuertes.

—¡Curra! ¡Curra! ¿qué es esto? ¡Abre!

A la generala, tocóle suspirar al oído del ayudante:

—¡Dios santo! ¡Mi marido!

Los golpes eran ya furiosos.

—¡Curra! ¡Sandoval! Abran ustedes ó tiro la puerta abajo!

Y á todo esto los porrazos iban en aumento. Currita se retorció las manos; de pronto, corrió á la puerta, y dijo hablando á través de la cerradura, contraído el rostro por la angustia, pero procurando que la voz apareciese alegre:

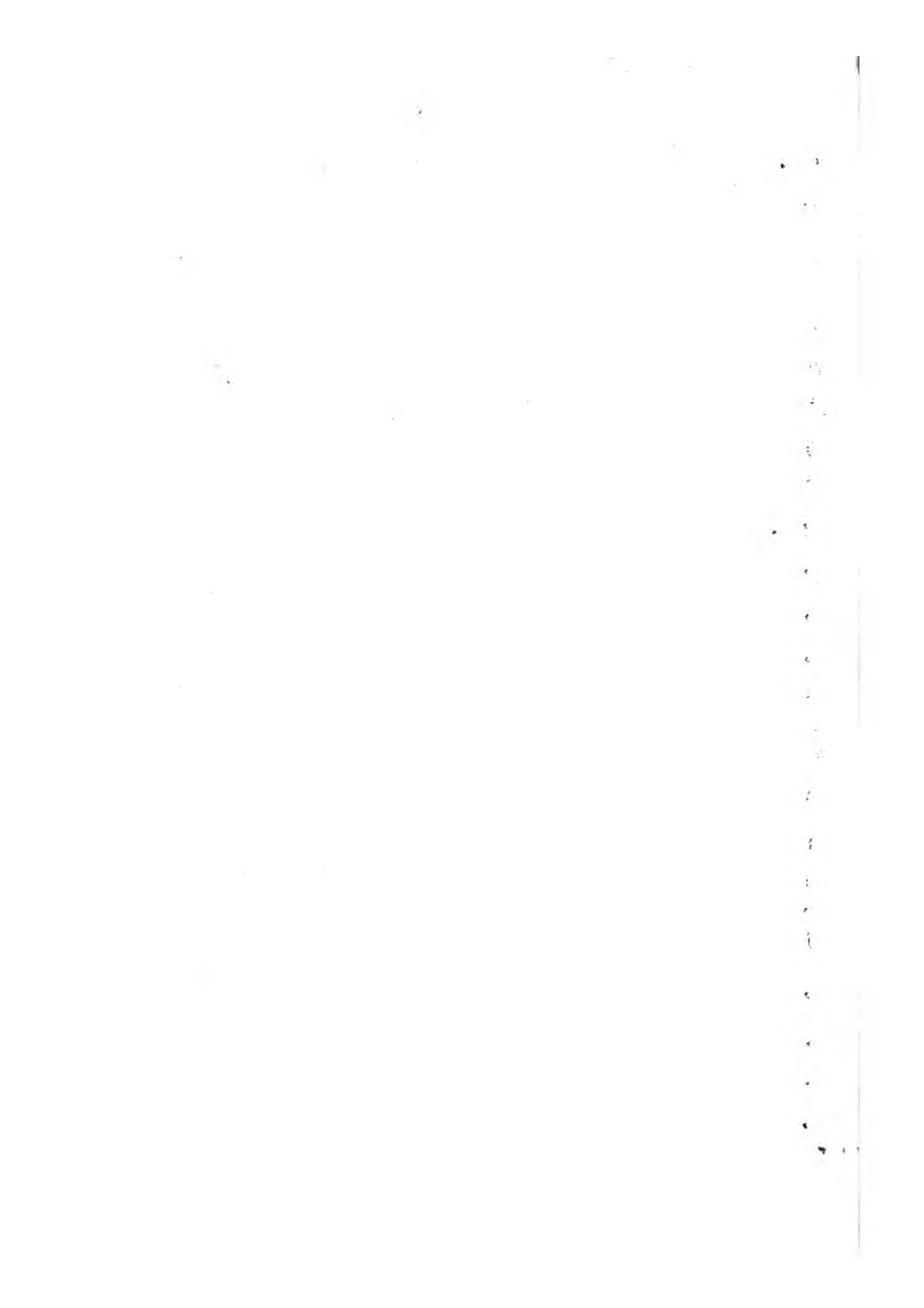
—¡Mi general! es que se ha soltado el canario, si abrimos se escapa con toda seguridad... Ahora creo que ya lo alcanza Sandoval.

Cuando la puerta fué abierta, el ayudante aun permanecía en pié sobre una silla, debajo de la jaula, mientras el pájaro cantaba alegremente balanceándose en la dorada anilla de su cárcel.



ROSARITO

---





## ROSARITO

---

Sentada ante uno de esos arcaicos veladores con tablero de damas, que tanta boga conquistaron en los comienzos del siglo, cabecea el sueño la anciana condesa de Cela: los mechones plateados de sus cabellos, escapándose de la toca de encajes, rozan con intermitencias desiguales los naipes alineados para un solitario. En el otro extremo del canapé, su nieta Rosarito mueve en silencio cuatro agujas de acero, de las cuales, antes que la velada termine, espera ver salir un botinin blanco con borlas azules, igual en todo á otro que la niña tiene sobre el regazo, y sólo aguarda al compañero para ir calzar los diminutos pies del futuro conde de Cela.— Aunque muy piadosas entrambas damas, es lo cierto que ninguna presta atención á la vida del Santo del día, que el capellán del Pazo lee en alta voz, encorvado sobre el velador, y calados los espejuelos de recia armazón dorada. De pronto Rosarito, levanta la cabeza, y se queda como abstraída, fijos los ojos en la puerta del jardín que se abre sobre



un fondo de ramajes oscuros y misteriosos: ¡no más misteriosos en verdad, que la mirada de aquella niña pensativa y blanca! Vista á la tenue claridad de la lámpara, con la rubia cabeza en divino escorzo; la sombra de las pestañas temblando en el marfil de la mejilla; y el busto delicado y gentil destacándose en penumbra incierta sobre la dorada talla, y el damasco azul celeste del canapé, Rosarito recordaba esas ingénuas madonas, pintadas sobre fondo de estrellas y luceros. La niña entorna los ojos, palidece, y sus labios agitados por temblor extraño dejan escapar un grito:

—¡Jesús!... ¡qué miedo!...

Interrumpe su lectura el clérigo; y mirándola por encima de los espejuelos, carraspea:

—¿Alguna araña, eh señorita?...

Rosarito mueve la cabeza.

—¡No señor, no!

Estaba muy pálida. Su voz, un poco velada, tenía esa inseguridad delatora del miedo y de la angustia. En vano por aparecer serena quiso continuar la labor que yacía en su regazo; las agujas temblaban demasiado entre aquellas manos pálidas, transparentes como las de una santa; manos místicas y ardientes, que parecían adelgazadas en la oración, por el suave roce de las cuentas del rosario.

Profundamente abstraída clavó las agujas en el brazo del canapé. Después con voz baja é íntima, cual si hablase consigo misma, balbuceó:

—¡Jesús! ¡qué cosa tan extraña!

Al mismo tiempo entornó los párpados, y cruzó las manos sobre el seno de cándidas y gloriosas lí-

neas: parecía soñar. El capellán la miró con extrañeza.

—¿Qué le pasa, señorita Rosario?

La niña entreabrió los ojos, y lanzó un suspiro:

—¿Diga, Don Benicio, será algún aviso del otro mundo?...

—¡Un aviso del otro mundo!... ¿Qué quiere usted decir?

Antes de contestar Rosarito dirigió una nueva mirada el misterioso y dormido jardín, á través de cuyos ramajes se filtraba la blanca luz de la luna, luego en voz débil y temblorosa murmuró:

—Hace un momento, juraría haber visto entrar por esa puerta á Don Juan Manuel...

—¿Don Juan Manuel señorita?... ¿Está usted segura?

—Sí; era él, y me saludaba sonriendo...

—¿Pero usted recuerda á Don Juan Manuel? Si lo menos hace diez años que está en la emigración.

—Me acuerdo Don Benicio como si le hubiese visto ayer. Era yo muy niña, y fui con el abuelo á visitarle en la cárcel de Santiago, donde le tenían preso por liberal. El abuelo le llamaba primo. Don Juan Manuel era muy alto; con el bigote muy retorcido; y el pelo blanco y rizado.

El capellán asintió:

—Justamente, justamente. A los treinta años tenía la cabeza más blanca que yo ahora. Sin duda, usted habrá oído referir la historia...

Rosarito juntó las manos.

—¡Oh! ¡Cuántas veces! El abuelo la contaba siempre.

Se interrumpió viendo enderezarse á la Condesa. La anciana señora miró á su nieta con severidad, y todavía mal despierta murmuró:

—¿Qué tanto tienes que hablar niña? Deja leer á Don Benicio.

Rosarito, roja de vergüenza, inclinó la cabeza, y se puso á mover las agujas de su labor. Pero Don Benicio, que no estaba en ánimo de seguir leyendo, cerró el libro y bajó los anteojos hasta la punta de la nariz.

—Hablábamos del famoso Don Juan Manuel, señora Condesa. Don Juan Manuel Montenegro, emparentado si no me engaño con la ilustre casa de los Condes de Cela...

La anciana le interrumpió.

—Y á donde han ido ustedes á buscar esa conversación. ¿También usted ha tenido noticia del herege de mi primo? Yo sé que está en el país, y que conspira. El cura de Cela, que le conoció mucho en Portugal, le ha visto en la feria de Barbazon, disfrazado de chalán.

Don Benicio se quitó los anteojos vivamente.

—¡Hum! He ahí una noticia. Y una noticia de las más extraordinarias. ¿Pero no se equivocaría el cura de Cela?...

La Condesa se encogió de hombros.

—¡Qué! ¿Lo duda usted? pues yo no. ¡Conozco harto bien á mi señor primo!

—Los años quebrantan las peñas, señora Condesa: cuatro anduve yo por las montañas de Navarra con el fusil al hombro, y hoy, mientras otros batan el cobre, tengo que contentarme con decir

á Dios en la misa, el triunfo de la santa causa.

Una sonrisa desdeñosa, asomó en la desdentada boca de la linajuda señora.

—¿Pero quiere usted compararse, Don Benicio?... Ciertamente que en el caso de mi primo, cualquiera se miraría antes de atravesar la frontera; pero esa rama de los Montenegros es de locos. Loco era mi tío Don José; loco es el hijo; y locos serán los nietos. Usted, habrá oído mil veces en casa de los curas, hablar de Don Juan Manuel, pues bien, todo lo que se cuenta, no es nada comparado con lo que este hombre ha hecho.

El clérigo repitió á media voz:

—Ya sé, ya sé... Tengo oído mucho. ¡Es un hombre terrible, un libertino, un masón!

La Condesa alzó los ojos al cielo y suspiró.

—¿Vendrá á nuestra casa? ¿Qué le parece á usted?

—¿Quién sabe? Conoce el buen corazón de la señora Condesa.

El capellán sacó del pecho de su levitón, un gran pañuelo á cuadros azules, y lo sacudió en el aire con suma parsimonia: después se limpió la calva.

—¡Sería una verdadera desgracia! Si la señora atendiese mi consejo, le cerraría la puerta.

Rosarito lanzó un suspiro. Su abuela la miró severamente, y se puso á repiquetear con los dedos en el brazo del canapé.

—Eso se dice pronto, Don Benicio. Está visto que usted no le conoce. Yo le cerraría la puerta,

y él la echaría abajo. Por lo demás tampoco debo olvidar que es mi primo.

Rosarito alzó la cabeza. En su boca de niña, temblaba la sonrisa pálida de los corazones tristes, y en el fondo misterioso de sus pupilas, brillaba una lágrima rota. De pronto lanzó un grito. Parado en el umbral de la puerta del jardín, estaba un hombre de cabellos blancos, estatura gentil y talle todavía arrogante y erguido.

Don Juan Manuel Montenegro podría frisar en los sesenta años. Tenía ese hermoso y varonil tipo suevo tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega. Era el mayorazgo de una familia antigua y linajuda, cuyo blasón lucía dieciseis cuarteles de nobleza, y una corona real en el jefe. Don Juan Manuel, con gran escándalo de sus deudos y allegados, al volver de su primera emigración hiciera picar las armas que campeaban sobre la puerta de su Pazo solariego, un caserón antiguo y ruinoso, mandado edificar por el mariscal Montenegro, que figuró en las guerras de Felipe V y fué el más notable de los de su linaje. Todavía se conserva en el país memoria de aquel señorón excéntrico, déspota y cazador, beodo y hospitalario.—Don Juan Manuel á los treinta años había malbaratado su patrimonio. solamente conservó las rentas y tierras de vínculo, el Pazo, y una capellanía, todo lo cual apenas le daba para comer. Entonces empezó su vida de conspirador y aventurero; vida tan llena de riesgos y azares, como la de aquellos segundones hidalgos, que se

enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Liberal aforrado en masón, fingía gran menosprecio por toda suerte de timbres nobiliarios, lo que no impedía que fuese altivo y cruel como un árabe noble. Interiormente sentíase orgulloso de su abolengo, y pese á su despreocupación dantoniana, placíale referir la leyenda heráldica que hace descender á los Montenegros, de una emperatriz alemana. Creíase emparentado con las más nobles casas de Galicia, y desde el Conde de Ceta al de Altamira, con todos se igualaba, y á todos llamaba primos, como se llaman entre sí los reyes. En cambio despreciaba á los hidalgos sus vecinos y se burlaba de ellos sentándolos á su mesa, y haciendo sentar á sus criados. Era cosa de ver á Don Juan Manuel erguirse cuan alto era, con el vaso desbordante, gritando con aquella engolada voz de gran señor, que ponía asombro en sus huéspedes:

—En mi casa señores todos los hombres son iguales. Aquí es ley la doctrina del filósofo de Judea.

Don Juan Manuel era uno de esos locos de buena vena, con maneras de gran señor, ingenio de coplero, y aientos de pirata. Bullía de continuo en él una desesperación sin causa ni objeto; tan pronto arrebatada como burlona; ruidosa como sombría. Atribuíansele cosas verdaderamente extraordinarias. Cuando volvió de su primera emigración, encontróse hecha la leyenda. Los viejos liberales partidarios de Riego, contaban que le había blanqueado el cabello desde una senten-

cia de muerte, tuviérale tres días en capilla, de la cual consiguiera fugarse por un milagro de audacia: pero las damiselas de su provincia, abuelas hoy que todas suspiran, cuando recitan á sus nietas los versos de «El Trovador», referían algo mucho más hermoso... Pasaba esto en los buenos tiempos del romanticismo, y fué preciso suponerle víctima de trágicos amores. ¡Cuántas veces oyera Rosarito en la tertulia de sus abuelos, la historia de aquellos cabellos blancos! Contábala siempre su tía la de Camarasa,—una señorita cincuentona que leía novelas con el ardor de una colegiala, y todavía cantaba en los estrados aristocráticos de Brumosa melancólicas tonadas del año treinta. Amada de Camarasa conociera á Don Juan Manuel en Lisboa, cuando las bodas del Infante Don Miguel. Era ella una niña, y habíale quedado muy presente la sombría figura de aquel emigrado español de erguido talle y ademán altivo, que todas las mañanas se paseaba con el poeta Espronceda en el atrio de la catedral, y no daba un paso sin golpear fieramente el suelo, con la contera de su caña de Indias. Amada de Camarasa no podía menos de suspirar, siempre que hacía memoria de los alegres años pasados en Lisboa. ¡Quizá volvía á ver con los ojos de la imaginación, la figura de cierto hidalgo lusitano de moreno rostro y amante labia, que había sido la única pasión de su juventud!...

¡Pero esta es otra historia, que nada tiene que ver con la de Don Juan Manuel'

El mayorazgo se había detenido en medio de la espaciosa sala, y saludaba encorvando su aventajado talle, aprisionado en largo levitón.

—Buenas noches Condesa de Cela. ¡He aquí á tu primo Montenegro que viene de Portugal!

Su voz, al sonar en medio del silencio de la anchurosa y obscura sala del Pazo, parecía más poderosa y más hueca. La Condesa sin manifestar extrañeza, repuso con desabrimiento:

—Buenas noches, señor mío.

Don Juan Manuel se atusó el bigote, y sonrió, como hombre acostumbrado á tales desvíos y que los tiene en poco.—De antiguo recibíasele de igual modo en casa de todos sus deudos y allegados, sin que nunca se le antojara tomarlo á pecho: contentábase con hacerse obedecer de los criados, y manifestar hacia los amos cierto desdén de gran señor. Era de ver como aquellos hidalgos campesinos que nunca habían salido de sus madrigueras, concluían por humillarse ante la postura caballeresca y la engolada voz del viejo libertino, cuya vida de conspirador, llena de azares desconocidos, ejercía sobre ellos el poder sugestivo de lo tenebroso.

Don Juan Manuel acercóse rápido á la Condesa y tomóle la mano, con el aire á un tiempo cortés y familiar:

—Espero, prima, que me darás hospitalidad por una noche.

Así diciendo, con empaque de viejo gentil hombre, arrastró un pesado sillón de moscovia, y tomó asiento al lado del canapé. En seguida, y sin esperar respuesta, volvióse á Rosarito. ¡Acaso había sen-



tido el peso magnético de aquella mirada que tenía la curiosidad de la virgen y la pasión de la mujer! Puso el emigrado una mano sobre la rubia cabeza de la niña, obligándola á levantar los ojos, y con esa cortesanía exquisita y simpática de los viejos que han amado y galanteado mucho en su juventud, pronunció á media voz—¡la voz honda y triste, con que se recuerda el pasado!

—Tú no me reconoces ¿verdad hija mía? pero yo sí; te reconocería en cualquier parte... ¡Te pareces tanto á una tía tuya, hermana de tu abuelo, á la cual ya no has podido conocer!... ¿Tú te llamas Rosarito, verdad?

—Si señor...

Don Juan Manuel se volvió á la Condesa.

—¿Sabes, prima, que es muy linda la pequeña? Y moviendo la plateada y varonil cabeza, continuó cual si hablase consigo mismo:

—¡Demasiado linda quizá para que pueda ser feliz!...

La Condesa, halagada en su vanidad de abuela, repuso con benignidad, mirando y sonriendo á su nieta:

—No me la trastornes primo. ¡Sea ella buena, que el que sea linda es cosa de bien poco!...

El emigrado asintió con un gesto sombrío y teatral. Quedóse algún tiempo contemplando á la niña y luego enderezándose en el sillón preguntó á la Condesa:

—¿Es la mayorazga?

—No. A última hora ocurrióse... su mamá encargó un infantito á Pekin...

Y la noble señora, señalaba sonriendo el botín de estambre en que trabajaba su nieta. La niña con las mejillas encendidas y los ojos bajos, movía las agujas temblorosa y torpe. ¿Adivinó el viejo libertino lo que pasaba en aquella alma tan pura? ¿Tenía él, como todos los grandes seductores esa intuición misteriosa que lee en lo íntimo de los corazones y conoce las horas propicias al amor? Ello es que una sonrisa de increíble audacia tembló un momento bajo el mostacho blanco del hidalgo y que sus ojos verdes,—soberbios y desdeñosos como los de un tirano ó de un pirata,—se posaron con gallardía donjuanesca sobre aquella cabeza melancólicamente inclinada que con su crencha de oro, partida por estrecha raya, tenía cierta castidad prerrafaélica. Pero la sonrisa y la mirada del emigrado, fueron relámpagos por lo siniestras y por lo fugaces. Recobrada incontinenti su actitud de gran señor, Don Juan Manuel se inclinó ante la Condesa.

—Perdona prima, que todavía no te haya preguntado por el Conde.

La anciana suspiró levantando los ojos al cielo.

—¡Ay! ¡El Conde lo es desde hace mucho tiempo mi hijo Pedro!...

El mayorazgo se enderezó en el sillón, dando con la contera de su caña en el suelo.

—¡Vive Dios! En la emigración nunca se sabe nada. Apenas llega una noticia... ¡Pobre amigo! ¡pobre amigo!... ¡No somos más que polvo!...

Frunció las cejas y apoyándose á dos manos en

el puño de oro de su bastón, añadió con fanfarronería:

—Si antes lo hubiese sabido, créeme que no tendría el honor de hospedarme en tu palacio.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca me has querido bien. ¡En eso eres de la familia!

La noble señora, sonrió tristemente.

—Tú eres el que has renegado de todos. ¿Pero á qué viene recordar ahora eso? Cuenta has de dar á Dios de tu vida, y entonces...

Don Juan Manuel se inclinó con sarcasmo:

—Te juro Condesa, que, como tenga tiempo, he de arrepentirme.

El capellán que no había desplegado los labios repuso afablemente,—afabilidad que le imponía el miedo á la cólera del hidalgo:

—Volterianismos Don Juan Manuel... Volterianismos que después en la hora de la muerte...

Don Juan Manuel no contestó. En los ojos de Rosarito acababa de leer un ruego tímido y ardiente á la vez. El viejo libertino miró al clérigo de alto á bajo, y volviéndose á la niña, que temblaba, contestó sonriendo:

—¡No temas, hija mía! Si no creo en Dios, amo á los ángeles...

El clérigo, en el mismo tono conciliador y franco, volvió á repetir:

—¡Volterianismos Don Juan Manuel!... ¡Volterianismos de la Francia!...

Intervino con alguna brusquedad la Condesa,

á quien lo mismo las impiedades que las galan-  
terías del emigrado inspiraban vago terror.

—¡Dejémosle Don Benicio! Ni él ha de conven-  
cernos ni nosotros á él...

Don Juan Manuel sonrió con exquisita ironía.

—¡Gracias prima, por la ejecutoria de firmeza  
que das á mis ideas, pues ya he visto cuanta  
es la elocuencia de tu capellán!

La Condesa sonrió fríamente con el borde de  
los labios, y dirigió una mirada autoritaria al clé-  
rigo para imponerle silencio. Después, adoptando  
esa actitud seria y un tanto melancólica con que  
las damas del año treinta se retrataban, y reci-  
bían en el estrado á los caballeros, murmuró:

—¡Cuando pienso en el tiempo que hace que no  
nos hemos visto!... ¿De dónde sales ahora? ¿Qué  
nueva locura te trae? ¡Los emigrados no descansáis  
nunca!...

—Pasaron ya mis años de pelea Condesa... Ya  
no soy aquel que tú has conocido. Si he atrave-  
sado la frontera, ha sido únicamente, para traer  
socorros á la huérfana de un pobre emigrado,  
á quien asesinaron los estudiantes de Coimbra.  
Cumplido este deber me vuelvo á Portugal.

—¡Si es así, que Dios te acompañe!...

Un antiguo reloj de sobremesa, dió las diez.  
Era de plata dorada, y de gusto pesado y barroco,  
como obra del siglo XVIII. Representaba á Baco  
coronado de pámpanos y dormido sobre un tonel.  
La Condesa contó las horas en voz alta, y volvió  
al asunto de su conversación.

—Yo sabía que habías pasado por Brumosa, y

que después estuvieras en la feria de Barbanzón vestido de chalán. Mis noticias eran de que conspirabas.

—Ya sé que eso se ha dicho.

—A tí se te juzga capaz de todo, menos de ejercer la caridad como un apóstol...

Y la noble señora sonreía con alguna incredulidad. Después de un momento añadió bajando insensiblemente la voz:

—¡Es el caso, que no debes tener la cabeza muy segura sobre los hombros!

Y tras la máscara de frialdad con que quiso revestir sus palabras, asomaban el interés y el afecto. Don Juan Manuel repuso en el mismo tono confidencial, paseando la mirada por la sala:

—¡Ya habrás comprendido que vengo huyendo! Necesito un caballo, para repasar mañana mismo la frontera.

—¿Mañana?

—Mañana.

La Condesa reflexionó un momento.

—¡Es el caso, que no tenemos en el Pazo ni una mala montura!...

Y como observase que el emigrado fruncía el ceño, añadió:

—Haces mal en dudarlo. Tú mismo puedes bajar á la cuadra y verlo. Hará cosa de un mes, pasó por aquí haciendo una requisa, la partida de «El Manco» y se llevó las dos yeguas que teníamos. No he querido volver á comprar, porque me exponía á que se repitiese el caso el mejor día.

Don Juan Manuel la interrumpió:

—¿Y no hay en la aldea quien preste un caballo á la Condesa de Cela?

A la pregunta del mayorazgo siguió un momento de silencio. Todas las cabezas se inclinaban y parecían meditar.—Rosarito que con las manos en cruz, y la labor caída en el regazo, estaba sentada en el canapé al lado de la anciana, suspiró tímidamente:

—Abuelita, el Sumiller tiene un caballo que no se atreve á montar.

Y con el rostro cubierto de rubor; entreabierta la boca de madona; y el fondo de los ojos misterioso y cambiante, Rosarito se estrechaba á su abuela cual si buscase amparo en un peligro. Don Juan Manuel la infundía miedo; pero un miedo sugestivo y fascinador. Quisiera no haberle conocido, y el pensar en que pudiera irse la entristecía. Aparecíasele como el héroe de un cuento medroso y bello cuyo relato se escucha temblado, y sin embargo cautiva el ánimo hasta el final, con la fuerza de un sortilegio.—Oyendo á la niña, el emigrado sonrió con caballeresco desdén, y aun hubo de atusarse el bigote suelto y bizarramente levantado sobre el labio. Su actitud era ligeramente burlona.

—¡Vive Dios! Un caballo que el Sumiller no se atreve á montar casi debe ser un Bucéfalo. ¡He ahí, queridas mías, el corcel que me conviene!

La Condesa movió distraidamente algunos naipes del solitario, y al cabo de un momento, como si el pensamiento y la palabra le viniesen de muy lejos, se dirigió al capellán.

—Don Benicio, será preciso que vaya usted á la rectoral, y hable con el Sumiller.

Don Benicio repuso volviendo las hojas de «El Año Cristiano».

—Yo haré lo que disponga la señora Condesa, pero salvo su mejor parecer, el mío es que más atendida había de ser una carta de vucencia.

Aquí levantó el clérigo la tonsurada cabeza, y al observar el gesto de contrariedad con que la dama le escuchaba se apresuró á decir:

—Permítame señora Condesa que me explique. El día de San Miguel fuimos juntos de caza. Entre el Sumiller y el abad de Cela, que se nos reunió en el monte, hiciéronme una jugarreta del demonio. Todo el día estuviéronse riendo. ¡Con sus sesenta años acuestas los dos tienen el humor de unos rapaces!—Si me presento ahora en la Rectoral pidiendo el caballo por seguro que lo toman á burla. ¡Es un raposo muy viejo el señor Sumiller!

Rosarito murmuró con anhelo al oído de la anciana.

—Abuelita, escríbale usted..

La mano trémula de la Condesa acarició la rubia cabeza de su nieta.

—¡Ya hija mía!...

¡Y la Condesa de Cela que nacía tantos años estaba amagada de parálisis, irguióse sin ayuda, y, precedida del capellán, atravesó la sala, noblemente inclinada sobre su muleta!—una de esas muletas como se ven en los santuarios, con cojín de terciopelo carmesí guarnecido por clavos de plata.

Del fondo obscuro del jardín, donde los grillos daban serenata, llegaban murmullos y aromas. El vientecillo gentil que los traía, estremecía los arbustos sin despertar los pájaros que dormían en ellos. A veces el follaje, misterioso como la túnica de una diosa, se abría susurrando, y penetraba el blanco rayo de la luna, que se quebraba en algún asiento de piedra, oculto hasta entonces en sombra clandestina.—El jardín cargado de aromas, y aquellas notas de la noche, impregnadas de voluptuosidad y de pereza, y aquel rayo de luna, y aquella soledad, y aquel misterio, traían como una evocación romántica de citas de amor, en siglos de trovadores.

Don Juan Manuel se levantó del sillón, y, vencido por una distracción extraña, comenzó á pasearse entenebrecido y taciturno. Temblaba el piso bajo su andar marcial, y temblaban las arcaicas consolas, que parecían altares con su carga rocosa de efigies, fanales y floreros.—Los ojos de la niña, seguían miedosos é inconscientes, el ir y venir de aquella sombría figura: si el emigrado se acercaba á la luz, no se atrevían á mirarle; si se desvanecía en la penumbra, le buscaban con ansia. Don Juan Manuel se detuvo en medio de la estancia. Rosarito bajó los párpados presurosa. Sonrióse el mayorazgo contemplando aquella rubia y delicada cabeza, que se inclinaba como lirio de oro, y después de un momento llegó á decir:



—¡Mírame, hija mía! ¡Tus ojos, me recuerdan otros ojos, que han llorado mucho por mí!

Tenía Don Juan Manuel los gestos trágicos, y las frases siniestras y dolientes de los seductores románticos. En su juventud había conocido á lord Byron y la influencia del poeta inglés fuera en él decisiva.

Las pestañas de Rosarito rozaron la mejilla con tímido aleteo, y permanecieron inclinadas como las de una novicia. El emigrado sacudió la blanca cabellera, ¡aquella cabellera cuya novelesca historia tantas veces recordara la niña durante la velada! y fué á sentarse en el canapé.

—Si viniesen á prenderme ¿tú qué harías? ¿Te atreverías á ocultarme en tu alcoba? ¡Una abadesa de San Payo, salvó así la vida á tu abuelo!...

Rosarito no contestó. Ella tan inocente, sentía el fuego del rubor en toda su carne. El viejo libertino la miraba intensamente, cual si solo buscase el turbarla más. La presión de aquellos ojos verdes era á un tiempo sombría y fascinadora, inquietante y audaz: dijérase que infiltraban el amor como un veneno, que violaban las almas, y que robaban los besos á las bocas más puras. Después de un momento, añadió con amarga sonrisa:

—Escucha lo que voy ha decirte. Si viniesen á prenderme, yo me haría matar. ¡Mi vida ya no puede ser ni larga ni feliz, y aquí, tus manos piadosas me amortajarían!...

Cual si quisiera alejar sombríos pensamientos agitó la cabeza, con movimiento varonil y hermoso, y echó hacia atrás los cabellos que obscurecían su

frente, una frente altanera y desguarnida, que parecía encerrar todas las exageraciones y todas las demencias, lo mismo las del amor que las del odio, las celestes que las diabólicas...

Rosarito murmuró casi sin voz:

—¡Yo haré una novena á la Virgen para que le saque á usted con bien de tantos peligros!...

Una onda de indecible compasión la ahogaba, con ahogo dulcísimo. Sentíase presa de confusión extraña; pronta á llorar, no sabía si de ansiedad, si de pena, si de ternura; conmovida hasta lo más hondo de su sér, por conmoción obscura, hasta entonces ni gustada ni presentida. El fuego del rubor quemábale las mejillas; el corazón quería saltársele del pecho; un nudo de divina angustia oprimía su garganta, escalofríos misteriosos recorrían su carne. Temblorosa, con el temblor que la proximidad del hombre infunde en las vírgenes quiso huir de aquellos ojos hipnóticos y dominadores que la miraban siempre, pero el sortilegio resistió. El emigrado la retuvo con un extraño gesto, tiránico y amante, y ella llorosa, vencida, cubrióse el rostro con las manos ¡aquellas hermosas manos de novicia pálidas, místicas, ardientes!

Casi en el mismo instante, la Condesa apareció en la puerta de la estancia, donde se detuvo jadeante y sin fuerzas.

—¡Rosarito, hija mía, ven á darme el brazo!...

Con la muleta apartaba el blasonado portier.

Rosarito se limpió los ojos, y acudió velozmente. La noble señora apoyó la diestra blanca y tem-



blona, en el hombro de su nieta, y cobró aliento en un suspiro:

—¡Allá vá camino de la rectoral ese bienaventurado de Don Benicio!...

Después sus ojos buscaron al emigrado.

—¿Tú, supongo que hasta mañana no te pondrás en camino? Aquí estás seguro como no lo estarías en parte ninguna.

En los labios de Don Juan Manuel asomó una sonrisa de hermoso desdén. La boca de aquel hidalgo aventurero reproducía el gesto con que los grandes señores de otros tiempos desafiaban la muerte. Don Rodrigo Calderón debió sonreír así sobre el cadalso.

La Condesa dejándose caer en el canapé añadió con suave ironía:

—He mandado disponer la habitación, en que, según las crónicas, vivió Fray Diego de Cádiz cuando estuvo en el Pazo. Paréceme que la habitación de un Santo es la que mejor conviene á vuesa mercé...

Y terminó la frase con una sonrisa. El mayoralgo se inclinó mostrando asentimiento burlón. Pasado un momento exclamó con cierta violencia:

—¡Diez leguas he andado por cuetos y vericuetos, y estoy más que molido, Condesa!

Don Juan Manuel se había puesto en pié. La Condesa le interrumpió murmurando:

—¡Válgate Dios con la vida que traes! Pues es menester recogerse, y cobrar fuerzas para mañana.

Después, volviéndose á su nieta, añadió:

—Tú le alumbrarás, y enseñarás el camino, pequeña.

Rosarito asintió con la cabeza, como hacen los niños tímidos, y fué á encender uno de los candelabros que había sobre la gran consola situada en frente del estrado. Trémula como una desposada se adelantó hasta la puerta, donde hubo de esperar á que terminase el coloquio que el mayorazgo y la condesa sostenían en voz baja. Rosarito apenas percibía un vago murmullo. Suspirando apoyó la cabeza en el marco, y entornó los párpados. Sentíase presa de una turbación llena de palpitaciones tumultuosas y confusas. En aquella actitud de cariátide parecía figura ideal, detenida en el lindar de la otra vida. Estaba tan pálida y tan triste, que no era posible contemplarla un instante, sin sentir anegado el corazón por la idea de la muerte...

Su abuela la llamó:

—¿Qué te pasa pequeña?

Rosarito por toda respuesta abrió los ojos, sonriendo tristemente. La anciana movió la cabeza con muestra de disgusto, y se volvió á Don Juan Manuel:

—A tí aun espero verte mañana. El capellán nos dirá la misa de alba en la capilla, y quiero que la oigas...

El mayorazgo se inclinó, como pudiera hacerlo ante una reina. Después, con aquel andar altivo y soberano, que tan en consonancia estaba con la índole de su alma, atravesó la sala. Cuando

el portier cayó tras él, la Condesa de Ceta tuvo que enjugarse algunas lágrimas.

—¡Que vida Dios mío! ¡que vida!...

La sala del Pazo,—aquella gran sala adornada con cornucopias y retratos de generales, de damas y obispos,—yace sumida en trémula penumbra. La anciana Condesa dormita en el canapé. Encima del velador parecen hacer otro tanto el bastón del mayorazgo, y la labor de Rosarito. Tropel de fantasmas se agita entre los cortinones espesos. ¡Todo duerme!—Mas hé ahí, que de pronto la Condesa abre los ojos, y los fija con sobresalto en la puerta del jardín. Imagínase haber oído un grito en sueños, uno de esos gritos de la noche, inarticulados y por demás medrosos. Con la cabeza echada hácia delante, y el ánimo acobardado y suspenso, permanece breves instantes en escucha... ¡Nada! El silencio es profundo. Solamente turba la quietud de la estancia, el latir acompasado y menudo de un reloj, que brilla en el fondo apenas esclarecido...

La Condesa ha vuelto á dormirse.

Un ratón sale de su escondite y atraviesa la sala con gentil y vivaz trotecillo. Las cornucopias le contemplan desde lo alto: parecen pupilas de monstruos ocultos en los rincones oscuros. El reflejo de la luna penetra hasta el centro del salón: los daguerreotipos centellean sobre las consolas, apoyados en los jarrones llenos de rosas. Por intervalos se escucha la voz aflautada y doliente

de un sapo que canta en el jardín. Es la media noche, y la luz de la lámpara agoniza.

La Condesa se despierta, y hace la señal de la cruz.

De nuevo ha oído un grito, pero esta vez tan claro, tan distinto que ya no duda. Requiere la muleta, y en actitud de incorporarse escucha. Un gatazo negro, encaramado en el respaldo de una silla, acéchala con ojos lucientes. La Condesa siente el escalofrío del miedo. Por escapar á esta obsesión de sus sentidos, se levanta, y sale de la estancia. El gatazo negro la sigue maullando lastimeramente: su cola fosca, su lomo enarcado, sus ojos fosforescentes, le dan todo el aspecto de un animal embrujado y macabro. El corredor es obscuro. El golpe de la muleta resuena como en la desierta nave de una iglesia. Allá al final, una puerta entornada deja escapar un rayo de luz...

La Condesa de Cela llega temblando.

La cámara está desierta, parece abandonada. Por una ventana abierta, que cae al jardín, alcánzase á ver en esbozo fantástico masas de árboles que se recortan sobre el cielo negro y estrellado: la brisa nocturna estremece las bujías de un candelabro de plata, que lloran sin consuelo en las doradas arandelas: aquella ventana abierta sobre el jardín misterioso y obscuro, tiene algo de evocador y sugestivo. ¡Parece que alguno acaba de huir por ella!...

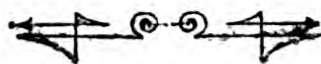
La Condesa se detiene, paralizada de espanto.

En el fondo de la estancia, el lecho de palo santo, donde durmiera cien años antes Fray Diego

de Cádiz, dibuja sus líneas rígidas y severas á través de luengos cortinajes de damasco antiguo, ese damasco carmesí que parece tener algo de litúrgico ¡tanto recuerda los viejos pendones parroquiales! A veces una mancha negra pasa corriendo sobre el muro: tomaríasela por la sombra de un pájaro gigantesco: se la ve posarse en el techo y deformarse en los ángulos; arrastrarse por el suelo y esconderse bajo las sillas: de improviso, presa de un vértigo funambulesco, otra vez salta al muro, y galopa por él como una araña...

La Condesa cree morir.

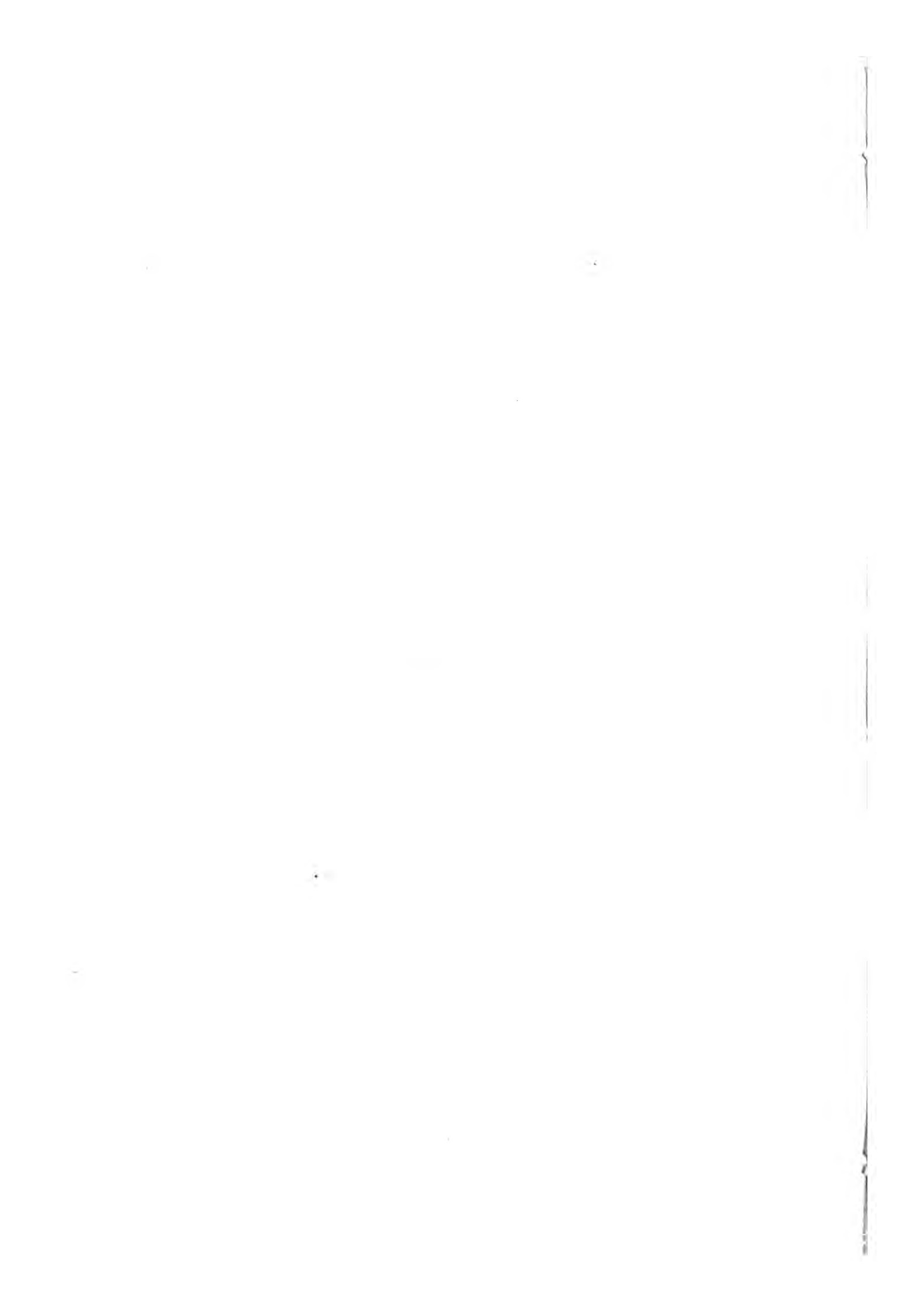
En aquella hora, en medio de aquel silencio, el rumor más leve acrecienta su alucinación. Un mueble que cruje; un gusano que carcome en la madera; el viento que se retuerce en el mainel de las ventanas, todo tiene para ella entonaciones trágicas ó pavorosas. Encorvada sobre la muleta, tiembla con todos sus miembros. Se acerca al lecho; sapa las cortinas, y mira... ¡Oh Dios!... ¡Rosarito está allí!... inanimada, yerta, blanca! Dos lágrimas humedecen sus mejillas. Los ojos tienen la mirada fija y aterradora de los muertos. ¡Por su corpiño blanco corre un hilo de sangre!... El alfilerón de oro que momentos antes aun sujetaba la trenza de la niña, está bárbaramente clavado en su pecho, sobre el corazón. La rubia cabellera extiéndese por la almohada trágica, magdalénica!...

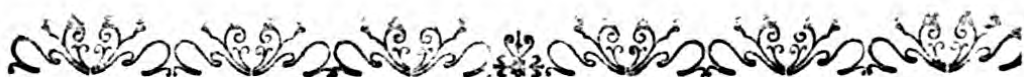


AUGUSTA









# AUGUSTA

---

## I

—¡Oh, siempre aparece en tí el poeta, gran señor!  
Y Augusta verdaderamente encantada, volvió á leer la dedicatoria, un tanto dorevillesca, que el príncipe Attilio Bonaparte acababa de escribir para ella en la última página de los «Salmos Paganos» — ¡aquellos versos de amor y voluptuosidad que primero habían sido salmos de besos en los labios de la gentil amiga!

—¡Eres encantador!... ¡Eres el único!... ¡Nadie como tú sabe decir las cosas! ¿De veras son estos tus versos? ¡Yo quiero que seas el primer poeta del mundo! ¡Tómalos! ¡tómalos! ¡tómalos!...

Y Augusta le besaba con gracioso aturdimiento, entre frescas y cristalinas risas. Era su amor, alegría erótica y victoriosa, sin caricias lánguidas, sin decadentismos anémicos, pálidas flores del boulevard. Ella sentía por el poeta esa pasión que aroma la segunda juventud, con fragancias de ge-

nerosa y turgente madurez. Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor de matrona lozana y ardiente, amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus, amor pagano, limpio de rebeldías castas, impoluto de los escrúpulos que entristecen la sensualidad, sin domoñarla. Amaba con el culto olímpico y potente de las diosas desnudas, sin que el cilicio de la moral atarazase su carne blanca, de blanca realeza, que cumplía la divina ley del sexo, soberana y triunfante, como los leones y las panteras en los bosques de Tierra Caliente.

Augusta susurró al oído del poeta:

—Mañana llega mi marido, y tendremos que vernos de otra manera, Attilio.

Una sonrisa desdeñosa tembló bajo el enhiesto mostacho del galán.

—Dejémosle llegar, madona.

Harto sabía el príncipe que el buen caballero D. Juan del Alcázar, académico rancio y poeta cortesano, era el más sesudo despreciador de Otelo. Si el príncipe admiraba al erudito traductor de Horacio y de Virgilio, no era ciertamente por los sonetos fríos y engolados con que Don Juan lamentaba todos los años en la Ilustración la muerte de los ideales; sino por aquella filosofía cínica, que á ser más consciente y haber revestido forma literaria, hubiérale labrado un sitial entre Carlos Baudelaire y Enrique Heine.

Augusta hizo un mohín de enfado.

—¿De manera que para tí no es una contrariedad que llegue mañana mi casto esposo?

Y cambiando repentinamente de voz y de ademanes, se echó á reir, con risa picaresca y alocada.

—Pues hijo, para mí tampoco. ¡Si hasta creo que tendremos más libertad! El es muy aficionado á dar paseos largos; le haremos que se lleve á la chiquilla, y nosotros quedaremos dueños absolutos de hacer cuanto queramos.

—¿Y qué diablos tenemos que hacer nosotros madona?

—Ya te lo diré yo...

Y alzando las holgadas mangas de su traje, enlazó al cuello del poeta los brazos desnudos, tibios, perfumados, blancos.

Las relaciones de Augusta con el príncipe Bonaparte habían nacido aquel invierno en un banquete con que los duques de Lantana—título de las Dos Sicilias—celebraran la llegada á Madrid de su deudo el príncipe Attilio Bonaparte, que acababa de ser nombrado secretario de la embajada italiana. Desde el primer momento, Augusta sintió la seducción del poeta, y el capricho de amarle y de poseerle. Con la gallarda insolencia de su temperamento, fué ella quien le buscó. No hubo ese largo y sutil flirteo que prepara la caída; como todas las adúlteras, sin remordimientos, deseaba entregarse y se entregó. Estaba loca por aquel poeta galante y gran señor, que cincelaba sus versos con el mismo buril que cincelara Benvenuto las ricas y floreadas copas de oro, donde el magnífico Duque de Médicis bebía el securo y el falerno, ¡los vinos clásicos que amaba el viejo Horacio! Fué el primer amor, porque fué dis-

tinto de sus otros amores. Todos los hombres que Augusta conociera hasta entonces, aun aquellos más escépticos, hubieran querido convertirla en una madona prerrafaélica. El príncipe fué el único que supo celebrar el candor cínico y lujuriente con que la dama encantaba sus amores ¡aquellas divinas inmoralidades de que Augusta solamente hacía cumplido alarde en las confidencias con las amigas, porque hay ciertas cosas que sólo ellas y los confesores saben oirlas sin asustarse!

El príncipe veía en Augusta la musa de los «Salmos Paganos»; la amaba con el amor del arte y el amor del libertinaje; dualismo comprensible en quien se mostraba como poeta, griego y bizantino, romano y bárbaro; alma extraña, que si rezase buscaría á Cristo en el Olimpo, y á Júpiter en el cielo. Tan original modo de ser constituye el mayor encanto de los «Salmos Paganos»; el poeta se retrata en ellos; leyendo ciertas estrofas, se tiene como una visión de aquella frente clásica y coronada de rizos, de aquella boca sensual que sonríe con desdén, de aquellos ojos dorados y valientes, ojos de aristócrata y de libertino. Merced á esta doble naturaleza de artista y de patricio, el príncipe Bonaparte es de todos los modernos poetas italianos el que mejor encarna la tradición erótica y cortesana del renacimiento fiorentino: los «Salmos Paganos» y las «Letanías Galantes» son libros que parecen escritos sobre la espalda blanca y tornatil de una princesa apasionada y artista, envenenadora y cruel. La musa del poeta es libertina y sensual, sardónica y des-

deñosa: la sonrisa de Mefistófeles bajo el mostacho retorcido y fanfarrón de Don Juan. El príncipe Attilio parece haber respirado el aroma voluptuoso de sus estrofas en los orientales camerinos del Palacio Borgia, en los verdes y floridos laberintos del Jardín de Bobolí. El poeta deshoja las rosas de Alejandría sobre la nieve de divinas desnudeces; ebrio como un dios, y coronado de pámpanos, bebe en la copa blanca de las magnolias, el vino alegre y dorado que luego en repetidos besos vierte en la boca roja y húmeda de Venus Turbulenta.

## II

El príncipe rodeó el talle de Augusta; Augusta se colgó de sus hombros: con calentura de amor, fueron á caer sobre un diván morisco. De pronto la dama se incorporó jadeante.

—¡Ahora no, Attilio!... ¡Ahora no!...

Se negaba y resistía con ese instinto de las hembras que quieren ser brutalizadas cada vez que son poseídas. Era una bacante que adoraba el placer con la epopeya primitiva de la violación y de

la fuerza. El príncipe se puso en pie: clavó la mirada en Augusta, y tornó á sentarse, mostrando solamente su despecho en una sonrisa patricia.

—¡Gracias, madona!... ¡Gracias!

—¿Te has enojado?... ¡Qué chiquillo eres! Si lo hago por la ilusión que me produce el verte así. ¡Todas las pruebas de que te gusto me parecen pocas!

Y graciosa y desenvuelta corrió á los brazos del galán.

—Caballero, béseme usted para que le perdone.

Quiso el príncipe obedecerla, y ella, huyendo velozmente la cabeza, exclamó:

—Ha de ser tres veces: la primera en la frente la segunda en la boca, y la tercera de libre elección.

—Todas de libre elección.

La voz del poeta tenía ese trémolo enronquecido, donde, aun las mujeres más castas adivinan el pecado fecundo, hermoso como un dios. Breves momentos permanecieron silenciosos los dos amantes: Augusta, viendo las pupilas del príncipe que se abrían sobre las suyas, tuvo un apasionado despertar:

—¡Qué ojos tan bonitos tienes! A veces parecen negros, y son dorados, muy dorados. ¡Cuánto me gusta mirarme en ellos!

Y con los brazos enlazados al cuello del poeta, echaba atrás la cabeza para contemplarle.

—¡Oh traidorcillos, á cuántos miraréis! ¡Ojos míos queridos!... Quisiera robártelos y tenerlos guardados en un cofre de plata con mis joyas!

El príncipe Attilio sonrió.

—¡Róbamelos, madona! Veré con los tuyos.

—¡Embusterísimo!

—¡Preciosa!

Inclinóse el príncipe, y la dama juntó los labios esperando... Después entornó las pestañas con feliz desmayo, y pronunció sin desunir ya las bocas:

—¡Hoy no has de hacerme sufrir! ¿no?

El príncipe respondió en voz muy baja con ardiente susurro:

—¡No, mi amor querido!

Augusta parpadeaba estremecida y dichosa; cobró aliento en largo suspiro y apoyó la frente en el hombro del poeta.

—¡Ay!... ¡Cuántísimo nos queremos!... ¿Sabes lo que estoy pensando, Attilio?... Cuando volvamos á Madrid quiero que todos cuantos me han hecho la corte, sin conseguir nada, sepan que soy tu querida.

El príncipe la miró sin contestar. Ella entonces insistió mimosa:

—¡Jamás te halaga nada de lo que te digo!

—¡Qué loca eres, Augusta!

—¡No, no, pero te quiero tanto! En vez de ser una señora casada, quisiera ser una prójima cualquiera, para cometer por tí muchas, muchísimas locuras!... No viviría contigo, eso no. Me apañaría con un viejo rico... ¿Tú sabes de algún senador inválido de la política y de lo otro?...

—¿Para qué, madona?

—Para que nos sostenga á tí y á mí.



Esta vez el príncipe acabó por celebrar los delirios plebeyos de aquella «Venus Bulevardista», que reía tendiéndose sobre el diván, mostrando en divino escorzo la garganta desnuda, y el blanco y perfumado nido del escote. Sobre la alfombra yacían los «Salmos Paganos»—¡aquellos versos de amor y voluptuosidad que primero habían sido salmos de besos en la alcoba!...

### III

De pronto, Augusta se incorporó sobresaltada. Una mano en cuyos dedos blancos brillaban las sortijas, alzaba el cortinaje que caía en majestuosos pliegues sobre la puerta del salón. Augusta se inclinó para recoger el libro que yacía al pie del diván: helada y prudente, murmuró en voz baja:

—¡Ahí está mi hija! Arréglate el bigote.

Beatriz entró riendo, tirando de las orejas á un perrillo enano que traía en brazos. Su madre la miró con ojos vibrantes de inquietud y despecho.

—Beatriz, no martirices á «Ninón».

—Si no la martirizo, mamá. Ya sabe «Ninón» que es broma.

Y como el lindo gozquejo se desmandase con

un ladrido, le hizo callar besuqueándole. Silenciosa y risueña, fué á sentarse en un sillón antiguo de alto y dorado respaldo. El príncipe la contempló en silencio. Ella, sin dejar de sonreír, inclinó los párpados; quedaron en la sombra sus ojos verdes, su mirada verde como la de Minerva, y sibilina y misteriosa como aquella sonrisa que no llegaba á entreabrir el divino broche formado por los labios. El príncipe, mirándola intensamente, cual si buscase el turbarla, pronunció en voz que simulaba distraída:

—¡Parece la Gioconda de Leonardo!

Era una Gioconda tan pálida y tan blanca, que su faz brillaba bajo la crencha rubia, como brilla la nieve en la cumbre de los montes bajo los rayos dorados del sol poniente. Oyendo al poeta inclinó los ojos, en cuyo fondo temblaba un miosotis azul; Augusta levantó los suyos, donde reían dos amorcillos traviosos: reclinada en la mecedora, agitaba un gran abanico de blancas y rizadas plumas; mecíase la dama, y su indolente movimiento dejaba ver en incitante claro-oscuro la redonda y torneada pierna; Beatriz se levantó celerosa y le puso á «Ninón» en el regazo. Con gracia de niña arrodillóse para arreglarle la falda; después le echó los brazos al cuello, dejando un beso en aquella boca, estremecida aún por los besos del amante. La mano de Augusta—una mano carnosa y blanca de abadesa joven é infanzona—acarició los cabellos de Beatriz con lentitud llena de amor y de ternura.

—¡Es encantadora esta pequeña mía!

Al mismo tiempo sus miradas buscaban las del poeta; al encontrarse sonrieron.

—Y usted, sátiro, ¿por qué no cerraba los ojos?

—Hubiera sido un sacrilegio. ¿Sabe usted de algún santo que los haya cerrado á la entrada del cielo?

—¡Pero lo que no hacen los santos, lo hacen los diablos!

Y con el más provocativo gesto en los labios, estrechaba maternalmente contra el seno la rubia y espiritual cabeza de su hija. Augusta tenía un incomparable candor en la inmoralidad. Su ironía de entonces no era diletantísimo sádico y literario como la del príncipe Attilio; casi no era ironía, en fuerza de su inconsciencia. Feliz é indiferente, ofrecía una mejilla á los besos de la hija y otra á los del amante.

Se levantó con perezosa languidez apoyándose en ambos hombros de Beatriz.

—Pasaremos un momento al «ladder»; ¡cuando se pone el sol aquello está delicioso!

«Thi ladder», como decía Augusta, era una escalinata de piedra, con antiguo y labrado balconaje entre verdes enredaderas prisionero. Durante el estío, cuando los señores trocaban el hotel de la Castellana por el solariego «Pazo», aquel poético rincón cambiaba de aspecto, y aun de nombre. Era muy bella la boca de Augusta, y muy aristocrático el movimiento de sus labios para llamarle el «patín» como hacían el señor capellán y los criados. Su esnobismo de condesa pontificia sugeríale siempre alguna palabreja inglesa sorprendida en

las crónicas de «La Grande Dame» y pronunciada como Dios quería. En tales empeños la dama consultaba la irrecusable autoridad de su doncella, una andaluza del Perchel, que había estado hasta dos meses en Londres con la duquesa de Ordax, la hermosa embajadora española. Pero llegaban las primeras nieblas de Octubre, y los señores regresaban á la corte; entonces el «patín» recobraba su aspecto geórgico y campesino; las enredaderas que lo entoldaban sacudían alegremente sus campanillas blancas y azules; volvía á oirse el canto de dos tórtolas que el pastor tenía prisioneras en una jaula de mimbres; aspirábase el aroma de las manzanas que maduraban sobre las anchas losas; y la vieja criada, que había conocido á los otros señores, hilaba sentada al sol con el gato sobre la falda.

#### IV

La dama, con el abanico extendido, señalaba el horizonte.

—¡Los celajes de la tarde, en este país, son encantadores!

Estaba muy bella, detenida en la puerta del «patín», bajo el arco de flores que las enredaderas hacían; en el fondo de sus ojos negros reía el sol

poniente con una risa dorada; aureoleaban su frente las campanillas blancas y azules, y las palomas torcaces venían á picotear en ellas, deshojándolas sobre los hombros de Augusta como una lluvia de gloria. El príncipe Attilio, olvidándose de Beatriz, pronunció entusiasmado:

—¡No sabes tú todo lo bella que estás!

Beatriz se volvió á mirarle con ojos llenos de asombro; pero ya Augusta le interrumpía riendo muy en alto con su reír sonoro y claro.

—¡Príncipe! ¡príncipe!... Ese tuteo con que usted me honra ahora, debe ser una licencia poética, ¿verdad?

El príncipe se inclinó ante aquella actriz admirable y audaz.

—Ciertamente, señora, una licencia involuntaria; pero el ingenio de usted todo lo salva y todo lo perdona.

Los labios de Augusta se plegaron maliciosos.

—¡Qué he de hacer! ¿Ofenderme?... ¡Ah! ¡es usted tan capaz de achacarlo á coquetería! Si se tratase de Beatriz, dudaría si representaban ustedes la «Divina Comedia».

Las mejillas de aquella pálida y silenciosa Gioconda se tiñeron de rosa. El poeta, sin poner cuidado en ello, repuso irónico y desenfadado.

—Harto sabe usted, Augusta, que en la divina y en la diabólica comedia, todos mis parlamentos los tengo con «Francesca».

La dama, haciendo un gracioso mohín de horror, ocultó el rostro y la risa en el pañolito de encajes,

—¡Con qué cinismo lo confiesa el adúltero!

Atendía Beatriz estas gentiles burlerías con una sonrisa casi dolorosa. Apoyada en el alfeizar del «patín», poseída de nerviosa inquietud, deshojaba las yedras que alegraban la vejez de los baluastres. Augusta vió la ansiedad que contraía las facciones de aquella hija tan cruelmente olvidada, y tuvo una intuición dolorosa. Vagos y oscuros despertáronse los remordimientos, pero no fué más que un instante, allí estaba el poeta para adormecerlos. Los ojos del hombre la decían amores, mientras sus manos, aquellas manos unguadas para las turbulentas y silenciosas caricias, le ofrecían un ramo de jazmines; la mirada de Augusta se perdía en el fondo de las pupilas de su amante, inmóvil, intensa, en éxtasis escandaloso. La angustiosa expresión, la palidez casi trágica que cubría la faz de Beatriz habían sido olvidadas. Feliz y sonriente la dama recibe las flores que le ofrece el poeta. Con los labios arranca un jazmín, y entorna los ojos y suspira para beber su aroma. La fragante campanilla engarzada en la fresca boca de Augusta, parecía un beso de Abril galán. El príncipe Atilio se la pidió con un gesto; ella se la negó con otro gesto lleno de malicia. Contemplaba al poeta y le sonreía con los ojos á través del velo eléctrico y sedño de las pestañas; al mismo tiempo sacaba la lengua tentadora y divina para humedecer los labios y la flor. Algunas veces se volvía á Beatriz, y la saludaba con un guiño picaresco que parecía decir: ¡Ya ves, hija mía, como todo ello es un juego inocente, en el cual no me olvido de tí, corazón!—Bea-

triz clavaba en su madre aquellos ojos de Gioconda, misteriosos y profundos, y se ruborizaba; pero en el fondo de sus pupilas dijérase que temblaban entonces dos llamas de inocente alegría. Augusta se puso en pie y llamó á «Ninón»; luego inclinándose sobre el hombro del príncipe, pronunció en voz baja:

—¡Toma la flor, ingrato!

Enderezóse velozmente, y con un grito de circo lanzó por alto el jazmín que «Ninón» atrapó en el aire. La dama, sin dejar de reir, dió una vuelta por el «patín», arrancando puñados de hojas y flores que echó sobre la frente del poeta, cual si por modo tan gentil quisiese borrar su ceño. Beatriz no se movió: con una mirada supersticiosa seguía los macabros aleteos de un murciélago que danzaba en la media luz del crepúsculo. Augusta, con una mano apoyada en el talle de su hija, descansaba, cobrando aliento, y reía, reía siempre... La respiración levantaba su seno en ola perfumada de juventud fecunda. Al mismo tiempo, con los ojos, Augusta imploraba del galán uno de esos perdones fáciles y ligeros que, como todos los escarceos del amor, hacen el encanto de las mujeres. Por momentos su cabeza desaparecía entre penachos de las yedras que culumpiaba la brisa... En el recogimiento silencioso de la tarde resonaba el coro glorioso de sus risas: ¡Numen sagrado de las bacanales! ¡Canto de amor en el jardín de Venus! ¡Salmo Pagano en aquella boca roja, en aquella garganta desnuda y bíblica de Dalila tentadora!...

## V

Volvió Augusta al lado del poeta, é inclinándose, pronunció velozmente:

—¿No te has enojado? ¿Verdad que n

La respuesta del príncipe fué esa mirada teatral, intensa, sin parpadeos, que parece de rito en toda amorosa lid. Augusta buscó en la sombra la mano de su amante y se la estrechó furtivamente.

—Esta noche, ¿quieres que nos veamos?

El príncipe Attilio dudó un momento. Aquella pregunta rica de voluptuosidad, perfumada de locura ardiente, deparábale ocasión donde mostrarse cruel y desdeñoso. ¡Placer amargo cuyas hieles son más gratas que todas las dulzuras del amor! Pero Augusta estaba tan bella, tales venturas prometía, que triunfó el encanto de los sentidos: una ola de galantería sensual envolvió al poeta:

—¡Oh, mi Augusta!... ¡Mi Augusta querida, esta noche y todas!...

Y los dos amantes, sonriendo, tornaron á estrecharse las manos, y se dieron la mirada besán-



dose, poseyéndose, con posesión impalpable, en forma mística, intensa y feliz como el arrobó. Fué un momento no más. Beatriz volvió la cabeza, y ellos se soltaron vivamente. La niña encaminóse á la puerta del «patín»; ya allí, dirigiéndose al poeta, preguntó con timidez adorable:

—Príncipe, ¿quiere usted que, como ayer, ordeñemos la vaca, y que después bajemos á probar la miel de las colmenas?

Augusta le miró sin comprender.

—¡Por Dios, están ustedes locos! ¡Vaya una merienda de pastores!

Beatriz y el príncipe cambiaban sonrisas, como dos camaradas que recuerdan juntos alguna travesura. La niña, sintiéndose feliz, exclamó:

—¡Tú no sabes, mamá!... Ayer lo hemos hecho así; ¿verdad príncipe?

Sus mejillas, antes tan pálidas, tenían ahora esmaltes de rosa; se alegraba el misterio de sus ojos; y su sonrisa de Gioconda adquiriría expresión tan sensual y tentadora, que parecía reflejo de aquella otra sonrisa que jugaba en la boca de Augusta. El poeta, apoyado en el alféizar, se atusaba el mostacho con gallardía donjuanesca. A todo cuanto hablaba Beatriz asentía inclinándose como ante una reina; pero sus ojos de gran señor permanecían fijos en ella, siempre audaces y siempre dominadores. Todavía quiso insistir Augusta; pero su hija, echándole los brazos al cuello, la hizo callar sofocada por los besos.

—¡No digas que no, mamá! Ya verás como yo misma ordeño la «Maruxa». El príncipe me prome-

tió ayer que con ese asunto escribiría unos versos, una «Pastorela Mundana», ¿no dijo usted eso, príncipe?

Y Beatriz, con aturdimiento desusado en ella, entró en la casa dando gritos para que sacasen del establo á la «Maruxa». Augusta quedó un instante pensativa; luego, volviéndose á su amante, pronunció entre melancólica y risueña:

—¡Pobre hija mía!

El príncipe hizo un gesto enigmático; tomó ambas manos de Augusta, y la llevó al otro extremo del «patín», allí donde la yedra entrelazaba sus celosías más espesas. Caía la tarde, quedaba en amorosa sombra el nido verde y fragante que, recamando el «patín», tejieran las enredaderas; el follaje temblaba con largos estremecimientos nupciales al sentirse besado por las auras; el dorado rayo del ocaso penetraba triunfante, luminoso y ardiente como la lanza de un arcángel. Aquella antigua escalinata, con su ornamentación mitológica cubierta de seculares y dorados líquenes, y su airosa balaustrada de granito donde las palomas se arrullaban al sol, y su rumoroso dosel que descendía en cascada de penachos verdes hasta tocar el suelo, recordaba esos parajes encantados que hay en el fondo de los bosques; camarines de bullentes hojas donde rubias princesas hilan en ruecas de cristal.

## VI

[ Augusta murmuró suspirando:

— ¡Qué tristeza tener que separarnos!... ¡Oh! ¡qué bien dices tú en aquellos versos: «No hay días felices, hay solamente horas felices!»

[ El príncipe Attilio interrumpió vivamente:

— ¡Augusta!... ¡Augusta, por los manes de Homero!... ¡Ni esos son versos, ni eso es mío!

Augusta repuso con ligereza encantadora:

— Lo mismo da, corazón... Yo lo he aprendido de tus labios, y para mí será siempre tuyo...

Se estrechó á él cubriéndole de besos, y murmuró en voz muy baja:

— ¿Te he dicho que mi marido llega mañana? ¿No te contraría á tí eso?... Para mí es la muerte. ¡Si tú supieses cómo yo deseo tenerte siempre á mi lado!... ¡Y pensar que si tú quisieses!... D<sup>í</sup> ¿por qué no quieres?

El poeta sonrió:

— ¡Si yo quiero, Augusta!

[ Y atrayéndola, murmuró quedo, muy quedo, ro-

zando con el bigote la oreja nacarada y monfísima de la dama:

—¡Pero temo que tú, tan celosa, te arrepientas luego y sufras horriblemente!

Augusta quedóse un momento contemplando á su amante con expresión de alegre asombro.

—¡Estás loco, hijo de mi alma! ¿Por qué había yo de arrepentirme ni de sufrir? Al casarte con ella me parece que te casas conmigo... Sobre todo, podré tenerte siempre á mi lado... ¡Ah! Pero eso son disculpas; tú temes que yo me convierta en una suegra de sainete y que te arañe.

Y riendo como una loca, hundía sus dedos blancos en la ola negra que formaba la barba del poeta, una barba asiria y perfumada como la del Sar Peladam.

El príncipe pronunció con ligera ironía:

—¿Y si la moral llama á tu puerta, madona?

—No llamará. La moral es la palma de los eunucos.

El príncipe quiso celebrar la frase, besando á la madona en aquella boca que tales gentilezas decía. Ella continuó:

—¡Pues si es la verdad, corazón!... Cuando se sabe querer, esa vieja tísica y asquerosa se está muy encerrada en su casa...

El príncipe reía alegremente. Augusta era una mujer encantadora con aquella travesura, á la vez ingenua y depravada, y aquella sensualidad alegre y pagana como guirnalda de yedra.

—Este verano se arregla todo... Os casáis en el oratorio de casa... Si es preciso, yo misma os echo

ias bendiciones, digo la misa y predico la plática... En cuanto llegue mi señor marido, haces la demanda oficial...

Habíase sentado en las rodillas de su amante y hablaba con el ceño graciosamente fruncido.

—Si la novia no te gusta, mejor; te gusto yo. y basta; como que por eso te casas.

—No; si la novia me gusta.

—¡Embustero! Quieres darme celos. ¡Quien te gusta soy yo!

—Pues por lo mismo que me gustas tú. ¡Es una derivación!...

—No seas cínico, Attilio. ¡Me hace daño oírte esas cosas!

—¡Eres encantadora, madona!... ¡Ya estás celosa!

—¡No tal!... Comprende que eso sería un horror. Pero no debías jugar así con mis afectos más caros.

—No jugaré ni haré la conquista de ese inocente corazón.

—¡Si ya lo tienes conquistado, ingrato!... ¡Es la herencia!...

Y refan el uno en brazos del otro. Después Augusta musitaba con susurro ansioso, caliente y blando:

—¿Verdad que eso de que te gusta lo dices por desesperarme?

Entraba Beatriz en aquel momento, y Augusta, sin dar tiempo á la respuesta del poeta, continuó en voz alta, con ese incomparable fingimiento, esa audacia del corazón, esa soberanía de lo imprevisto,

que hace todas las adúlteras, actrices divinas y mujeres adorables:

—¿No preguntaba usted por Beatriz, príncipe? Pues aquí la tiene usted. Digo, usted no la tiene: todavía es de su madre...

El poeta se inclinó burlonamente.

—Augusta, que por mil años sea, como dicen en esta tierra.

—¡Príncipe, príncipe! ¡Está usted loco!...

Beatriz miraba al príncipe, y sonreía; el enigma de su boca de Gioconda era alegre y perfumado de pasión como el capullo entreabierto de una rosa. Augusta murmuró maliciosamente mientras acariciaba los cabellos de su hija:

—Oiga usted un secreto, príncipe... Tengo prometidos á la Virgen los pendientes que llevo puestos, si me concede lo que le he pedido.

—¡Oh, qué bien sabe usted llegar al corazón de las vírgenes!

Augusta interrumpió vivamente:

—¡Calle usted, hereje!... Búrlese usted de mí, pero respetemos las cosas del cielo.

Y hablaba santiguándose, para arredrar al demonio. A fuer de mujer elegante, era muy piadosa, no con la piedad trágica y macerada que inspira la faz de un Nazareno bizantino, sino con aquella devoción frívola y mundana de las damas aristocráticas; era el suyo un cristianismo placentero y gracioso como la faz del niño Jesús. El príncipe, sin apartar la mirada de Beatriz, pero hablando con Augusta, pronunció lenta é intencionadamente:

—¿Se puede saber lo que le ha pedido usted á la Virgen?

—No se puede saber, pero se puede adivinar.

—Tengo para mí, que pronto cambiarán de dueño los pendientes.

Y callaron los dos, mirándose y sonriéndose.

## VII

Una zagala pelirroja entró en el huerto conduciendo del ronzal á la «Maruxa», la res destinada para celebrar la «Pastorela Mundana»; aquel nuevo rito de ese nuevo paganismo, donde las diosas son Evas pervertidas, y donde los sacerdotes son poetas que se embriagan con ajenjo libado en elegante vaso griego.—Beatriz descendió corriendo los escalones del «patín», y acercándose á la vaca, comenzó por acariciarle el cuello.

—¡Príncipe, mire usted qué mansa es la «Maruxiña!»...

La vaca se estremecía bajo la mano de Beatriz,—una mano muy blanca que se posaba con infantil recelo sobre el poderoso lomo de la «Maruxa».

Beatriz levantó la cabeza:

—¿Pero no baian ustedes?

Entonces Augusta hubo de interrumpir el coloquio que á media voz sostenía con el poeta.

—¡Hija mía, á qué cosas obligas tú á este caballero!

Y sonreía burlonamente designando al príncipe con un ademán de gentil y extremada cortesía. El príncipe Attilio inclinóse á su vez, y ofreció el brazo á la dama para descender al huerto. En lo alto de la escalinata, bajo el arco de follaje que entretejían las enredaderas, se detuvieron contemplando los dorados celajes del ocaso. El poeta arrancó un jirón de yedras que se columpiaba sobre sus cabezas.

—¡Salve Beatriz!... Ya tenemos con qué coronar á la «Maruxa».

Al mismo tiempo unía los dos extremos de la rama, temblorosa en su alegre y sensual verdor. Augusta se la quitó de las manos.

—Yo seré la vestal encargada de adornar el testuz de la «Maruxa»...

Miró al poeta, y sacudió la cabeza alborotándose los rizos, y riendo.

—Usted, Príncipe, no dudará que sabré lo.

Por recatarse de Beatriz, adoptaba un acento de alocado candor, que, aun velando la intención, realzaba aquella gracia cínica, ¡delicioso perfume que Augusta sabía poner en cada frase!

El poeta clavó los ojos en la dama, y murmuró intencionadamente:

—¡Pero usted no puede ser vestal, Augustal!

—¡Qué sabe usted lo que puedo ser!...

El Príncipe sonrió.



—Yo la creía á usted «Turrís Eburnea»; pero no «Virgo Veneranda».

—¡Príncipe! ¡Príncipe!...

Y le amenazaba con el abanico. El Príncipe hizo un gesto de irónica sorpresa.

—¡Mi palabra de honor, Augusta!...

Ella le miró con expresión de burla.

—¡Hijo de mi alma, esta vez se acreditó usted de inocente!... Olvida usted que hay precedentes: la mamá de Rómulo y Remo... ¡Si sé yo más Historia Romana que mi señor marido; y eso que no tengo traducidos á Horacio y á Marcial!

A todo esto había hecho una corona con el ramo de yedras, y la colocó sobre las astas de la «Maruxa». Después se volvió á Beatriz:

—¿No tiene más lances la «Pastorela Mundana», Chiquitina?...

Beatriz permaneció silenciosa. Sus ojos verdes, de un misterio doloroso y trágico, se fijaban con extravío en el rostro de Augusta, que supo conservar su expresión de placentera travesura. La sonrisa de Gioconda agonizaba dolorida sobre los castos labios de la niña. Augusta cambió una mirada con el poeta. Al mismo tiempo fué á sentarse en el banco de piedra que había al pie de un castaño secular. El Príncipe se acercó á Beatriz.

—¿Quiere usted que bajemos al colmenar?...

Beatriz pronunció con una sombra de melancolía:

—¡Yo quería ordeñar la «Maruxa» para que usted probase la leche, como ayer!...

Augusta murmuró reclinándose en el banco:

—¡Pues ordéñala, hija mía, la probaremos todos!

Beatriz se arrodilló al pie de la vaca. Su mano pálida, donde ponía reflejos sangrientos el rubí de una sortija, aprisionó temblorosa las calientes ubres de la «Maruxa». Un chorro de leche salpicó el rostro de la niña, que levantó riendo la cabeza:

—¡Míreme usted, príncipe!

Estaba muy bella con las blancas gotas resbalando sobre el rubor de las mejillas. El poeta se la mostró á la dama.

—¡He ahí el bautizo de la santa y pagana Naturaleza!...

Como si un estremecimiento voluptuoso pasase sobre la faz del mundo, se besaron las hojas de los árboles con largo y perezoso murmullo. La vaca levantó arrogante el mitológico testuz, coronado de yedras, y miró de hito en hito al sol que se ocultaba. Herida por los destellos del ocaso la «Maruxa» parecía de cobre bruñido; recordaba esos ídolos que esculpió la antigüedad clásica; divinidades robustas, benignas y fecundas que cantaron los poetas.

## VIII

Un momento se distrajo Beatriz, y el príncipe murmuró al oído de Augusta:

—¿Quieres quedarte hoy sin los pendientes?

Augusta contestó con aquella risa sonora y clara, que semejaba borbotear de agua en copa de oro.

—¡Príncipe! ¡príncipe!... No me tiene usted.

Luego, volviéndose á Beatriz, quedóse un momento contemplándola con alegre expresión de amor y de ternura.

—Ven aquí, hija mía. Este caballero..

Y señalaba al Príncipe con ademán gracioso y desenvuelto. El Príncipe saludó.

—Ya lo ves como se inclina... ¡Jesús, qué poco oradora me siento!... En suma, hija mía, que acaba de pedirme tu mano...

Beatriz dudó un momento; después, abrazándose á su madre, empezó á sollozar nerviosa y angustiada...

—¡Ay mamá! ¡mamá de mi alma!... ¡perdóname!

—¿Qué he de perdonarte yo, corazón?

Y Augusta, un poco conmovida, posó los labios en la frente de su hija.

—¿Tú no le quieres?

Beatriz ocultaba la faz en el hombro de su madre y repetía cada vez con mayor duelo:

—¡Mamá de mi alma, perdóname!... ¡perdóname!

—¿Pero tú no le quieres?

En la voz de Augusta descubríase una ansiedad oculta. Pero de pronto, adivinando lo que pasaba en el alma de su hija, murmuró con aquel cinismo candoroso que era toda su fuerza:

—Pobre ángel mío!... ¿Tú has pensado que las galanterías del príncipe se dirigían á tu madre, verdad?

Beatriz se cubrió el rostro con las manos.

—¡Mamá! ¡mamá!... ¡Soy muy mala!...

—¡No, corazón!

Augusta apoyaba contra su seno la cabeza de Beatriz. Sobre aquella aurora de cabellos rubios, sus ojos negros de mujer ardiente se entregaban á los ojos del poeta. Augusta sonreía, viendo logrados sus ensueños de matrona adúltera.

—¡Pobre ángel!... ¡Quiera Dios, príncipe, que sepa usted hacerla feliz!

El príncipe no contestó. Acariciábase la barba, y dejaba vagar distraído la mirada. Pensaba si no había en todo aquello un «poemetto» libertino y sensual, como pudiera desearlo su musa.

Augusta le tocó con el abanico en el hombro.

—¡Hijos míos, daos las manos!... Debíamos haber esperado á que llegase mi marido; pero qué diablo,

la felicidad no es bueno retardarla... Ahora vamos á las colmenas para celebrar esa pastorela mundana que ha dicho Beatriz. Príncipe usted me servirá de caballero.

Y apoyándose en el poeta, murmuró emocionada, con voz que apenas se oía:

—¡Ya verás lo dichoso que te hago esta noche!...

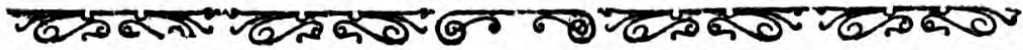
Se detuvo enjugándose dos lágrimas que abrillantaban el iris negro y apasionado de sus ojos. ¡Después de haber labrado la ventura de todos, sentíase profundamente conmovida! Y como Beatriz tornaba la cabeza con gracioso movimiento, y se detenía esperándolos, suspiró mirándose en ella con maternal arrobó.

—¡Hija de mi alma, tú también eres muy feliz!

Las pupilas de Beatriz respondieron con alegre llamear. Augusta, reclinando con lánguida voluptuosidad todo el peso delicioso de su cuerpo en aquel brazo amante que la sostenía, exclamó con íntimo convencimiento:

—¡Qué verdad es que las madres, las verdaderas madres nunca nos equivocamos!...

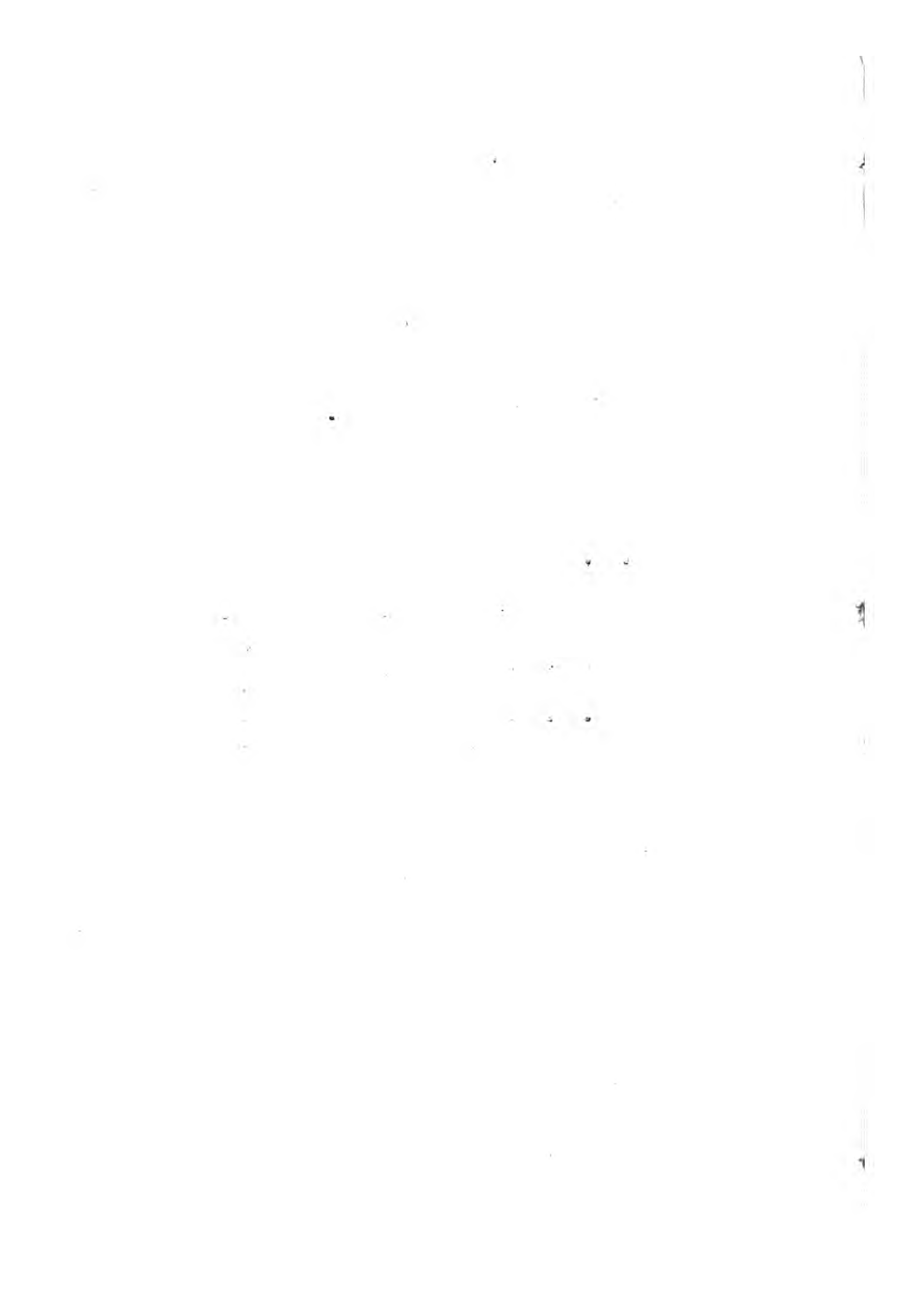
**FIN**



## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo... . . . . .	7
La condesa de Cela. . . . .	17
Tula Varona. . . . .	45
Beatriz. . . . .	63
La niña Chole. . . . .	85
Octavia Santino. . . . .	117 ✓
La generala.. . . .	133
Rosarito.. . . .	147
Augusta. . . . .	173





**OBRAS DE VENTA**  
EN LA  
**Casa Editorial Maucci**

---

**La guerra Ruso-Japonesa. — Port-Arthur**  
● Por *Hesibo Tikovara.* — Un tomo.

---

**La guerra Ruso-Japonesa. — Del Yalú á Mukden**  
● ● Por *Augusto Riera.* — Un tomo.

---

**La guerra Ruso-Japonesa. — De Mukden á la Paz**  
● ● Por *Augusto Riera.* — Un tomo.

---

**Los tres Mosqueteros** Por *Alejandro Dumas* (padre).  
Dos tomos.

---

**Veinte años después** Por *Alejandro Dumas* (padre).  
Dos tomos.

---

**El vizconde de Bragelone** Por *Alejandro Dumas*  
(padre). — Seis tomos.

---

**Viaje al Polo Sur** Por *Otto Nordenskjöld.* — Dos tomos

---

**Lejos del terruño** Por *Antbal Latino.* — Un tomo. —



**Los Raros** Por *Rubén Darío*.—Un tomo Ilustrado con retratos.

---

**La Reina del Mercado** Por *Carolina Invernizio*.—Dos tomos.

---

**Amor triunfante** Por la misma autora.—(Segunda parte de *La Reina del Mercado*).—Un tomo:

---

**Corazón de obrero** Por *Carolina Invernizio*.—Dos tomos.

---

**La pecadora** Por la misma autora.—Un tomo.

---

**Al borde del abismo** Por *Carolina Invernizio*.—Un tomo:

---

**Lazo funesto** (Segunda parte de *Al borde de abismo*). Por la misma autora  
● ● ● ● ● Un tomo:

---

**Aventurera** Por la misma autora.—Dos tomos

---

**Heroísmo de una mujer** (Continuación de «Aventurera»). Por la misma autora.  
● ● ● ● ● Un tomo:

---

**Cadena eterna** Por *Carolina Invernizio*.—Cuatro tomos:

1.º *La boda trágica.*

2.º *La hija del cementerio.*

3.º *Hija sin padres.*

4.º *El triunfo de la inocencia*

---

**La baraúnda** Por *Jerónimo Rovetta*.—Dos tomos

**El Buen Mozo** Por *Guy de Maupassant*. Dos tomos.

---

**La señorita Perla** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**La criada de la granja** Por el mismo autor.—Un tomo

---

**Berta** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**Bajo el sol de Africa** Por el mismo autor.—Un tomo

---

**El testamento** Por el mismo autor.—Un tomo

---

**La loca** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**El abandonado** Por el mismo autor.—Un tomo:

---

**Miss Harriet** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**Inútil belleza** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**El suicidio del cura** Por el mismo autor.—Un tomo.

---

**Nami-ko** Por *Kenjiro Tokutomi*.—Novela de costumbres japonesas. (Segunda edición notablemente corregida).—Un tomo ilustrado.

---

**El amo del mar** Por el *Visconde E. M. de Vogüé*.—Un tomo.

# IMPORTANTÍSIMO

# LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR

POR LA EMINENTE DOCTORA

ANA FISCHER-DÜCKELMANN

---

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el período del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos á los que deseen ardientemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.—Con

## ❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

puede prevenirse toda clase de enfermedades y cuidarse convenientemente á los enfermos. Con tanta sencillez como maestría instruye en las cuestiones más arduas de la vida, y su mérito y utilidad hacen que sea considerada en el extranjero como

## ❖ EL LIBRO DE ORO DE LA MUJER ❖

En Alemania, donde se han vendido ya más de 200.000 ejemplares, tienen este libro como indispensable prenda en el ajuar de toda mujer, y resulta el más preciado regalo de boda que puede hacerse á una señorita.

Hace tiempo venía sintiéndose la necesidad de un buen libro hecho por una mujer para la mujer, y la doctora Ana Fischer-Dückelmann, sapientísima médica, ha llenado este vacío.

## ❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

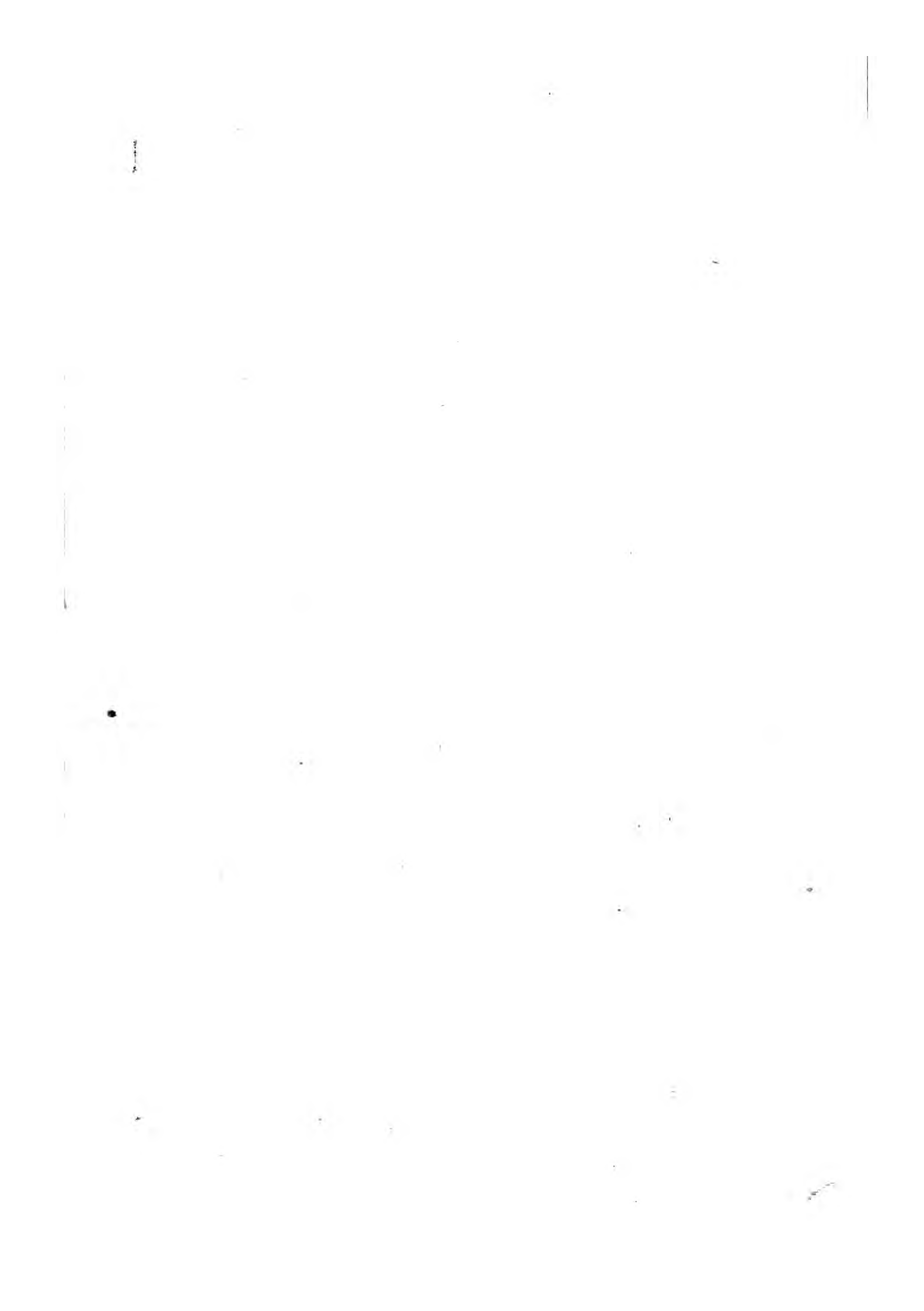
forma un grandioso tomo de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color; está impreso en magnífico papel y ha sido premiado con la

### — GRAN MEDALLA DE ORO —

en la Exposición de Leipzig, alcanzando tan alta distinción entre muchas obras de reconocido mérito.

— \* —  
Encuadernado en tela con plancha en colores

— \* —  
Hay ejemplares encuadernados en rica pasta española  
Esta admirable obra va convenientemente encerrada en un estuche.



73742064

